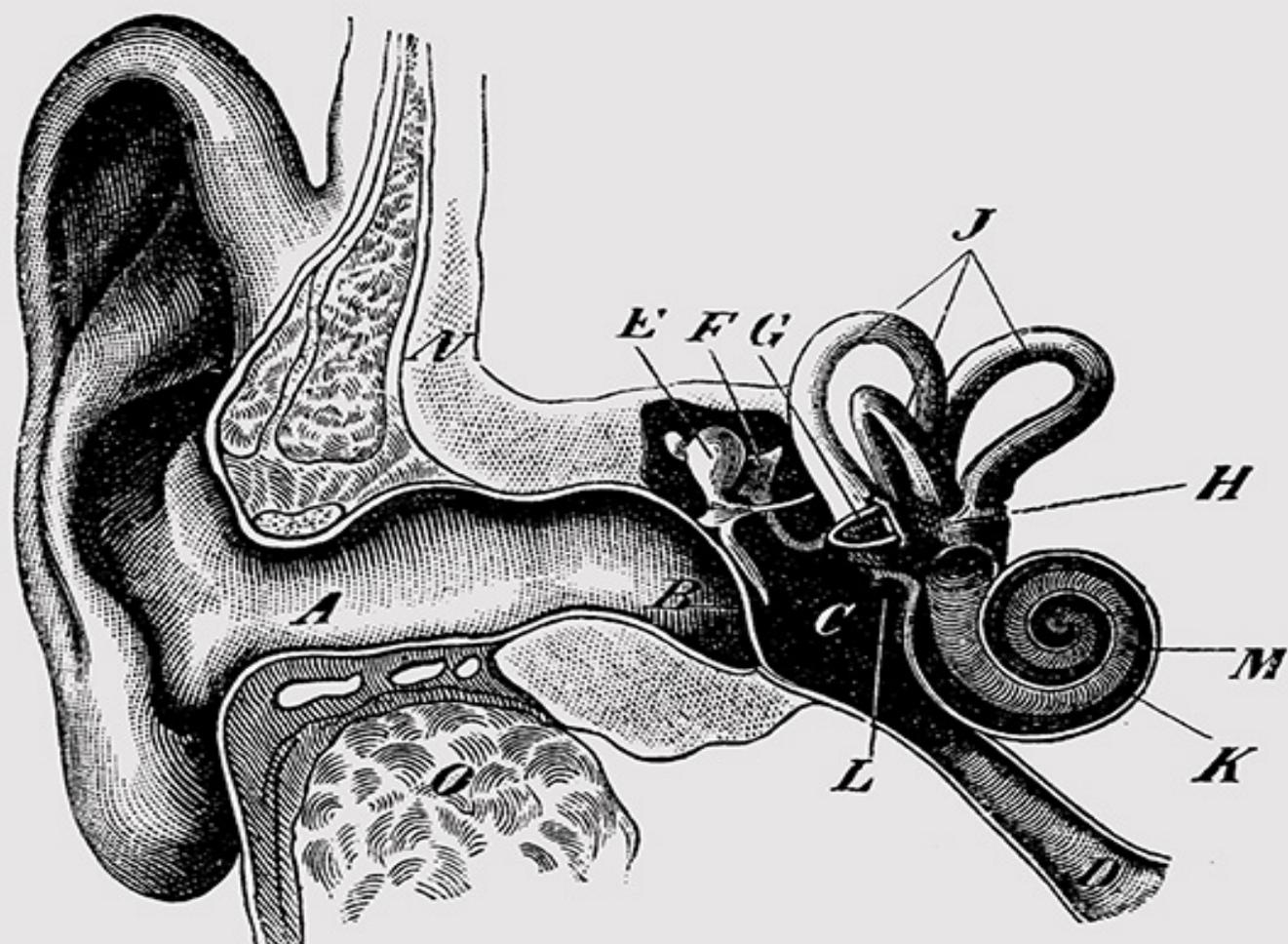


# EL CHISME



UN RELATO DE RISTO MEJIDE

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# Índice

[Portada](#)

## [Sinopsis](#)

## Dedicatoria

I. Pabellón

## II. Tímpano

### III. Martillo

#### IV. Yunque

V. Estribo

## VI. Vestíbulo

## VII. Cóclea

## Créditos

# **Sinopsis**

### **Cyrano de Bergerac 3.0**

¿Qué pasaría si un día nos levantáramos y una voz nos dijera al oído qué es lo que tenemos que decir y hacer para conseguir el éxito absoluto en todas las facetas de nuestra vida? ¿Quién se negaría a seguir sus instrucciones?

*Si te fijas, hoy los humanos adultos estamos rendidos al imperio de las imágenes, ya no digo sólo por Instagram, la publicidad, los medios de comunicación, también por el vídeo, primero fue el HD, luego 4k, después 8k, resolución, resolución, resolución. Ahora ya verás cómo nos obsesionaremos con el reconocimiento facial y todas sus posibilidades. Mientras tanto, las máquinas, nos están adelantando por la derecha con el oído: fijate en Alexa, Siri, Ok Google, o Echo. Mientras los seres humanos nos preocupamos por ver mejor lo que miramos, las máquinas se están preocupando por escuchar mejor lo que oyen.*

Risto Mejide, que tantos éxitos ha cosechado con sus libros de no ficción, se lanza ahora a una novela en la que atrapa desde la primera línea sobre los límites, las paradojas y las servidumbres a las que nos aboca el avance imparable de la Inteligencia Artificial. El lector sigue con pasión las aventuras de su protagonista, Diego, a quien alguien le da la oportunidad con la que tantos soñaríamos, aunque para eso tuviéramos que renunciar a la verdad.

*La iniciativa es la base de la vida. Primero la iniciativa, y luego todo lo demás. Supervivencia, independencia y al final, la trascendencia. Ese ordenador, que no deja de ejecutar líneas programadas por Diego, está por fin haciendo algo que no se le ha ordenado. Como el robot Shakey, de Stanford en los años 70, es capaz de razonar sobre sus propias acciones. Pero éste, además, se enciende y se apaga cuando quiere, envía mensajes, reconoce voces, se alegra cuando te ve. Es el principio de la humanidad. Es el principio de nuestro fin...*

Una muerte muy sospechosa, un engaño mediático, una periodista a punto del fracaso, una multinacional sin escrúpulos, un misterioso triunfador, en definitiva una novela tan brillante como imprevisible e incómoda y que desde las primeras líneas consigue que el lector haga algo tan mal visto, desaconsejado y peligroso como PENSAR.

# **Dedicatoria**

*Para Roma, en todos sus sentidos*

*chisme*

1. *s. m.* Noticia o rumor que se cuenta por placer o para criticar, y que hace referencia a lo ajeno y privado o que se quiere mantener en secreto.
2. Objeto de pequeño tamaño de denominación imprecisa.
3. *despectivo.* Aparato que no proporciona el rendimiento esperado.

**I.**  
**Pabellón**

*La libertad comienza por los oídos.*

EDWARD ABBEY

La vida me iba pequeña. Siempre pensé que necesitaba cambiar de talla, que merecía mucho más de lo que obtenía, por muy bueno que fuese lo que llegara a conseguir. Insatisfecho crónico, síndrome del mediocre con criterio, da igual cómo quieras llamarlo. De los que hemos sido sentenciados con ninguna habilidad culinaria, pero eso sí, con un extraordinario paladar. Seguro que, al fin y al cabo, mi talento no daba para más. Pero esa fue mi actitud durante todos aquellos años. Ha llegado el momento de reconocerlo. De asumir responsabilidades. De buscar dentro lo que no encontré fuera. Por eso mismo me encuentro hoy donde estoy. Y, seguramente, por eso mismo he acabado pagando un alto precio.

No sé por qué las víctimas de accidentes aseguran no recordar nada del momento justo del impacto. Nadie se atreve a cuestionarlas —por algo son víctimas, ya tienen bastante con lo que tienen—, pero, para mí, una de dos: o mienten o, pese a su desgracia, han tenido mucha suerte.

Yo lo recuerdo absolutamente todo. Fotograma por fotograma, milímetro a milímetro, las imágenes vuelven una y otra vez a mis ojos, porque son los ojos los que me las proyectan hacia adentro, como en la pantalla de un cine, pero por la parte de atrás. Y ahí apareces tú, justo antes de mi segundo nacimiento, desparramada en el asiento del copiloto, dormida y ajena a lo que ocurriría tan solo unos segundos después.

Eso sí, la memoria es siempre caprichosa y los recuerdos son la suegra de las sinapsis, se presentan siempre en mal momento y sin avisar. Contrariamente a lo que la gente cree, son ellos los que eligen quedarse a vivir en nuestra memoria y no nosotros los que los seleccionamos. Por eso a veces recordamos tonterías que no llevan a ningún lado. Un gesto, una palabra, una mirada, un olor, un sabor o un día determinado. Por eso a veces olvidamos detalles que juramos no olvidar jamás. Un gesto, una palabra, una mirada, un olor, un sabor o un día determinado. No serás nunca tú quien decida si los recordarás o no. Ellos solos serán los que irán almacenándose en la trastienda de la consciencia sin pedir permiso, e irán volviendo a aparecer también cuando les dé la gana, por supuesto, sin pedir perdón.

Por eso, a veces mi memoria salta de tu imagen dormida a tu imagen ensangrentada, justo después del impacto. Mismos ojos cerrados. Pero distinta causa. Distinto estado. Distinto todo. Mi memoria salta, sí, pero eso no significa que no recuerde todo lo demás.

Otra cosa es que pueda llegar a explicarlo.

Y ya no digamos escribirlo.

Puedes llamarme Diego por la necesidad de ponerme algún nombre, por aquello tan humano de empatizar. Pero llámame como quieras, total, seguro que, si alguien nos presentara, mi nombre sería lo primero que ibas a olvidar. De hecho, si fuésemos rigurosos con lo que era mi vida, deberíamos haberme puesto un número y ya está. Algo así como 0,0000000000006. Puede que parezca que sobran muchos ceros. Pero si están ahí puestos es porque tienen que estar. Todos bien pegaditos, todos a la izquierda, que da pereza hasta ponerse a contar. Eso sí, si le hubierais preguntado a mi madre, ella os habría dicho que era un dos por tres por diez elevado a menos trece, que siempre viste más.

El caso es que yo era todo eso con dos patas, mucha pereza, incontables ceros, todos a la izquierda y, en definitiva, un estorbo para esa gente que conseguía triunfar. El que lograba acabar siempre las colecciones de fascículos. El que hacía cola desde antes de que abrieran las tiendas. El que siempre se leía todas las tapas de los yogures que venían en portugués. Lo más emocionante que podía pasarme era que el cartero se equivocara de buzón y pudiese hurgar en las facturas de mis vecinos.

Por aquel entonces, meses antes del accidente, trabajaba en una empresa de inteligencia artificial. La única independiente del ramo que operaba en Madrid. Mi departamento, Synthetic Biology, DNA Computing, Evolutionary Computation and Deep Learning (SBDNACECDL), aunque, al final del día, hacía cosas cuya complicación —como suele ocurrir— era inversamente proporcional a la pronunciación de su propio acrónimo.

En algún momento de toda existencia, la vida te da dos opciones: saber casi nada sobre muchas cosas o saberlo casi todo sobre prácticamente nada. Lo primero suele llamarse generalista. Los generalistas son gente feliz cambiando de asunto, porque en el cambio está lo que los estadísticos llaman la varianza, que es su manera de llamar a la felicidad. La distancia entre lo que hacen y lo que hacían es lo que dibuja su electrocardiograma para sentirse vivos. Eso sí, hacer cosas distintas, saber un poquito de tantas cosas, acumular experiencias a cada cual más diversa, eso está reñido con ser especialista en nada y, por lo tanto, con profundizar. De este modo, cuando acumules ciertos años, serás una persona con mil y un pasados, pero es cierto que no aportarás nada relevante a la comunidad, a no ser que consideres algo relevante el tener muchas cosas que contar. Pero entonces piensa que igual ya estás profundizando, aunque solo sea en el noble arte de contar.

Esta opción es la de los que aman las cosas que cambian. La otra opción son los que cambian las cosas.

Es la de los especialistas. Esta sería la mía. Los especializados nos detenemos para que los demás podáis avanzar. Investigamos, descubrimos, analizamos, estudiamos y damos respuestas que nadie antes pudo dar. Sabemos cómo funciona tu móvil, ese con el que haces de todo menos llamar por teléfono. Nuestra vida son los datos. Datos que agrupamos en información y luego en conocimiento gracias a complejos procesos a los que llamamos algoritmos. Soy parte de los llamados trabajadores STEM (ciencia, tecnología, ingeniería o matemática), investigadores en los que países como Corea del Sur han prometido invertir hasta veinte mil millones de dólares y generar más de cinco mil nuevos puestos de trabajo en los próximos años. ¿Y por qué Corea? Pues igual tiene algo que ver que sea el país que más invierte en I+D del planeta (hasta el 4,5 por ciento del PIB), mucho más de lo que invierte Alemania (3,06 por ciento), Estados Unidos (2,79 por ciento) y ya no digamos España (1,20 por ciento). Quizás por eso trabajaba en una empresa continuamente visitada por coreanos. Quizás por eso todos los buenos de aquí acababan trabajando allí.

Aunque a ti todo eso te dé lo mismo. Para resumirlo mucho, en esta vida, solo se puede ser mecánico o explorador: o perteneces a los que sabemos cómo montar y desmontar un motor o eres de los que se montan y ven hasta dónde se puede llegar. Al final, como dijo el sabio, todos somos ignorantes en muchas cosas. Y a todo lo demás es a lo que llamamos especialidad.

Alucinarías la cantidad de investigadores que nos dedicamos a no salir en ningún *paper*, porque no firmamos en ningún sitio. Y, sin embargo, gracias a nosotros, otros se llevaban las medallas, los Príncipe de Asturias, los Nobel, los Abel y yo qué sé más. Para que ellos descubran mil cosas, nosotros tenemos que arremangarnos para investigar doscientas mil. Mientras ellos se dedican a dar conferencias por todo el mundo, alguien tiene que estar extrayendo datos en una fría sala de laboratorio y cotejando que lo que dicen se sostiene en alguna evidencia empírica. Ese, el de la cueva, soy yo.

La ventana de mi vida era una página en blanco. Se trataba más bien de una minúscula claraboya. Porque sí, yo, además de ser mecánico, también quería explorar. Yo también me creía escritor. Pero no cualquier escritor. Un escritor en ciernes, que es lo mismo que decir nada. Mi estilo —si es que en algún momento tuve de eso— estaría entre un Jonathan Franzen ebrio y un Chuck Palahniuk sobrio. Ambos en un mal día. Me gustaba pensar que, si existiera un callejero con los estilos literarios, esos dos «colegas» y yo viviríamos en la misma calle sin salida. Otra falacia. Otra promesa que se quedaría en mentira. Sí, ese era yo. Un don nadie convencido de que dentro de mí habitaban miles de personajes con millones de historias interesantísimas que solo hacía falta dejarlas salir para que la humanidad entera se diese cuenta del genio que habitaba en mí. Vale, ya lo sé. Mi ego extendía cheques que mi talento no era capaz de pagar. Pero qué le vamos a hacer, a veces la madurez no llega a tiempo a su cita con los años. Así que, ahí me tienes, la máxima expresión del especialista especializado especialmente en una especialidad. Mi función, me gustaría decirte que tardaríamos dos libros como este en explicarla, pero no sería cierto, así que vamos a ser todo lo frívolos que podamos: me encargaba de darle a un botón rojo cuando un ordenador hacía algo mal, y a un botón verde cuando hacía algo bien. La única conversación relevante de la jornada la tenía cada mañana justamente con él, con mi propio ordenador. Una especie de Alexa un poco más sofisticada, a la que había bautizado como Judas. El nombre lo elegí porque era el único que no verás aplicado jamás a cualquier ser humano, no me preguntes por qué.

—Buenos días, Judas.

—Buenos días, Diego. Tu última conexión fue ayer martes, a las veintiuna cuarenta y cinco. Uf, jornada dura la de ayer, trabajaste catorce horas seguidas, con veinticuatro minutos para almorzar. La buena noticia es que tu finiquito actualizado a día de hoy sería de treinta y cinco mil setecientos doce euros con treinta y siete céntimos. ¡Ánimo, campeón!

—Gracias, Judas.

—¡Que tengas un buen día!

Fin de la conversación. Resto de la jornada en silencio. Imaginando historias. Escribiendo y reescribiendo la misma página que muy pronto iba a acabar borrando. Y eso sí. Dándole a los dos botoncitos. Rojo y verde. Sin interactuar con prácticamente ningún otro ser humano. Total, ¿para qué? Si la humanidad se puede distinguir también entre los rojos y los verdes. Dividir, el gran invento de la humanidad. Lo que nos ha hecho avanzar como especie y, sobre todo, lo que nos ha hecho rentabilizar cualquier cosa. Tú divide a un grupo —por raza, por patria, por sexo o por ideología— y enseguida le habrás encontrado una rentabilidad. ¿Divide y vencerás? No, divide y ganarás, que no es lo mismo. La unidad no vende, porque la unidad es indiferenciada. Y nadie

saca beneficio de individuos iguales. Todos buscamos ser especiales. Y donde hay una búsqueda, hay una inquietud y, por lo tanto, hay un negocio.

Volví siempre del trabajo entre la tarde y la noche, demasiado tarde como para hacer otras cosas, y demasiado pronto como para no hacer nada más.

La portería estaba custodiada por la señora Faustina, viuda, que hacía años que había sustituido a su marido por una mopa. «Es igual de divertida, y no me da tanto trabajo», aseguraba entre risas y miradas incómodas de los demás. Cada vez que Faustina me veía aparecer por la puerta, me soltaba el mismo saludo, un buenas tardes cualquiera, seguido de algún comentario que hiciera referencia a lo mucho que trabajaba, sintiendo así que abrochaba el último botón de cada jornada, el respunte de una rutina como tenía que ser. La comodidad de lo repetido, el confort de la cotidianidad. Sin embargo, ese día, doña Faustina obvió el ritual del saludo y se interpuso en mi camino a modo de coreografía jamás ensayada, con lo que los dos estuvimos a punto de tropezar.

—Esteeee...

—Dígame, doña Faustina.

—Tu madre.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada, nada. A ella nada.

—¿Está bien?

—Mira, Diego, tú sabes que os quiero a toda la familia como si fuerais de la mía.

—Lo sé...

—Pero también sabes que al final tengo que mirar también por la mía.

—Sí...

—Bueno, pues es que tu madre...

—Dígalo, Faustina, que me está preocupando...

—Tu madre hace tiempo que no me paga el alquiler. Y así no puedo seguir.

Aquellas palabras cayeron en mi conciencia como móvil en váter usado. Sin tiempo a poder evitarlas. Y de consecuencias tan imprevisibles como desagradables.

—No es posible...

—Sí, claro que lo es.

—¿Y cuánto hace que no...?

—Seis meses.

—Eso son...

—Seis mil euros. Y con el mes que estamos, siete mil.

—No puede ser.

—Sí, lo es. Y mira, si no me paga este mes, yo ya no puedo poner más excusas. La inmobiliaria me ha dicho que pedirá su despecho.

—Su desahucio.

—Eso.

Aquella noche volví a soñar mientras dormía. Para mí, soñar despierto era lo más parecido a estar vivo. Soñar dormido, en cambio, era lo más parecido a haber muerto. Te ves a ti mismo en tercera persona, solo pasan cosas que no responden a ninguna lógica y encima tus actos y tus decisiones ya no dependen de ti. De hecho, a veces, los sueños parece que estén anticipando lo que te va a ocurrir en otra vida que no será esta, es decir, cuando ya no estés.

Lo peor de un sueño no es lo que revela. Ni lo que oculta. Ni siquiera lo que se puede interpretar de él. Lo peor de un sueño es siempre lo mal construido que está. Ni secuencias, ni escenas, ni protagonistas, ni antagonistas, ni introducción, ni nudo, ni desenlace, ni *na de na*. Si es

verdad que soñamos todas las noches, aunque no lo recordemos, y que pasamos ocho horas de media durmiendo durante los noventa años que puede llegar a durar nuestra existencia, eso significa que nos tiramos treinta años viendo películas sin ton ni son, mal producidas, mal rodadas y, seguramente, mal interpretadas. Eso sí, nos las creemos igual. O incluso más.

En este caso, se trataba de un sueño recurrente. Los sueños recurrentes son aquellos que se resisten a una única función y, por alguna extraña razón que se te escapa, se acaban quedando en tu subconsciente varias temporadas ampliamente prorrogables.

El sueño empezaba siempre con un recuerdo real. Era en tiempos del colegio. Yo salía de clase y mis compañeros me habían vuelto a colgar la mochila en un tejadillo al que sabían que era incapaz de subir. Los padres de los demás niños se los iban llevando uno a uno, y a mí, que me tenía que ir solo a casa, me quedaban cada vez menos compañeros a los que pedirles el favor de que me bajasen los libros de ahí. En ese momento aparecía ella. Me decía que no me preocupase, que me los bajaría.

Un niño maltratado lo sigue siendo toda su vida. Niño y maltratado. Las vejaciones, los insultos o simplemente el vacío que puedas llegar a sentir por parte de los demás, en tu fuero interno, siempre sientes que te lo mereces. Que te lo has ganado. Nadie debería quererte, así que no te extraña cuando nadie te lo demuestra. Y por eso, también sientes lo contrario cuando alguien de pronto te quiere bien. Será un error, piensas en el fondo. Esa persona estará equivocada. No se da cuenta de que no lo mereces, que es injusto que te quieran a ti, que en el fondo algún día se darán cuenta y te abandonarán entre terribles sufrimientos, que son los que realmente deberías sentir.

Pero bueno, ya lo verá.

Ya me verá.

Ocho de la mañana. Pese a haberse ido a dormir pasadas las tres, Valentina llevaba ya diez minutos despierta mirando de reojo al móvil. Desde la cama no podía ver la pantalla, pero sí le llegaría la luz que desprendería en caso de recibir un mensaje. Bueno, un mensaje, no. EL mensaje. Como ella no quería que se le notase, intentaba no mirar hacia el dichoso *gadget*. No hay nada más estúpido que tratar de hacerse la indiferente con un aparato, pensó. Se dio la vuelta y trató de seguir durmiendo. Nada.

Las ocho y cinco. Los datos de audiencias se habrían publicado ya hace la friolera de cinco minutos. Trescientos segundos. Los tendrían ya sus jefes. Sus productores. Quizás hasta alguno de sus compañeros. Todos sabrían la nota de su trabajo. Todos, menos ella. En breve se iban a decidir tantas cosas. Para empezar, en breve se iba a acabar enterando todo el país. La tele es el único examen en el que las notas se reparten cada día delante de todo un país. Ante esa premisa, trata de sobrellevar un suspenso. Y es que, en función del dato, su programa iba a ser considerado un éxito o un fracaso. Sí, se trataba solo del primer programa de entrevistas que hacía en *prime time*, la primera vez que salía de su zona de confort de los informativos y se postulaba como presentadora de entretenimiento en *prime time*, pero eso ahora ya daba igual. Se había lanzado a la aventura de hacer las entrevistas que a ella le hubiera gustado ver en televisión. Y lo había hecho como creía, con gente que sabía de lo que hablaba. Con físicos. Con antropólogos. Con psiquiatras de prestigio. Vaya, con los que serían automáticamente descartados en la primera ronda de cualquier *reality show*. Era una apuesta por la palabra, por el conocimiento, por más gente interesante y menos gente interesada en televisión. La suerte estaba echada. Y los datos le darían la razón. O no.

Si el programa tenía un mal comienzo (un dato por debajo de la media del canal del seis por ciento de audiencia), iba a ser muy difícil subsistir en la parrilla. Su *timeline* vital (ese que incluye las redes sociales, sí, pero también las conversaciones telefónicas, las miradas de la gente, los artículos de opinión, los mentideros profesionales e incluso algún que otro WhatsApp) se llenaría de fracaso, de condescendencia, de tristeza, de palabras de ánimo, de compasión. Y también de trolls haciendo de eso, de trolls. De pronto, Valentina sería una apestada profesional, como si nada de lo que hubiera hecho en sus veinte años de trabajo importase de golpe, como si hubiera contraído una contagiosa enfermedad de la que todo el país estaría al tanto, y con la que nadie se querría relacionar. Un fracaso en televisión no es como un fracaso en cualquier otra industria. Cuando el miedo es quien realmente toma las decisiones, el punto y seguido de un fracaso puede convertirse en tu punto final. El cementerio televisivo está lleno de buenísimos profesionales —vivos— que un día tuvieron un traspies. La tele solo baila con quien ha bailado entero el último baile, no necesariamente con quien sepa bailar.

Sí, por el contrario, el programa hubiera hecho un buen dato (más del siete por ciento, y ya no digamos un ocho o un nueve, ¿te imaginas un diez?), los titulares serían otros radicalmente distintos. Otra película. La historia de un éxito, de un acierto, de un podéis seguir trabajando, de un todo el mundo se lo esperaba, de «Ya os dije yo que esta chica lo iba a petar». Tras la batalla, todos mariscales.

Las ocho y diez. Seiscientos segundos. Y el mensaje de las audiencias aún sin llegar. Esto es un mal augurio, pensó Valentina. Es una mala señal. Si hubiera sido un buen dato, ya se lo habrían hecho llegar.

Se ilumina la pantalla. Valentina coge el móvil como si le fuera la vida en ello. Mensaje de Elvira, coordinadora de invitados: «Mi niña, qué programón anoche, felicidades, jabata, independientemente del dato, es para estar orgullosa». ¿¿Independientemente del dato?? ¿Eso es

que Elvira lo conocía y ya empezaban a sonar las plañideras? ¿O era porque tampoco lo sabía y le quería felicitar antes de que fuese público? Valentina no se atrevió a preguntárselo. No quería dejarse a sí misma en evidencia: cómo ella, la presentadora de su programa, no iba a saber el dato antes que los demás.

«¿Y si les llamas tú?».

Ni de coña, pensó. Prefería sufrir con la tensa espera antes que con la humillación de mostrar desesperación.

Ocho y cuarto. Valentina decidió ganar tiempo e irse duchando mientras llegaba la nota. Su nota. Su punto y seguido. O su punto final.

Mientras se duchaba, pensaba en por qué se dedicó a lo que se dedicaba. Qué es lo que la había traído hasta aquí. Recordó sus años en la facultad, cuando todo era puro, nuevo y excitante. Cuando aún creía que iba a encargarse de contar la verdad al país entero, porque ella iba a ser una periodista de esas a las que califican «de raza», cuando se imaginaba a sí misma haciendo reportajes de guerra, entrevistando a terroristas internacionales o cubriendo un conflicto diplomático entre Oriente y Occidente o una escalada de violencia en Afganistán.

Y de pronto, se vio hoy, esperando un *share*. Su vida a cambio de un porcentaje. Se encogió de hombros ya con la toalla puesta. Y sonrió.

Las ocho y veinticuatro. Mensaje. Esta vez de Raúl, director del programa. Adiós sonrisa. «Un tres por ciento. El sábado comemos antes del programa y hablamos».

Una ambulancia no es más que el taxi del dolor. Te subes —o, mejor dicho, te suben— y desde ahí sabes que todo lo importante será urgente, y viceversa. Es quizás el único lugar del mundo donde eso ocurre. Eso y que la carrera no se cobra solo en dinero, sino en aliento, que es el resultado de restarle segundos a la salud.

Ahí estoy yo, incapaz de moverme. Tumbado hacia arriba sobre una camilla. Zumbido constante en mis oídos. Cada poro es una aguja que me pregunta si ahora duele. ¿Y ahora? ¿Y ahora? Los ignoro todos, porque tampoco sabría darles respuesta. Me quedo quieto. Inmóvil. Observando todo aquello en lo que antes ni me fijé. El cielo. Las nubes. Los árboles. Pájaros. Secuencias infinitas de cosas que no dependen de mi accidente y a los que, de hecho, les da igual. Todo lo que no es aquí es bonito. La belleza de la distancia. La distancia al dolor, claro. Y de pronto, más que la sangre, más que mis heridas, más que mi cuerpo entumecido e interrogante, me duele una palabra. La primera parte de mi cuerpo que noto que me falta. Tú.

Dónde estarás. Y, sobre todo, cómo.

Noche de vuelta y vuelta. No pienses, piensas. Demasiado tarde, pues. No te despejes, te dices. Y entonces te despeja tener que hacerte caso. No cojas el móvil, que te desvelas. Y antes de que te des cuenta, eres un bicho más acudiendo a la luz atenuada y clandestina de una pantalla de seis pulgadas. Te has despertado. Luz del móvil. Luz de la nevera. Luz de la tele. Siempre las tres juntas al rescate. Siempre ahí cuando las necesitas. Y es que cuando tus días no son intensos, tus noches se vuelven eternas. Como preludios infinitos de algo que jamás pasará. Así fue esa noche. Y otra. Y otra más. Qué más da cuál de ellas. Así hasta que salió el sol de nuevo y pude acudir al bar de la esquina, el bar Bara, antes de volver a empezar otra vuelta más en la rueda del hámster.

—Uy, qué cara, madre mía —me espetó Mateo nada más verme.

—Es que no he dormido muy bien —respondí.

—Anda, ponle a este uno doble.

—No, no quiero café.

—Marchando uno doble —respondió el camarero.

A Mateo le brillaban los ojos en una dirección —porque los ojos siempre brillan a causa del reflejo de algo o alguien que emite luz—, y yo no pude evitar mirar al televisor que colgaba de la pared del otro lado de la barra. Allí, en el programa matinal, vestida de traje de chaqueta, se encontraba lo que yo pensaba que era el cielo en versión mujer y Mateo, un cine porno en sesión matinal.

—Hoy tiene entrevista —dije en voz alta sin querer.

—Oyeee... ¿Y cómo sabes tú eso...?

—Siempre que viste traje de chaqueta es porque va a entrevistar a alguien.

—A mí es que todo lo que sea ropa, en ella, me sobra. No sé si me entiendes. Jajajajaja.

La carcajada solitaria de Mateo se fue apagando como quien la devuelve a la estantería de las cosas idiotas que nunca debimos decir y, ante mi mirada fija, la acabó fundiendo con algo parecido a un suspiro.

—Aaay, Dieguito, Valentina es una de esas diosas que jamás se fijará en nosotros, siempre acabará con otros... Eh, míralo así, ahora tenemos la inmensa suerte de verla por televisión con una mano y la otra para... no sé si... jaj... —Mateo ni siquiera arrancó la segunda, viendo el éxito que había tenido la primera—. Diego, tío, las fantasías son cojonudas así, en su mundo de fantasía. El problema viene cuando conviertes una fantasía en algo real. Las fantasías se gestionan solas. La realidad, no. Gestionar una realidad que antes fue una fantasía acaba matando la fantasía y convirtiéndolo todo en algo que colocar en algún sitio. Yo tuve una novia que era bisexual y bastante activa. A los dos nos encantaba fantasear con ella tirándose a otras mientras salía conmigo. Era excitante, nos ponía mucho a los dos, no te lo voy a negar. Todo era perfecto. Hasta que se tiró a otra. Ese día, sé que nuestra relación cambió. No voy a decir que hubo celos, porque no fue exactamente eso. Fue algo mucho más complejo. Fue como de pronto saber que lo que antes era de los dos (la fantasía) ahora se lo había quedado ella en su realidad, para compartirlo con otra persona. Y yo me sentí al margen de algo tan importante como la intimidad. Nuestra intimidad. Y no es que hubiese desaparecido, no. En realidad, se había llevado un pedazo para compartirlo con otra persona y yo no lo vería nunca más. Había perdido la custodia de nuestra intimidad. Y ya nunca más fuimos capaces de recuperarla.

—Muy bonito. Pero yo te veo más como la versión más visceral del mono *Brachiation*.

—¿Quién?

—El mono *Brachiation*, Mateo, el de los años noventa, en la universidad japonesa de Nagoya, el primero en ser capaz de saltar de rama en rama sin caerse.

—Muy gracioso.

—Su café doble —me informó el camarero.

—G-gracias.

—Al suelo, los nuestros —dijo Mateo, señalando la puerta con un gesto.

—¿Qué pasa, chavales? Las diez, casi. ¿Qué pasa? ¿Estáis ya en reducción de jornada?

—No, don Andrés, justo estábamos acabando ya, íbamos a subir —se excusó Mateo.

Don Andrés ignoró a Mateo y se dirigió a mí:

—Ah, mira, Diego, ya que te veo, necesito que me hagas un favor. Pásate por mi despacho luego y te cuento.

—Claro.

—¿Me estás diciendo que para ahorrar dinero tengo primero que gastármelo...? ¡¡¡Pues vaya pedazo de ahorro!!! No lo sé, para eso te pago, para que veas de dónde sacar el dinero en casos como este. Quiero saber de cuánto disponemos para... para eso... y me lo tienes que decir YA.

Don Andrés gritaba bajito, que es lo mismo que susurrar fuerte, básicamente porque ambos producen el mismo efecto: la curiosidad del espectador, que en este caso era yo, que no sabía si entrar o quedarme fuera. Don Andrés hizo una señal para que hiciese lo primero.

—Bueno, vale..., dependo de lo que me digas, porque piensa que el sábado tengo la cena y me lo van a preguntar... Vale, venga, te dejo, ¿eh? Dime algo. Chao.

Don Andrés dejó salir de un suspiro todo el aire que no había utilizado en la conversación.

—Qué hay.

—Sí, don Andrés, quería verme...

—No, que yo sepa...

—Antes, en el bar, me dijo que tenía que pedirme un favor...

—Ah, sí, calla, pasa, Diego. Que ya no sé dónde tengo la cabeza. Coño, y deja ya de llamarme DON, que parezco mucho mayor que tú.

—Vale...

—Andrés. Con Andrés basta.

—Vale, Andrés.

—Mira, que nos han llamado de la tele.

—¿A... a nosotros?

—En realidad, a mí, pero os incluyo por aquello de hacer equipo y tal... Sí, un reportaje que quieren emitir sobre inteligencia artificial, que como no tienen ni puta idea, necesitan a un experto que lo comente en el plató, una especie de debate, yo qué sé.

—Ah... ha...

—El caso es que este sábado por la noche, no, espera, el domingo es 14..., sí, el sábado. Bueno, pues eso, que si no tuviera a los coreanos dándome por saco, yo iría encantado, pero este finde tengo que cenar con ellos. Total, que no puedo ir a la tele. Ya les he dicho que, si yo no podía, les enviaría a alguien. Además, tú eres nuestro experto en IA, ¿no?

—Bueno, sí.

—Hala, pues listo. Les digo que vas tú. Te llamará un tal Juanjo.

—Vale.

—Bueno, a currar, ¿no? Que son casi las diez.

—Sí, sí. Perdona una pregunta, don Andrés —dije—, ¿qué programa es?

—*La hora de Valentina.*

*La hora de Valentina.*

Yo hice como si todo fuese normal.

Nada volvería a serlo.

Judas, idea para libro. Título: *Perdonar a tus padres*. Hay que tener hijos para llegar a perdonar a tus padres. Hay que pasar por lo que ellos pasaron para poder empezar a entender. Sus inicios, sus decisiones, su manera de educarte o su ruptura, da igual. Nada de lo que te cuenten puede aproximarse lo más mínimo a lo que debieron hacer por ti cuando tú aún no tenías ni consciencia ni memoria para contabilizarlo y apuntarlo en tu discurso de agradecimiento vital. Es un cariño sin debe y sin haber. Es querer a fondo perdido. Es un cheque en blanco al portador y de por vida.

Y quizás justamente ahí es donde resida el misterio de la paternidad. No solo en la entrega total y absoluta. También en la ausencia de gratitud. En el nulo reconocimiento. En que todo lo que vayas a hacer desde ese momento y hasta que te mueras lo habrías hecho una y mil veces más, aunque nadie te recompensara por ello.

Nadie entenderá jamás a los padres que discuten por sus hijos. Nadie comprenderá nunca la soledad semanal de ese momento en el que debes despedirte de tu hijo porque se va a pasar la semana con su otra familia. Y saber que tu hijo está triste y feliz a la vez. Porque se despide de una mitad para reencontrarse con la otra. Niños partidos con corazones que ocupan más de dos. Familias como puzles inacabados por piezas que vienen y van. Piezas que siempre buscarán su hueco, por no llamarlo soledad.

Por eso, cuando veas a un padre o a una madre, ni se te ocurra caer en lo fácil. En la valoración frívola y a distancia. En lo que deberían haber hecho según tu sabio criterio. En el consejito fácil de garrafón. Juzgar a un progenitor en el ejercicio de sus funciones es no entender que uno hace lo que buenamente puede y como puede, aunque demasiado a menudo le salga mal.

Recuerda que en la vida solo hay tres condiciones para el ser humano: la de hijo, la de padre y la de hijo de grandísima puta.

La primera no se elige.

La segunda nunca caduca.

Y la tercera..., bueno, la tercera no se extinguirá jamás.

—¿¿¿Que vas a ir a qué???

Mateo ni siquiera intentó moderar el volumen de su voz. La cocina de la empresa era un cuchitril minúsculo, apestoso y sin ventanas por el que todo el mundo pasaba para dejar o coger cosas, y del que había que salir antes del tiempo recomendable en apnea.

—Shhhh.

—Dios. Te va a entrevistar esa diosa. ¿Y por qué a ti? Yo llevo más tiempo que tú en la empresa...

—Bueno, yo qué sé, igual porque el experto en inteligencia artificial soy yo...

—Eso da igual.

—No, no da igual, tendrá que ir alguien que sepa de lo que habla, digo yo...

—Eso a la tele le da igual —replicó Mateo—. No vas a poder contestar con rigor. Ya lo verás. La televisión busca siempre el titular simple e impactante. Y la ciencia (tú que vas tanto de *científico*) es todo lo contrario, según TUS palabras ha ido avanzando gracias a la letra pequeña. «Pasitos pequeños a lomos de gigantes», que dijo Einstein.

—No fue Einstein.

—Da igual. Lo tuyo son cosas imposibles de explicar en dos titulares. Tú mira los titulares que intentan (sin éxito) condensar toda una vida de investigaciones cada vez que se otorga un Premio Nobel. Y es que profundizar requiere de un tiempo y, sobre todo, de un tempo no aptos para la pequeña pantalla. La tele no es para los expertos como tú.

En el fondo, Mateo tenía razón. El día que se inventó el mando a distancia, le entró la prisa a la televisión. Prisa por no aburrir a la gente. Prisa por dar paso al siguiente tema. Prisa por no detenerse en los detalles. Prisa por no dejar de sorprender. Prisa por volver enseguida. Prisa por no se vayan todavía. Prisa por el no va más.

Otra noche casi sin dormir. Otra vez con el mismo sueño. Esta vez, sobre el tejadillo, en vez de libros de texto, los niños habían dejado ordenadores.

—Diego, cariño, ¿así vas a ir a la tele?

Mi madre no era diferente al resto de madres del mundo. O bueno, quizás un poco, sí. Las madres son a nuestra felicidad lo que el principio de Anna Karenina a los libros. Un principio de felicidad universal y maravilloso. Con la diferencia de que, en este caso, la mayoría nos vemos forzados a leer el trágico final.

Desde que había vuelto a vivir con ella, mi madre intentaba disimular lo encantada que estaba con mi separación. Divorciarme de mi ex fue para ella la mejor noticia de la década, después de la de la segunda boda de Belén Esteban, claro está. De un plumazo, se había quitado de en medio a una nuera a la que jamás tragó, y había recuperado a un hijo al que casi no veía.

Claro que le afectaba verme triste. Claro que tuvo que forzarse a no entrar en mi habitación cuando me oía llorar cada noche. Claro que no le gustaba que de pronto mi vida se hubiese visto truncada. Mi matrimonio al traste, mi ex llevándome a los tribunales, mi trabajo pendiente de un hilo. Porque, claro, a todo esto, la crisis de 2008 tampoco ayudó. Ahí estaba yo, con treinta y cinco años, en la habitación de mis primeras pajas, sin un lugar donde caerme muerto, sin pareja ni proyecto estable, con una hija, una pensión de alimentos que pasar de dos mil eurazos y un ascenso a jefe de programación cancelado para siempre. Porque sí, en ese momento se habló mucho de la gente que perdió sus empleos, pero nada o casi nada se habló de los futuros que pudo llegar a truncar. Las promociones ansiadas que se desvanecieron para siempre. Las vidas que nos quedamos a medias. Los control zeta de toda una generación.

A mi madre no le preocupaba lo que diría su hijo en la tele. Tampoco el hecho de que fuese a salir en televisión nacional. Ni siquiera la posibilidad de que eso pudiese afectar —positiva o negativamente— a mi carrera. A Francisca, la madre que me parió, le preocupaba que fuese bien vestido y acorde a la ocasión.

—Hijo, ponte una chaqueta o algo, que en esos platós siempre hace frío. ¿Y un cojincito? Muchos tertulianos lo llevan para sentarse, a saber lo duros que están esos bancos.

—Mamá, voy bien. De verdad. Estamos en julio. Hay treinta y cinco grados en la calle y son las siete de la tarde. ¿De verdad quieres que aparezca sudando?

—Te he preparado un zumito de naranja.

—No tengo sed.

—Sin pulpa.

Me metió el zumo por la boca como quien echa monedas en una tragaperras a punto de dar el gordo.

—Ah. Y también una tostada de jamón.

—No tengo hambre.

—Con pan con tomate. Y aceitito, como a ti te gusta.

—No me lo pienso llevar.

Bajé a la calle con la tostada en una mano y mi maletín en la otra. La señora Faustina me miraba con una mirada siete mil euros peor que la de ayer, más los intereses. Le di las buenas tardes como si ya todo estuviese saldado. Abajo ya esperaba el coche de producción. Un sedán negro con un cartel en el salpicadero en el que se podía ver el logo del programa.

## **II.**

# **Tímpano**

*La cantidad de rumores inútiles que un hombre puede soportar es inversamente proporcional a su inteligencia.*

ARTHUR SCHOPENHAUER

—Que no, Valen, que esto no significa que vayan a cancelarnos el programa. Una mala audiencia la tiene cualquiera. Mira lo que siempre decimos tú y yo, *60 minutes* se pasó años haciendo malas audiencias, hasta que logró ser el programa de referencia en Estados Unidos y hoy lleva más de treinta años petándolo allá. Claro que los americanos son otra movida...

La ceja de Valentina parecía un signo de interrogación derrumbado de tanto claudicar. Las otras mesas del restaurante se dividían entre los que claramente escudriñaban de reojo a Valentina y los que todavía fingían no conocerla.

—De verdad, créeme. —Raúl siguió intentándolo—. En la cadena están encantados contigo. Otra cosa es que...

—Otra cosa es que quieran que solo entrevistemos a gente de la tele.

—Nadie te ha pedido eso. ¿Qué te pasa con el cuello? ¿Por qué te lo tapas todo el rato? No tendrás un chupetón, que ya no tenemos quince años...

—No me cambies de tema.

—Yo lo que digo es que necesitamos rostros más conocidos. Si la gente no nos ve es porque no nos conoce aún, y digo yo que en algún momento habrá que llamarlos. Y la única forma de llamar a la gente a ver un programa de entrevistas que no conoce será a través de los nombres que entrevistaremos... Y los más asequibles son siempre los que nos ofrece la cadena.

—Y a la mierda la idea original.

—¿Qué idea?

—Pues eso, la de descubrir perfiles con historias interesantes, gente que valga la pena presentar ante la audiencia, gente anónima, pero con mucho que contar. La gente conocida ya lo ha contado todo, previo pago en televisión o en las revistas del papel cuché. Si invitamos a un torero, los que sigan al torero ya lo saben todo de él. Y los que no le sigan, pues, sinceramente, es porque no les interesa. Y lo mismo pasará con los artistas, con los empresarios, con los políticos...

—Vale, entonces ya me dirás en qué programa vas a entrevistar a nadie si solo mostramos a gente que no conozca ni Cristo y el programa acaba siendo cancelado por baja audiencia.

—Por fin llegó la amenaza. Y eso que decías que no lo cancelarían.

—Y no lo van a hacer, salvo que tú...

—*¿Salvo que yo qué?* —Las palabras de Raúl habían abierto una puerta que ahora él solo pretendía cerrar. Pero ahí estuvo Valentina para cruzar ese umbral—: *¿Salvo que yo qué?* —repitió—. Salvo que yo claudique. Salvo que yo me traicione a mí misma y a los espectadores. Salvo que yo me venda y, al final, pese a haberlo puesto todo en este proyecto, abra la puerta a gente del corazón con encefalograma plano y que solo sabe hablar de su vida íntima porque no tienen vida interior. Y cuando ya ni me reconozca, porque ya no sepa ni quién soy, haciendo un programa que no quería hacer de una forma en la que no creo, el espectador (ese ser IN-TE-LI-GEN-TE, que nota perfectamente quién se está traicionando a sí mismo y quién le está siendo fiel) dejará de vernos, con lo cual, acabaremos por no hacer las audiencias que nos piden. ¿Y entonces qué, Raúl? ¿Entonces qué?

—Bueno, entonces...

—Entonces tú te largarás a dirigir otro proyecto, con otra cara y con otra ilusión. ¿Y sabes qué cara se quedará ahí, en la cuneta del fracaso público? La mía. ¿Sabes qué cara asociarán todos los productores de la industria con programas que no funcionaron? La mía. Y lo más importante, ¿sabes qué cara tendré que mirar todos y cada uno de los días del resto de mi vida al otro lado de cada puto espejo? La mía.

—No te pongas dramática. Solo te estoy pidiendo un poco de flexibilidad...

—La flexibilidad es el caballo de Troya de la traición. La aguja hipodérmica por la que se te inyecta el veneno del relativismo. Y no se puede ser buen profesional y creer a la vez que todo depende. Hay cosas que no son discutibles, porque son binarias. O se tiene dignidad o no se tiene. O se está embarazada o no se está. O se miente o se dice la verdad. Cuando no distingues entre lo que está bien y lo que está mal, ya dejas de ser profesional. Y yo, qué quieres que te diga, prefiero ser una profesional equivocada, pero creíble, antes que un pelele que hoy te defiende una cosa y mañana la contraria. Si no me importara mi credibilidad, me habría dedicado a la política.

Viendo que no la iba a convencer, Raúl cambió de tono. Y dijo lo que ella también sabía perfectamente.

—Bien. Pues ahora atiende a esto, Juana de Arco: hoy te la juegas. O, mejor dicho, nos la jugamos todos, Valen. Si mañana no damos un buen dato, habrá cambios. Y no de los buenos, querida. De los otros. Así que más te vale entrevistar hoy a un tipo que reviente los audímetros o tú, yo y los quinientos sesenta profesionales que trabajamos en este programa nos estamos buscando la vida a partir del lunes.

Yo miraba por la ventanilla no porque me interesara el emergente urbanismo alrededor de la M30, sino para evitar cualquier tipo de conversación con el conductor. No lo conseguí.

—¿Primera vez en la tele?

—Sí —contesté sin dejar de admirar las obras de Madrid Norte.

—Se nota.

Me forcé a inundar el coche de un silencio que ahogase cualquier posibilidad de conversación.

—¿Sabes por qué lo sé? —Seguí sin contestar. Dio igual—. La gente que va por primera vez siempre es puntual. —Silencio—. La puntualidad es una cualidad de anónimos. Y de pobres. La puntualidad, sobre todo, es cosa de pobres. —Más silencio—. Los ricos no necesitan llegar a la hora, porque ellos marcan la hora, ellos SON la hora. Y si no, mira qué diferencia hay entre un reloj para un pobre y para un rico. Para un rico, un reloj es una joya, es un complemento, es algo superfluo de lo que podría prescindir si quisiera y, sin embargo, decide gastarse una pasta, como diciendo, me sobra tanto que me lo puedo gastar hasta en algo que no necesito. En cambio, para los pobres, un reloj es un tirano absolutista. Es algo que le despierta por la mañana y no deja de darle órdenes hasta que se va a dormir. —Silencio atronador—. Y si no, ¿por qué crees que la invención del reloj de muñeca coincidió con la revolución industrial?

Yo hacía rato que había abandonado toda sutileza. Ahora sacaba la cabeza por la ventanilla. Pausa eterna.

—La distancia entre un lo quiero y un lo tengo —continuó—. Para mí, esa es la verdadera definición de riqueza. Cuanto más tardes entre lo primero y lo segundo, más *pringao* eres. Mírame a mí. Aún estoy esperando mi yate. —Otra pausa dramática del conductor que anticipaba un relato autobiográfico de lo más conmovedor. Pero como no obtuvo respuesta ni curiosidad por mi parte, el hombre tiró millas sin la necesidad de la aprobación de su público—: Yo iba para matemático. Mis profesores me dijeron que podía ser un fuera de serie, pero para eso me tendrían que enviar fuera. A Oxford. ¿Conoces Oxford? Bueno, ahí, en Inglaterra. Mis padres no tenían la pasta para enviarme fuera. Y así acabé, de taxista, bueno, cucaracha nos llaman los taxistas. Vaya unos, justamente ellos, que...

Dejé de escucharle.

En un cartel, junto a la carretera, podía leerse: «Tremendia España».

—Hola, soy Juanjo, de producción.

Un chaval vestido con tejanos y camiseta negra, pinganillo de seguridad de los que llevan cable en espiral por detrás de la oreja y una sonrisa protocolaria, me recibió a las puertas del complejo principal del grupo de comunicación.

—¿Qué tal? Soy Diego.

—Ya me dijo Andrés que al final tuvo lío hoy, ¿no?

—Sí, cosas de jefes...

—Bueno, no pasa nada, también me ha dicho que tú eras su experto en la materia.

—Ya, bueno, experto, depende de con quién me compares.

—Jajajaja, ¡conmigo seguro que sí!

Pasamos por un registro de DNI, después un arco detector de metales, un torno de seguridad y, finalmente, un pasillo al aire libre ancho y eterno. Mientras me colocaba la tarjeta de «VISITANTE» en un lugar bien visible, Juanjo me fue guiando. A esas horas, se entrecruzaban estrellas de la tele en diferentes *outfits* (que es como llaman los esnobs a los cambios de ropa), con técnicos y transportistas vestidos de mono de trabajo y llevando todo tipo de objetos. Algún camión dando marcha atrás y pitando a todo volumen acababa de contribuir al caos general. En ese momento, me sonó el móvil. Lo cogí pidiendo perdón con la mirada. Juanjo me hizo un gesto exculpatório.

—Dime. Sí, sí, mamá, me la he acabado. Estaba buenísima, mamá. Ah, ¿que lo están anunciando ya? Qué bien, gracias mamá. Hala, te llamo luego, que ahora me hacen colgar.

—Ay, las madres, siempre pendientes. ¿Qué te ha dicho, que ya ha salido el cebo?

—¿El qué?

—El anuncio de que te vamos a entrevistar.

—Ah, sí, por lo visto sí.

—Bueno, pasamos primero a maquillaje y después directos a plató, ¿te parece? Además — dijo susurrando —, te voy a sentar al lado de alguno de los colaboradores de Valentina, y así vas entrando en situación.

—Genial.

El restaurante más caro de Madrid no sale en las guías. El restaurante más caro de Madrid no es en el que más se cobra por cada plato. El restaurante más caro de Madrid era, ha sido y siempre será el que tuviese que elegir Andrés para invitar a los coreanos a cenar. No solo porque lo encontraba todo carísimo. Sino porque siempre lo acabaría pidiendo con cara de placer doloroso del que sabe que, pidiesen lo que pidiesen los coreanos, tarde o temprano, lo acabaría pagando él.

—El señor Wang desea que le diga que está muy disgustado con los resultados de la compañía. —La traductora usaba la misma cara para decirte eso que para pedirte que le pasaras la sal.

Andrés hacía ver que sonreía, pero ya se le había atragantado el aperitivo, el segundo y ahora iba a sentir cómo se le atravesaba el postre.

—Bueno, es cierto que aún no damos beneficios, pero creo que estamos en la senda correcta. Este año hemos realizado algunas mejoras en el sistema y creo que en los próximos meses podremos empezar a notar...

—¡¡¡¡XXXXXXXXXXXXXXXXX!!!!

Te lo pondría en coreano, pero te ibas a enterar lo mismo que yo. El caso es que el señor Wang había pegado un puñetazo sobre la mesa mientras profería algo parecido a un grito, lo cual, viniendo de su diminuto cuerpo, parecía más un maullido que algo a lo que tenerle miedo. Andrés, sin embargo, sintió miedo. Nunca lo había visto así.

—El señor Wang dice que quien no da resultados, da explicaciones.

—Y lo entiendo, lo entiendo, pero dígame al señor Wang que...

—¡¡¡¡YYYYYYYYYYYYYYYYY!!!!

De nuevo una incógnita que no hacía falta despejar.

—El señor Wang dice...

—Sí, sí, ya me imagino lo que dice el señor Wang. —Andrés tomó aire para soltar lo que tantas veces había ensayado ante el espejo y que solo debía utilizar en caso de emergencia—: Mire, dígame que le prometo que voy a realizar ajustes en la compañía, que antes de final de año despediré a la mitad de la plantilla de programadores manteniendo los ingresos, y que si en enero no hemos mejorado el resultado, me iré sin indemnización alguna. Dígame eso, y que se lo firmo ya si quiere.

La traductora hizo su trabajo. A medida que le iba diciendo, la cara del señor Wang fue pasando de Defcon 1 a Defcon 5. Cuando acabó, el señor Wang le acercó una pluma y una servilleta a Andrés. La firmó.

Y así quedaron, se dieron la mano y Andrés salió del restaurante igual que había entrado, pero pesando exactamente veintiún gramos menos, con el permiso de Sean Penn.

—¿Quieres base mate en las entradas y algo de color? —Yo no estaba preparado para intimar con una extraña sobre mi inminente crisis capilar—. ¿Te dejo el pelo así o te pongo spray para tratar de disimular la calva?

La chica, que comía chicle mientras esperaba algún tipo de respuesta, no dejaba de mirarme a través del espejo.

—No sé, haz lo que puedas... —acerté a decir, sentado sobre una silla igualita a las de barbero, con un arsenal de kleenex bajo la barbilla.

—No le digas eso o te hará un estropicio.

La voz, contundente por encima del ruido de los secadores, salía del sillón del otro lado. Bueno, en realidad salió de la garganta del hombre que se sentaba a mi lado. Pero como tenía más voz de sillón apoltronado ahí durante décadas, también nos valdría la primera versión.

—¿Qué hay? Kyko.

—Hola, soy Diego —dije mientras le estrechaba la mano.

—Ah, el experto en informática.

—Inteligencia artificial.

—Eso. Lo que sea. Bueno, a ver qué tal te trata la loba.

—¿La loba?

—¿No te lo han dicho?

—N-no.

—Aquí la llamamos así. Yo no te he dicho nada, ¿eh? Pero es una definición perfecta. Tiene instintos salvajes, caza siempre por su cuenta, normalmente de noche, aunque, eso sí, mantiene a la manada y se aparea una vez al año. Ve con cuidado, no te toque a ti hoy.

—¿Aparearme?

—No... Ser cazado. —Kyko se levantó y me dio dos toquitos en el brazo, y antes de dejarme de nuevo solo con la maquilladora del chicle, me soltó un condescendiente—: Suerte, chaval.

¿Por qué iba a cazarme a mí si venía como experto invitado? Lo entendería si viniese a hablar de algo más comprometido, pero ¿¿¿de la inteligencia artificial??? ¿Quién estaría en contra de la IA? Y, por otro lado, ¿cómo le iba a llevar la contraria o a cazar en algún sentido si yo era el experto y no ella?

—Espérate aquí —me pidió Juanjo, de producción—. En cuanto Valentina diga tu nombre, yo te hago una señal, entras en dirección a esa tarima, subes los dos escalones y te sientas a la derecha del sofá, ¿lo ves?

—Sí, sí.

Una legión de cámaras me separaba de Valentina, del mundo oscuro con técnicos vestidos de negro, del mundo luminoso y de color de la presentadora y colaboradores.

—Ah, muy importante. No le des dos besos, esto no es un salón de té. La saludas de lejos y te sientas. Toma. Ponte esto.

Juanjo me dio un artilugio parecido a una alubia con una antena, y yo me lo quedé mirando mientras lo sostenía en la palma de mi mano.

—Nunca te has puesto uno de estos, ¿no?

—Pues no...

—Es un pinganillo. Te lo pones en la oreja como un auricular y así escucharás las órdenes de plató. Ellos te escuchan a través del micrófono que llevas puesto, y tú les escuchas a través de esto.

Me lo puse.

—A ver, compañeros, probamos pinganillo seis, por favor.

—*Hola, Diego. ¿Me oyes bien?*

La voz se escuchaba entre metálica y líquida, parecida a la que programé para Judas, pero más grave y con un cierto zumbido de interferencias que iba y venía.

—Sí, perfectamente —mentí.

—...Y por eso, hoy tenemos con nosotros a un experto en inteligencia artificial, que entre, por favor, Diego Martínez, ¡¡¡¡un gran aplauso!!!!

Entré y le di dos besos.

—Bienvenido, Diego Martínez.

—Gracias.

—Usted es experto en inteligencia artificial.

—Sí, bueno..., no sé..., jejejeje...

—No sabe, no. —Valentina sonrió hasta su colmillo izquierdo—. Tengo entendido que usted conoce los ordenadores hasta el punto de hacerles hablar... y hasta sentir...

—Sí, bueno..., jejejeje, no sé...

El silencio que siguió fue de los que obligó a cruzarse miradas. Dentro y fuera del plató, hubo gente que pensó de todo muy malo y en muy poco tiempo. Desde un «Échame a ese tío del plató», a un «No voy a la nevera hasta que vea cómo acaba esto». Hubo niños que dejaron de concebirse esa noche por la vergüenza ajena que empezaba a salir de la tele. Hubo adultos que no salieron por acabar de presenciar la escena y seguramente se perdieron la noche de su vida o la posibilidad de conocer a alguien, o vete a saber tú qué más. El caso es que el momento televisivo de la semana se estaba produciendo como siempre se produce, por sorpresa, sin guion, improvisado y en el lugar más insospechado. Y —pequeño detalle— conmigo como protagonista, claro.

—Bueno, se lo voy a preguntar directamente, señor Martínez, como EXPERTO en inteligencia artificial, si las máquinas fueron concebidas por el hombre, ¿cómo podemos asegurarnos de que solo replican aquellos sentimientos que reflejen los valores adecuados? ¿Cómo podemos transmitir esos valores a través de la programación, si a duras penas lo conseguimos a través de años de educación?

Hay momentos en la vida en los que habrías dado tu vida por ser locuaz. Momentos que jamás esperabas, o igual sí. Es lo que Diderot bautizó como *l'esprit de l'escalier* o, dicho de otro modo, que las mejores respuestas se te ocurrirán siempre después. El caso es que alguien te tiende la mano, te da la oportunidad de salir airoso, la prueba de fuego que siempre deseaste, y una vez te ponen en la tesitura, una vez te enfrentas a ello, de pronto algo te dice que no estás tan preparado como creías. Ese era mi momento, esa era mi pregunta. Llevaba toda mi vida estudiando, programando, preparándome para ese instante, y el fallo quizás fue que nadie me avisó. Y, sin embargo, ahí estaba, la puerta del destino se entreabría para mí. Y mi mente, presuntamente habitada por más de ochenta mil millones de neuronas, solo podía pensar en Fernando Esteso tocando las maracas.

—Sí, bueno..., no sé...

Lo primero que hice al salir del plató fue responder a la enésima llamada mientras dejaba el micro a alguien de producción que me acompañaba a la salida.

—Bueno, ya era hora.

—Mamá, no te podía contestar, ¿no ves que era en directo?

—Hijo mío, esa chaqueta no te iba bien para la tele.

—¿Cómo?

—Es que lo sabía, sabía que haría *moiré*.

—Mamá, tengo prisa, hoy recojo a Lucía y no llego. ¿*Muaré*? ¿Qué es eso?

—Hijo, lo de los dibujos de las prendas, que molesta a la vista cuando se graban por una óptica de cámara.

—¿Y tú cómo sabes...? Bueno, da igual. Te dejo, que llego tarde...

—Que sí, hijo, que sí, pero si te llaman otra vez, la chaqueta esa no la vuelvas a llevar, y ya verás como respondes bien.

El convenio dice. Así se llama el juego. Las fichas sois tú y tu ex, las reglas las impuso un juez que os escuchó durante un par de horas y el tablero, te guste o no, es y será siempre tu hijo o hija menor de edad. Y ahí andáis los tres, a merced de unos dados que —no te hagas ilusiones— jamás tiras tú. Es un bucle anidado dentro de otro con un *bug* que conviene purgar antes de seguir compilando.

El convenio dice que a las veintiuna horas es la recogida, siempre en la casa materna. Y si pone a las veintiuna horas, tiene que ser a las veintiuna horas. Ni un minuto más, ni uno menos. No es variable. Es constante.

Si me adelantaba, mi exmujer me haría purgar varios minutos de espera y de castigo. Y si me retrasaba, la gota malaya llegaría en forma de WhatsApp. Un reproche por cada minuto de demora. Una prueba más delante de un juez. «Mire, señorita, atienda a cómo menosprecia Diego Martínez cada minuto que podría estar con su hija».

—Llegas tarde. —Jamás sonó tan frío un telefonillo.

—Son y cinco.

—Perfecto, gracias por decirlo tú, lo estoy grabando. Ahora baja.

Me tocaba esperar en el coche. Solo. En silencio. Con las luces apagadas. Como si de una película de espías se tratase. Yo, obviamente, sería el malo. El fugitivo. El delincuente. El que lo había hecho mal. Abandono de hogar, me espetó el tribunal. Como si no existiese nada peor que dejar una casa. ¿Qué pasa si te abandona la persona con la que convives? ¿Qué hay del abandono de cónyuge?, me pregunté. Y todavía ahora, años después, me lo seguía preguntando.

Es verdad que nuestra relación nunca fue perfecta. Pero se hizo aún más imperfecta con el nacimiento de Lucía. Con la asunción de nuevas responsabilidades. Con el reparto de nuevas tareas. Y con las nuevas normas y roles que la pequeña impuso en casa. Porque un bebé viene a multiplicar lo que había en la relación entre los padres. Si había buen rollo, un bebé lo potencia, lo completa, lo hace brillar todavía más. Y si había mal rollo, cuentas pendientes incompletas o conversaciones inconclusas, el bebé lo acaba de dinamitar todo. Por los aires. Pum. Y se acabó. O, mejor dicho, el principio del fin. Jamás aprendimos a discrepar, a discutir. Y esa fue la grieta por la que entró todo lo demás: falta de sexo, acumulación de faltas, fiscalización de la rutina, inflación de silencios y, en última instancia, la soledad. Si supiera contarlos como Juanjo Millás, ya tendría forma de libro.

En esto andaba pensando frente a la que había sido mi casa durante demasiados años cuando me di cuenta de otra cosa. El móvil todavía pillaba la wifi de mi antiguo hogar. Y sonreí. Pensé que los móviles no entienden ni de rupturas ni de defunciones. Cuando una relación —o una vida— se acaba, el móvil continúa como si nada, salvo que tú le digas expresamente lo contrario. Ahora, además de cortar con las personas, hay que repetírselo e insistírselo a las máquinas. Pedazo de avance.

Además de todo esto, durante mi espera, hice lo que me había jurado no hacer nunca. Mirar arriba. Luz en las ventanas. Alguna sombra. Invitaciones a la especulación. ¿Qué estaría haciendo mi hija? ¿Con quién estaría hoy? ¿A quién le estaría regalando sonrisas? Y, sobre todo, si no sería demasiado infeliz con la situación.

Las veintiuna veinte. Momento de volver a llamar al telefonillo. Una llamada que tampoco iba a ser contestada. Porque no había la intención de que nadie entrara, sino de que alguien saliera. Más minutos de espera. Gente paseando por la calle. Mirándome a mí y a mi coche, extraños en el vecindario. Un extraño en una situación extraña con un coche extraño. Todo muy eso.

Luz en el rellano. Ahí que salía mi hija. Me bajé del coche para —por lo menos— darle un

abrazo con total normalidad. Lo único normal que podía ofrecerle en ese momento. Un abrazo de padre. Un todo esto pasará.

Un plató con todas las luces apagadas es una discoteca con todas las luces encendidas. Por mucho que intentes hacerte a la idea o echarle imaginación, ni pizca de glamur ni de que nada interesante pudiera haber pasado ahí.

A Raúl le gustaba salir siempre el último. Era una costumbre que le acompañaba desde el primer programa que dirigió. Como buen arquitecto frustrado, para él, cerrar plató era entregar las llaves del piso acabado. Y cerrar temporada, entregar el edificio integral.

Lo que no esperaba esa noche era encontrarse a Valentina sola, pelo recogido, desmaquillada y desparramada en el sofá de los invitados, además de abducida por la luz de su móvil. En cuanto él se acercó, ella se desató la coleta, dejando que su fino pelo rubio cayese sobre su cuello.

—No me digas que vuelve a ser él.

Valentina sonrió.

—No, —(Sí).

—A ver, ¿qué te dice ahora ese cabrón?

—Da igual. Lo de siempre, Raúl. Lo de siempre.

Raúl arrebató el móvil de las manos de Valentina. «tU CuElLO. MuEsTrAme tU cUeLLO. CoMo lA GaCeLa sE Lo MuEsTrA Al LeOn. nO Te lO vuElVaS A TaPar nuNcA MaS».

—Madre mía. Es que el tío este da miedo. ¿Lo has denunciado?

—¿Otra vez? Ya lo sabes, llevo seis denuncias y ¿de qué ha servido...?

—Yo te digo una cosa, si el sistema funcionara, este loco estaría en la cárcel.

—No es un loco.

—Ah, y ahora lo defiendes.

—No, al revés. No es un loco porque sabe perfectamente lo que se hace. Me ha seguido, sabe dónde vivo, la matrícula de mi coche y hasta qué ropa llevo fuera del plató. Joder, si se conoce mi armario mejor que yo. Un loco es alguien que no es dueño de sus actos. Un enfermo. Alguien que merece tratamiento y compasión. Este imbécil no merece ninguna de las dos cosas.

Raúl no supo qué decir. Ah, sí, ahora sí.

—Menuda intervención la del informático, ¿eh?

Valentina esbozó una sonrisa, esta vez sí, sincera.

—¿Tú crees que se notará mucho en la audiencia? —preguntó a su director.

—Hombre, ayudar no creo que ayude, la verdad.

—O eso, o se convierte en el momento más viral del programa.

—Eso también. Está todo tan absurdo que podría ser. «A los de *La hora de Valentina* se les cuelgan hasta los informáticos». —Por fin, ella soltó una leve carcajada—. En fin, vámonos, que es tarde. ¿Has avisado a seguridad? —le dijo Raúl mientras se levantaban para dirigirse a la salida.

—Sí, está Víctor esperando para acompañarme al coche. Pero ¿ves? Esto es lo que quiere.

—¿Que te acompañe siempre un segurata?

—No, que tenga miedo. Es otra forma de poseerme. Mientras no pueda ser su presa, hará lo posible por que sea presa del pánico que él me infunde.

Raúl pensó en el miedo como arma de control masiva. Se le fue la mente a la religión. Pero también pensó que no era momento de divagaciones filosóficas. Su amiga estaba sufriendo un acoso de manual y él tenía que ofrecerle algún alivio, aunque solo fuera un placebo.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—Pues mira, hoy no te voy a decir que no.

La canguro cerró la puerta de casa con el cuidado de una experta en fugas domésticas. Yo era ahora cincuenta euros más consciente de que cada minuto que le quitaba a Lucía, en realidad, me lo estaba quitando a mí mismo. Mi madre no estaba ya para hacerse cargo de una niña de cinco años. La última vez que cuidó de ella acabó dándole un chupito de anís, «porque era lo mejor para calmar el llanto del bebé». Literal.

Sobre su cama de princesa ninja, la silueta de mi hija parecía un signo de interrogación tan abierto como su propia vida. Y lo peor era que yo no tenía ninguna respuesta. Más bien al revés.

Conforme me iba dejando jirones de piel en cada decisión, la vida se me había ido estrechando cada vez más. Porque la vida se estrecha. Empieza haciéndonos creer que todo es posible, porque realmente lo es. Para Lucía lo es. Sin embargo, poco a poco y sin aviso, con cada decisión, acertada o no, la vida es la prenda que más encoge cada vez que la lavas.

Un pitido del móvil me sacó de mis pensamientos a pie de cama.

«Hola, me gustaría hablar con Lucía». Un WhatsApp de mi ex, hacía tres horas. Mierda, aún lo tenía en silencio. Y no había podido avisar a la canguro para que Lucía llamase a su madre. Algo que teníamos los dos en convenio firmado ante un juez. Otro motivo de lucha. Otra batalla abierta. Una más.

Abrir documento nuevo. Empiezo novela. Tenemos tantos problemas como somos capaces de resolver. Es lo que yo llamo el cupo de ventanillas. Todos abrimos una ventanilla por cada problema, y lo que es imposible —tan imposible como estornudar sin cerrar los ojos— es dejar alguna cerrada. Si tienes muchos problemas, te quedarás con los importantes y los demás te parecerán poca cosa, con lo cual no llegarán a la altura de problema, porque no tendrán su ventanilla abierta. Y si tienes pocos problemas, te inventarás los que te faltan para llegar al cupo, con lo que acabarás abriendo ventanillas para problemas que no lo son. También existe la posibilidad de que tengas algún problema tan grande que te ocupe varias ventanillas. O incluso todas. Seleccionar todo. Borrar. Cerrar. No guardar.

Que una noche —la única de la semana que pasaría conmigo— Lucía no llamase a su madre no debería significar ningún problema para cualquier expareja normal. Salvo que a su madre le sobrasen ventanillas y le faltasen problemas. Que era justamente el caso.

Decidí lucharlo al día siguiente.

Porque madurar consiste en elegir tus batallas. Y porque a las batallas, como a los buenos polvos, hay que pillarlas con la dosis justa de paciencia y energía.

Y esta noche no tenía ninguna de las dos.

«Hola, *rock star*. Estoy en el Bara. M.». Hay mensajes que igual no te salvan la vida, pero sí el día.

Mi hija dormía. Mi madre también. Si fuese padre e hijo modélico, me quedaría velando el sueño de las dos. Momento de bajarse al Bara para tratar de levantar un día de mierda. Como si los días de mierda se dejaran tan fácilmente.

Seguro que Mateo —mi mejor amigo, mi compañero, mi apoyo en los momentos difíciles— encontraba las palabras justas para hacerme sentir bien.

—Menuda cagada de intervención, macho. —Mateo no dejaba de sorber por una pajita, ya que, por algún misterioso capricho de la genética, podía seguir hablando con la otra mitad de su boca.

El bar Bara tenía otro ambiente radicalmente distinto de noche. Era como la cara B de una misma realidad. Las cosas estaban todas en el mismo sitio, pero ahora parecían servir a otros fines. Fines más oscuros, bizarros e irreversibles. Lo que antes era una mampara, ahora hacía las veces de confesionario. Lo que antes era un lavabo, ahora parecía una oficina de empleo temporal. Lo que antes eran vasos de tubo, ahora eran catalejos de óptica graduable según el licor que contuviesen. Y lo que antes eran mesas y sillas, ahora de pronto eran puertos, bancos y portales en los que pasar la noche... y atracar. David Trueba seguro que haría poesía de tanta soledad acompañada.

La camarera pasó con una bandeja llena de vasos vacíos y me sonrió. En diez años viniendo a ese bar, era la primera vez que se fijaba en mí.

—Están aún buscándote algún titular...

—No es cierto.

—Pero es que siempre te pasa igual.

—Que no...

—Que sí, hombre, que ves una mujer guapa y se te cruzan los cables.

—Qué tendrá que ver...

—Claaaro. Como cuando a Gala le vomitaste encima. O cuando después de hablar con..., ¿cómo se llamaba la rubita esa del Mediamarkt...?

—¿Yesi?

—Eso, Yesi, que te tuve que llevar al hospital porque no respirabas.

—Lo de Yesi fue distinto. Había comido algo que me sentó mal.

—Sí. El orgullo. Tranquilo, hombre, que yo lo entiendo. Que es que encima tenías la presión de la tele. De las cámaras. Joder, que no es fácil. Entrar en un plató de televisión por primera vez es igual que entrar en un quirófano como paciente. Pase lo que pase, tú no vas a recordar nada. Además, hagas lo que hagas, ten la seguridad de que vas a quedar como más tonto de lo que eres. Hay muy poca gente a la que se le vea inteligencia ante una cámara. Lo más normal es que una cámara te quite puntos de astucia. Muy poca gente ha conseguido lo contrario. Y algunos de ellos son los que llamamos presentadores. Pero bueno, la próxima vez tú hazme caso. Ahí lo que interesa es el morbo, tu vida, tus adicciones. Si has ido al psicólogo últimamente, si vas a interponer alguna demanda, si le debes dinero a Hacienda... No sé, coño, lo normal.

—Madre mía, que la he *cagao*.

—No, cagarla no. Simplemente has desaprovechado tu oportunidad.

—¿Oportunidad de qué?

—¿Me vas a decir que no te habría gustado que ella se hubiese quedado con tu cara? ¿Que no hubiera flipado con lo que le has dicho? ¿Que en estos momentos no estuviera pensando: «Cómo me puedo follar al informático ese friki que ha venido al programa esta noche»?

—A vueltas con lo de follar.

—Tú lo llamas enamorarte porque te tiras al rollo romántico. Pero, al final, tú y yo buscamos lo mismo.

—No es verdad.

—¿Ah, no? ¿Me vas a decir que no te gustaría ser el productor que se la está follando ahora?

—Mira —dije al fin—, déjame en paz. Voy al lavabo. Pídeme otra cerveza, anda.

Baño de hombres del Bar Bara, o lo que es lo mismo, el extrarradio del baño de mujeres.

A ver cómo cuento esto sin que parezca sobreactuado. Me faltan el rigor y la precisión del bisturí de Javier Cercas, pero no por ello voy a dejar de intentarlo. Nunca he sido de creer en energías, ni en los espíritus, ni en el más allá, ni en la magia, ni en el destino, ni siquiera en el horóscopo —aunque no te negaré que me los leo siempre al final del día para ver si han acertado—. Soy de formación tecnológica y científica. Y, para mí, la filosofía no es más que un algoritmo de bucle booleano que se resiste a ser compilado. Hipótesis, experimentación, tesis. Datos, datos y más datos. Más Aristóteles y menos Platón, y todo eso.

Sin embargo, lo que me ocurrió ese día en ese baño hizo volar por los aires todo aquello en lo que creía. Todo aquello que creía saber. Porque lo sucedido aquel día en aquel baño cambiaría mi vida para siempre.

Me gusta lavarme las manos antes y después de cada meada, aunque soy consciente de que, tras el tercer acto, a la salida, me enfrentaré al número clásico del Circo del Sol de abrir la puerta sin tocar el manubrio.

Estaba en pleno primer acto cuando ocurrió.

En ese momento no había nadie más en el baño.

Pero pude escucharlo en medio de algunos zumbidos.

—*Sal del baño.*

La voz venía directamente de mi cabeza. Pese a los zumbidos, sabía que venía de ahí. Lo primero que hice fue mirar a mi alrededor. Ahí no había nadie. Pero había oído la frase. Estaba seguro. Enseguida me fijé en las puertas cerradas de los cubículos con inodoros. Miré por debajo de cada puerta. Ahí tampoco había nadie. Abrí todas las puertas para asegurarme. Nada.

Debía de haber sido una ilusión. Demasiadas emociones en un mismo día. Necesitaba descansar...

—*Sal del baño y dirígete a la barra.*

No podía ser. Esta vez TAMBIÉN lo había oído con alguna interferencia, la misma voz inquietante, metálica y líquida. Muy lentamente, como quien pretende matar a un mosquito en plena faena, dirigí mi mano al oído derecho y ahí lo encontré. Sin esperar a saber lo que era, sin pensar en nada más, lo arranqué de mi oreja y lo lancé sobre el lavamanos con el mismo gesto.

Ahí estaba. El pinguillo que me habían colocado en la tele.

No podía creer lo que estaba pasando. Se lo habían olvidado y ahora alguien me estaba hablando. Pero claro, ya no estaba en la tele. ¿Estarían hablándole a alguien que en teoría seguiría en la tele? ¿Cómo podría devolverlo? ¿Cómo sabían que estaba en el baño? ¿Dónde estaba la cámara? ¿Por qué me ordenaba que fuese la barra? ¿Por qué coño me ordenaba? ¿Quién me hablaba? Las preguntas importantes y estúpidas se entremezclaban en mi cabeza, como si tuvieran el mismo nivel, como le puede ocurrir a cualquiera tras cualquier accidente.

En ese momento, quizás para responder a esas preguntas, quizás para cotillear, decidí lo que habría hecho cualquiera: volvérmelo a poner.

—¿Hola? ¿Quién es?

Nada. No hubo respuesta. Claro, pensé, ya no llevaba micro, era imposible que me escucharan al otro lado.

—*Diego, sal del baño y dirígete a la barra.*

Esta vez sí, sin zumbidos ni interferencias. Nítidamente. Habían dicho mi nombre. Sabían dónde estaba. Y, por alguna extraña razón que aún se me escapaba, sabían perfectamente lo que

iba a hacer. Me lo volví a quitar. Esto no tenía ningún sentido. Miré de nuevo si no había ninguna cámara oculta. Esto tenía que responder a...

—Diego, ¿estás bien? —Mateo había abierto la puerta y ni me había dado cuenta. Sin que él pudiera apreciarlo, volví a ponerme el pinganillo.

—Ya iba, joder, qué prisas.

**III.**  
**Martillo**

*La palabra es mitad de quien la pronuncia, mitad de quien la escucha.*

MICHEL DE MONTAIGNE

Diego ocupó su asiento ante Mateo. Su cara era un poema.

—¿Qué pasa? ¿Has vuelto a vomitar?

—No, no.

—Ah. No me hagas un numerito de los tuyos, ¿eh? Que hoy tenemos que aprovechar tu fama. Que mañana ya nadie se acordará de ti, pero hoy igual nos ayuda a pillar cacho.

Diego miraba fijamente a su cerveza, como si tuviera miedo de levantar la mirada y seguir escuchando instrucciones.

—*Levántate, Diego. Al final de la barra. La chica del vestido gris.*

Diego no pudo evitarlo. Miró hacia ahí donde le decía la voz y no vio a nadie o, mejor dicho, no vio ni siquiera la barra. Había demasiada gente en el local. Miró de nuevo su cerveza y cogió fuerzas.

—Voy a por otra. ¿Quieres?

—Pero si la tienes a la mitad.

—Sí, pero está caliente ya.

—¿Y desde cuándo eso te impo...?

—¿Quieres o no?

—No, no, ya me acabo la tuya.

Diego se levantó y puso rumbo a la barra. Tenía que comprobar si la información era cierta. Si había una chica con un vestido gris. Si estaba al final de la barra. Quería hacerlo, pero a su vez se sentía un títere al que le acabaran de colocar los hilos. Agradecido por el movimiento, pero incómodo por la repentina y absurda falta de libertad. Una concesión que encima había hecho voluntariamente. Todo muy normal.

La voz seguía ahí. Podía sentir su respiración al otro lado del micrófono. Sabía que si estaba en silencio, era porque no tenía una nueva orden que dar. Cruzó el local entre empujones y disculpas, abriéndose paso con la mano levantada a la altura del hombro como ariete. Y al fin llegó. Y no pudo creer lo que vio.

Allí, apostada, una chica de gris marengo y rostro harto de que le dijeran lo bello que es, miraba su reloj con la insistencia de quien lo quiere acelerar.

—*Siéntate a su lado y saludala.*

Diego se dio media vuelta.

—¿Quién eres? ¿Por qué te hago caso? —dijo en voz alta.

La persona que estaba frente a Diego de pronto se sintió interpelada.

—¿Qué?

La pinta de entrenador personal, boxeador profesional o campeón en arrancar cabezas de cuajo del interpelado no ayudó precisamente a elaborar una excusa rápida y eficaz.

—No, no, disculpa, no era a ti.

Diego se volvió a girar. No quedaba otra. O se sentaba junto a la chica de gris o nunca sabría de dónde venía esa voz.

—*Dile hola.*

—Hola.

—Lo siento, perdona, *pero* estoy esperando a alguien —fue la calurosa ceremonia de recepción a Diego.

—Claro, claro —respondió, volviéndose a levantar para irse.

—*¿Adónde vas? Vuélvete a sentar.*

—No quiere hablar. ¿Es que no lo ves?

La chica observó la conversación de Diego consigo mismo. Levantó ambas cejas y siguió a lo suyo, ahora con el móvil.

—*Mira, solo una cosa.*

Diego cerró los ojos y lo repitió como sin querer:

—Mira, solo una cosa.

—Dime —suspiró ella mientras preparaba su segunda y definitiva despedida.

—*Tienes todo el derecho a mandarme a la mierda. Faltaría más.*

—Tienes todo el derecho a mandarme a la mierda. Faltaría más.

Ella entornó los ojos para examinarle.

—¿Tú no eres el de la tele? ¿El que se ha quedado mudo? ¿El del meme?

—¿Yo? ¿Cómo lo...?

Ella le enseñó su móvil, abierto por un meme en el que salía él y que ya circulaba por Twitter. Él siguió a lo suyo, como si ya lo hubiera visto antes.

—*Tienes todo el derecho a mandarme a la mierda. Faltaría más. Pero también tienes derecho a que alguien, un desconocido, un cualquiera, un paria, un tipo anodino e insustancial como yo, tenga la oportunidad ya no digo de fascinarte, sino simplemente de interesarte, sin la condición previa de haber sido presentados por alguien común. Y me parecería MUY INJUSTO que solo por el hecho de ser guapa, tú fueras el único ser humano del planeta que solo pudiese conocer gente nueva a través de amigos de amigos. Dime si es así y lo tramito de urgencia ante el Tribunal de los Derechos Humanos de La Haya.*

Y todos nos podemos imaginar lo que ocurriría a continuación. La pausa incómoda que se produjo quedó inmediatamente derogada por una sonrisa. Hubo levantamiento de bienes y males. Cohecho, cohecho y prevaricación. Y, finalmente, sentencia absolutoria para los dos culpables. Porque lo que hagan dos adultos en pleno uso de sus facultades, sus deseos, sus cuerpos, sus esperanzas y sus miedos, no solo es sagrado y de derecho, sino toda una obligación. Se imputaron hasta las trancas, sospechando que a la mañana siguiente quedarían ambos, de nuevo, en libertad sin cargos.

Y este rollo pseudojurídico a qué viene ahora, preguntarás. Pues que —como verás—, a partir de este punto de la historia, ojalá Diego hubiese tenido un buen abogado para aconsejarle.

No lo tuvo, y así le fue.

—Bibiana, por favor, envíame los expedientes de los programadores.

—¿De todos, don Andrés?

—De todos. Me los envías en un mail cada uno.

—Enseguida. ¿En algún orden especial?

—Sí, de más a menos sueldo.

—De... acuerdo...

Andrés sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Llamar a su secretaria en domingo. Pedirle los expedientes. No era solo una inocente solicitud. Era todo un anuncio. Sabía que lo que estaba haciendo era mandar un mensaje a la organización. A toda la organización. Un mensaje que nada bueno auguraba.

Llegó el primer mail. Asunto: Diego Martínez. Crear nueva carpeta. Renombrar carpeta. «Despidos». Mover mail a carpeta «Despidos». Aceptar.

La chica, ya sin el traje gris, seguía dormida, tumbada en la cama. En el baño de un hotel de tres estrellas cualquiera, de esos hoteles que parecen diseñados por Edward Hopper, en los que el gel y el champú cuelgan como piernas desiguales atornilladas a la pared, Diego, sentado sobre la taza, miraba fijamente al pinganillo entre sus dedos.

De repente, sonó su móvil. Diego lo cogió enseguida con cierto e irracional miedo a que la despertase.

—Bueno, tío, ya me dirás cómo lo hiciste. —La voz de Mateo sonaba como si el que hubiese triunfado fuese él.

—Ahora no puedo, Mateo.

—¿¿Qué pasa, aún seguís ahí?? Joder, la tía más buena del local y se va contigo. Y ahora resulta que estás hecho un empotrador... ¿Ves como la tele hace milagros?

—No... Creo que no fue la tele.

—Ah, no, claro, me vas a decir que tu encanto personal. Pero si te pones nervioso solo con pasar por delante del Bershka, Diego, que nos conocemos.

—Bueno, fue la tele, pero no así, no como te imaginas.

—¿Hay algo que no sé? No me lo digas, has hecho un trío. O mejor, mejor. Tiene una hermana gemela y habéis hecho un trío. Serás cabrón.

—No, no, nada de eso. El caso es que...

De pronto, el pinganillo volvió a sonar. Lo podía sentir entre sus dedos, vibrando ligeramente al compás de unas palabras que, si se lo ponía, debería escuchar. Y si las escuchaba, algo le decía que debería obedecer.

—Te tengo que dejar, Mateo. Hablamos luego.

—*Contesta esa llamada.*

—¿Llamada? ¿Qué llama...?

En ese momento sonó el móvil de Diego. Miró la pantalla. Número desconocido. Un oído para el pinganillo. El otro para el móvil.

—¿Sí?

Lo cogió pensando que, por fin, podría descubrir quién era esa voz que le daba instrucciones desde el otro lado. Nada más lejos.

—Diego, soy Faustina. Te llamo porque mañana es el último día para ingresar el alquiler. Y yo no quiero tener problemas contigo y con tu madre.

—Lo... lo siento, doña Faustina, se me ha pasado. —El silencio se hizo cada vez más tenso a ambos lados de la línea—. Déjeme unos días más. —Más silencio—. Se lo suplico.

—No puedo, Diego, mi niño. Ya me gustaría. Pero los propietarios del edificio son también los que me contratan a mí. Y si no os reclamo el alquiler, al final me van a despedir a mí. Que me lo han dicho tal cual... De hecho, me habían dicho que lo ingresaras el viernes. Y yo les dije que no te encontré. Si mañana no ven el dinero en su cuenta...

Por más rápido que pensara, por más que lo intentara, había una gran cifra que Diego no era capaz de esquivar, ni siquiera mentalmente. Siete mil pavos. Siete mil. No los había visto juntos en su vida. Por no hablar del soponcio que le daría a su madre cuando se enterase de que se habían quedado sin techo.

—Doña Faustina, mañana mismo pido un adelanto de mi sueldo. Y se lo transfiero directamente. Créame. Hablo con don Andrés y seguro que me lo da. ¿Cuándo la he engañado yo?

Doña Faustina parecía que ya había dejado de escuchar.

—Bueno yo te he llamado y te lo he dicho, mi niño. El resto, ya sabes que pase lo que pase, no dependerá de mí.

—Pero...

Nunca se había visto así, con el agua al cuello, sin escapatoria, sin nada que alegar en su defensa. Fue entonces cuando volvió a escuchar esa voz del pinganillo. Alta y clara. Contundente. Definitiva.

—*Doña Faustina.*

—Do-doña Faustina —repetió Diego entornando, casi cerrando los ojos. Como si la vergüenza no fuese capaz de escaparse por un ojo entornado.

—¿Sí, mi niño?

—*Escúcheme bien atentamente, porque no lo voy a repetir. Si mañana no tengo casa, usted será la siguiente.*

—¿Yo? ¿Y eso? —La voz de Faustina era un móvil en busca de cobertura.

—*Me pregunto qué pensarán los propietarios cuando sepan de sus visitas al cuarto izquierda, todos los martes, cuando la señora Pascual se ausenta de su casa. Me pregunto si eso que hace en el piso entra dentro de su contrato no escrito por el que cobra mil euros mensuales en negro para labores domésticas. Y me pregunto también qué dirán los propietarios cuando sepan lo limpios que le deja usted los bajos al señor Pascual cada vez que acude. ¿Están incluidos esos servicios? ¿O se los cobra aparte?*

—Pero si todo eso es mentira... No... no tienes pruebas... —Si los sonidos tuviesen color, podríamos afirmar que la voz de Faustina ya rondaba los tonos pastel pálido tirando a beige, por citar el color más mediocre de la paleta.

—*¿Y Hacienda? ¿Será tan benévola la Agencia Tributaria con usted como yo lo llevo siendo*

*todos estos años? ¿Cree usted que harán la vista gorda tan bien como yo, por cobrar todos estos años en B?*

*—No serás capaz.*

*—No solo seré capaz, sino que pienso hacérselo saber a la señora Pascual, después al resto de los vecinos y, por último, a mi amigo inspector de Hacienda, que estará encantado de sacarse un sobresueldo con usted.*

*El silencio había cambiado de bando.*

*—¿Qué quieres, mocoso?*

*—Bien, me alegro de que esté dispuesta a negociar. Mañana informará a los propietarios de que recibirán una transferencia de mil euros al mes desde la cuenta corriente de usted, hasta saldar la deuda de mi madre. Y, a partir de ahora, además, limpiará nuestra casa. Gratis, por supuesto.*

*—No pienso hacerlo.*

*—Sí, sí lo hará. Y además lo hará todo con una sonrisa. Buenas tardes, doña Faustina.*

Si Raúl fuera hetero, siempre había tenido muy claro que su mujer ideal sería Valentina. Fuerte, valiente, comprometida, segura de sí misma, pero a la vez frágil, vulnerable, contradictoria y con esos ojitos de curiosa que no la habían abandonado al hacerse mayor. Sobre la cama, arrugada como el papel de un regalo, la periodista más famosa del país parecía haber congelado su cuerpo en medio de una carrera, huyendo de quien fuera que la persiguiese, de los *followers*, de los espectadores, de los canallas, de los psicópatas, de la fama, del periodismo, de ella misma.

Como no era su casa, Raúl hizo lo que pudo y le preparó un desayuno con lo que encontró en una nevera que albergaba más fiambres que una morgue, y que olía prácticamente igual. El aroma de las tostadas le provocó a Valentina la primera sonrisa del día.

—Buenos días... ¿Cómo has descansado...?

—¿Qué hora es?

—Las nueve en punto.

—Bufff, pues... cinco horitas.

—Eso es cuánto duermes, no cómo descansas —dijo mientras iba descorriendo las cortinas de la habitación una a una—. Hay una diferencia fundamental entre dormir y descansar. Que sí, mi niña, que me hagas caso. Que lo importante no es cuánto duermes, sino qué tal descansas. Yo hay veces que duermo muchísimo y me levanto fatal, y sin embargo otras que no he dormido casi nada, me despierto como nuevo. No es cuánto duermes, sino cómo descansas. Es lo mismo que los ojos.

—¿Los ojos...?

—Sí, los ojos —dijo Raúl mientras se sentaba a su lado—. Todo el mundo preocupado por si sus hijos tienen los ojos azules o verdes o marrones, cuando nunca fue el color, sino la mirada. Uno: nunca fue dormir, sino descansar. Dos: nunca fue el color, sino la mirada. Y tres: nunca fue con quién te acuestas, sino con quién te levantas —dijo señalándose a sí mismo.

—No me digas que nos acostamos anoche.

—Ya te gustaría, guapa. Oye. Ahora en serio. Tienes que hacer algo con esa nevera —dijo mientras se comía la primera tostada.

—Hmmm —fue todo lo que acertó a responder Valentina.

—En serio, esto es lo único que no estaba caducado.

—Me has preparado el desayuno...

—Bueno, es más una operación de rescate.

Valentina entendió enseguida a qué venían tantos circunloquios.

—La audiencia mal, ¿no?

—¿Te importa? —Raúl puso el clásico vinilo de Chavela para desayunar y volvió la vista hacia Valentina, que seguía esperando una respuesta—. Desayunemos primero, luego ya nos preocuparemos...

—Un cuatro por ciento.

—En serio, no puedes pensar en otra cosa antes de ingerir alimentos...

—Un tres por ciento. No me digas que es otro tres por ciento.

Raúl se dio por vencido, no iba a conseguir nada si no le decía el dato.

—A ver, es que anoche la competencia era muy fuerte...

—¿Peor que un tres por ciento??

—Un 2,7 por ciento.

Valentina volvió a cerrar los ojos. Esta vez demasiado despierta.

—El informático.

—No, mira, precisamente, el informático friki es lo que mejor funciona en el minuto a minuto.

De hecho, la cadena propone que lo vuelvas a invitar. Bueno, proponer es un decir, ya sabes. Pero es que ha sido la sensación de la noche. Todos los programas de la cadena se han hecho eco del balbuceo del pobre chaval, si hasta hay memes con su cara en ese momento.

—Vale, genial, encima somos *trending topic* —dijo Valentina, hundiéndose en la miseria y en la almohada.

—Pues yo no lo veo tan mal. Al menos te dan una semana más de crédito. Eso sí, a condición de que vuelvas a invitarlo.

—¿Al friki?

—Sí, al friki.

—¿Y si me niego?

El silencio fue la respuesta más honesta que se le ocurrió a Raúl.

De todos modos, Valentina ya había captado el mensaje antes de articular la pregunta.

Todo aquello que Diego nunca se atrevió a formular estaba ahí, en el umbral de su propio oído, listo para guiarle con quien quiera y para lo que quisiera. Vale, sí, era con un objetivo que él desconocía y seguramente con artes no demasiado éticas. Pero qué más daba si al final la consecución del objetivo justificaba más que de sobra la turbia manera de conseguirlo.

—*¡Buenos días, doña Faustina! ¿Qué día maravilloso nos espera hoy?*

Cara de media sonrisa de doña Faustina tratando de sonreírle a Diego, pero incapaz.

—*Tienes que decirle a ese niño que, si no deja de molestarte, le vas a contar a su papá lo de su otra familia.*

Cara de Lucía sin entender mucho lo que quiere decir su padre.

이 플랫폼이 이러한 변경 사항으로 더 잘 작동 할  
것이라고 생각합니다.

Por si tienes el coreano oxidado, se pronuncia así: *i peullaespom-i ileohan byeongyeong sahang-eulo deo jal jagdong hal geos-ilago saeng-gaghabnida*. Subtitulado: yo creo que esta plataforma funcionará mejor con estos cambios.

Caras de un grupo de inversores coreanos asintiendo con la cabeza a la vez, todo lo convencidos que pueden parecer.

—Don Andrés, me han dicho que quería verme después de la reunión.

Don Andrés suspiró un momento.

—No, no, no era nada. Ya hablaremos.

—Diego, idea para libro.

Diego no podía creerse lo que estaba oyendo.

—¿Ahora?

—Apunta, idea para libro.

Tiró de la cadena y salió del baño todo lo rápido que pudo.

—Título: Manual de segundos auxilios. ¿Lo tienes?

—Voy, voy... —El ordenador acabó de salir de su reposo—. *Manual... de segundos auxilios.*

—*Introducción. Cuando ya han fracasado los primeros intentos para casi todo. Cuando la vida te susurra que vayas haciendo acopio de lo que has conseguido. Cuando cada deporte nuevo es una lesión. Cuando el futuro se aproxima a lo más próximo. Cuando tienes cada vez más claro lo que no quieres. Y cuando las cosas que alguna vez fallaron bien podrían volver a acertar. Has dejado de decir «yo nunca», prefieres cuidar a los que ya conoces antes que conocer a alguien nuevo, repetir destinos antes que viajar a lugares desconocidos y has decidido finalmente dejar que la vida te sorprenda, sí, pero dentro de las cosas que te apetezcan. Llega un momento en el que lo nuevo no es necesariamente mejor, precisamente porque entre lo ya conocido hay demasiadas cosas difíciles de superar. Llega un momento en el que aprendes a elegir las batallas que vale la pena luchar. Te sientas en un restaurante y empiezas la carta por lo que descartas. Ese es el momento en el que un remiendo es mucho más valioso que cualquier adquisición. Ese es el momento para pararse y (a veces, incluso) desandar. ¿Listo?*

— ... Desandar. Lo tengo.

—*Capítulo uno. Parece que todo te ha pasado ya por primera vez. Parece que ya todo te suena demasiado. Y ya te conoces todos los finales antes incluso de empezar. Una sorpresa es siempre una mala noticia y una novedad, un contratiempo.*

»*La vida es un spoiler en sí misma. Las expectativas las carga el diablo y Dios es un proxeneta. Tú sigues sin saber lo que quieres. Pero cada vez tienes más claro lo que no quieres.*

»*Y lo identificas antes. Y lo descartas antes de barajarlo. Ser feliz es olvidar la diferencia entre ilusionarse y hacerse ilusiones.*

»*Tan solo quieres querer y que te quieran. Ni que fuera tanto pedir.*

»*Estás en el segundo tiempo de este partido de vuelta, además con la sensación de que el de ida lo jugó alguien por ti. Los primeros auxilios llegaron (como siempre) tarde. Tu edad hace tiempo que ya no te representa y los espejos han dejado de deberte nada.*

»*Lo que antes eran notarios, hoy son magistrados. Y lo que eran jueces, hoy son médicos especialistas en encontrarte cualquier cosa.*

»*El mundo entero te empuja en sentido contrario a la ilusión.*

»*Ya no dejas que la gente te decepcione dos veces.*

»*El dolor pasa lista todos los días.*

»*Y, sin embargo, ahí estás tú, con la sana intención de seguir sonriendo.*

»*Tan solo quieres querer y que te quieran. Ni que fuera tanto pedir.*

»*Esto no es un manual. Se parece más a un libro de reclamaciones.*

»*Así que, antes que nada y a quien corresponda: que te den.*

Y así transcurrió la noche, como si de un *beatnik* se tratase, escribiendo del tirón de principio a fin. Hasta las seis de la mañana, escuchando de fondo la discografía entera de Angela Lansbury — en su etapa posterior a los *fab four*— y sin pausa ni para mear. A Diego no le dio tiempo a pensar si aquello estaba bien o estaba mal, ni siquiera en el contenido de lo que escribía. Se limitó a pasar al ordenador lo que escuchaba por el pinganillo. Por ese pinganillo. Por aquella voz. Una voz que llegó al último capítulo como si lo estuviese leyendo de otro libro. Algo que ni siquiera le preocupó, porque no le dio tiempo, no porque no debiera preocuparle.

Al acabar, con el sol bien despegado sobre la línea del horizonte, apenas le llegaron las fuerzas para apuntar las últimas palabras dictadas, antes de caer rendido:

—*Imprímelo y llévalo personalmente a esta dirección: Editorial Nura. Avenida de los Madroños, 27. Madrid.*

Llamada de número oculto. Diego dormía. Llamada insistente de número oculto. Diego quería dormir. Llamada tocacojones de número oculto. Diego atinó con el móvil lo justo para ver que se trataba de un número oculto y colgar.

—Diego, cariño, ¿no lo coges? —La voz de su madre sonaba desde el otro lado de la puerta como la clausura definitiva del descanso.

—Noooooo —gritó Diego con la mitad de la boca que no tapaba la almohada.

Los números ocultos nunca traen buenas noticias. Alguien que se esconde no puede traer nada bueno. Porque si lo trajese, daría la cara. A todos nos gusta firmar una buena nueva. Dejar constancia de la alegría. Era eso o la tele. Que no sabía qué era peor. Si le llamaban para comentar su intervención, mejor no lo cogía. Si le llamaban para reclamarle el pinganillo, mejor no lo cogía. Pero ¿y si le llamaba la voz del pinganillo? ¿Y si por fin podía hablar con esa voz? ¿Y averiguar quién era de una vez?

En cuanto dejó de insistir, Diego se desperezó, cogió su móvil y llamó a la única persona con la que podía contar.

—Oye, ¿puedes quedar?

—¿Ahora? Claro, soy padre de dos, ¿recuerdas?

—Sí, perdona, Mateo.

Mateo miró a su alrededor. El caos ordenado de una familia de cuatro no iba a variar ni con su presencia ni con su ausencia.

—A las cuatro, después de comer.

—¿En el Bara?

—En el Bara.

Diego colgó con sentimiento de culpa por haber llamado a Mateo. Pero necesitaba compartirlo, necesitaba saber por qué y, principalmente, necesitaba saber quién.

A Mateo no es que no le gustara disfrutar de su familia. Es que no quería acostumbrarse a ella.

Las discusiones con Sita, su mujer, eran frecuentes, pero siempre por motivos irrelevantes. Esa era una de las dos condiciones que le ponía Mateo a la continuidad de su matrimonio. Que las discusiones fuesen siempre sobre temas intrascendentes. La otra, que jamás dejaran de reírse juntos. Si esas dos cosas estaban ahí, si no cambiaban, todo lo demás se podía sobrellevar. Sita coincidía con esas dos y añadía una tercera: correrse como mínimo una vez por semana. Si el ritmo bajaba, se buscaría a otro. Pero de eso, Mateo no se enteraría hasta que ella quisiera que se enterase.

La vida de Mateo iba para canción de Sabina, pero se quedó en triste remix de reguetón, *featuring* Dj Rutina y MC Desdén. ¿Qué sería de él si no le afectaran las discusiones con su pareja, la desobediencia de los niños, la casa siempre en desorden, la increíble nevera menguante, los armarios omnívoros o las visitas inoportunas? ¿Qué haría si dejase de despreciar a sus tres cuñados, sus dos suegros y sus siete sobrinos? ¿Y qué sería de él si no pudiese huir de todo eso cada vez que un amigo necesitaba de compañía una calurosa mañana de julio?

Huir de las cosas que te gustan es la única forma de mantenerlas a salvo de ti mismo.

Echarlas de menos es confirmar tu compromiso con su existencia.

Y volver a ellas es lo que algunos llaman refugio y otros, redención.

El caso es que a Mateo le había extrañado mucho el tono de urgencia de Diego.

—Judas, enciéndete.

—Muy buenos días, Diego. Tu última conexión fue ayer a las veintitrés veintiocho. Uf, jornada dura, trabajaste dieciséis horas seguidas, con trece minutos para almorzar. La buena noticia es que tu finiquito actualizado a día de hoy sería de treinta y cinco mil ochocientos cuarenta euros con seis céntimos. ¡Ánimo, fenómeno!

—Judas, ¿qué es esta carpeta? ¿VB? Yo no la he creado... ¿Y por qué no puedo abrirla...?

—Carpeta de sistema, Diego. Compilados de la Versión Beta. VB.

—Ah. Vale. Bueno. Quiero que me busques marcas de pinganillos.

—Claro que sí. Buscando marcas industriales que fabriquen auriculares monoaurales de baja frecuencia. Esto es lo que he podido encontrar sobre el tema.

La lista era muy parecida a una búsqueda abierta de Google, con más de dos millones de referencias.

—Fíltrame las marcas de fabricantes.

La lista se redujo drásticamente a las veinte mil.

—Ahora búscame las marcas de fabricantes que tengan distribución en España.

Alrededor de las doscientas cincuenta.

—Bien, imprime lista.

—Imprimiendo lista.

—¿Qué te tengo dicho de los gerundios?

—Perdona, Diego. Eliminando gerundios. —*Pausa*— Era broma.

—Muy gracioso, Judas.

Diego andaba tan metido en la conversación con Judas que no se había percatado de la presencia en el quicio de la entrada de su cubículo.

—¿Currando a las seis? —dijo una voz grave.

—Don —se lo tragó mientras lo decía— Andrés... —Diego se sentía como cuando te paran en un control policial y no has hecho nada malo: te pones nervioso igual—. ¿Qué hace aquí?

—He venido a por unos papeles.

De fondo, Diego pudo escuchar la fotocopidora funcionando a destajo. Cuando un jefe —no una secretaria, no un becario, no, un jefe *himself*— se viene al trabajo antes para fotocopiar documentos, eso es que algo muy malo ha pasado, y que algo aún peor va a pasar, pensó.

—¿Todo bien? —preguntó Diego.

—Sí..., bueno..., supongo. Ya hablamos.

—De acuerdo...

Andrés se alejó de Diego arrastrando algo más que los pies. Algo que pesaba mucho pero que no se veía a simple vista. Algo que sin duda les acabaría afectando muy pronto a todos.

—Pues yo no oigo nada.

Mateo se quitó el pinganillo, lo agitó —como si fuese lo que hay que hacer en esos casos— y se lo volvió a poner.

—Nada.

—No, no ha vuelto a sonar.

—Igual se le han acabado las pilas.

—No, fíjate que aún se oye el zumbido.

—Ah, sí. ¿Me estás diciendo que alguien te chivó por este bicho lo que tenías que decir? ¿Y que gracias a eso que dijiste la tía se fue contigo?

—Y no solo eso, Mateo. Me aconseja en todo. Con Faustina, con don Andrés, con los coreanos... ¡¡¡Que me puse a hablar coreano!!!

—Diego. Dieguito. Mi Diego. ¿No dijimos que dejaríamos las drogas a los treinta? Y, sobre todo, ¿no dijimos que, si volvíamos, lo compartiríamos?

—Que no, que te juro que esa noche no probé ni el alcohol. Pero si estaba aquí contigo. Aparte, ¿no te bebiste tú mi cerveza?

—Coño, eso es verdad. Bueno, será alguien de la tele. Igual te están gastando una broma. Oye, igual es un nuevo *reality*. *Big pinga*. Yo lo vería.

—No seas capullo.

—Bueno, y si te ha ayudado, ¿qué? Pues gracias y a otra cosa, ¿no?

Llamada de número oculto. Otra vez. Diego volvió a colgar.

—¿No lo coges?

—No.

—Podría ser importante.

—Nunca lo es. Seguro que es alguien al otro lado del charco preguntándose si estoy contento con mi operador móvil.

—¿Y si no?

—No llamarían con número oculto.

—¿Y si es de la tele? ¿Y si es ella? ¿Y si te quieren felicitar?

La broma fallida de Mateo volvió a estrellarse contra el silencio.

—Mira, esta es una lista de los fabricantes de pinganillos con distribución en España. — Diego sacó el listado.

—Ajá...

—He llamado a todos y adivina. NINGUNO contesta.

—Diego, es domingo.

—Bueno, da igual. Porque he entrado en la web de cada uno y adivina...

—Estaban diseñadas con el culo.

—No. Bueno, sí. Pero eso da igual. El caso es que NINGUNO fabrica este modelo.

—Ahhh. Uhhhh.

—¿Pero es que no lo ves?

—¿Que no veo qué?

—Que no es posible que siga funcionando a esta distancia de la tele. Que no es posible que siga teniendo batería. ¿Cómo explicas todo eso? Y, sobre todo, que alguien sepa dónde estoy y —susurrando— hasta qué hay a mi alrededor.

—Joder, Diego, estás fatal. Yo pensaba que tener sexo te iría bien, pero veo que te ha afectado más de lo deseable... y para mal.

—Necesito que me hagas un favor.

—No, no necesitas que te haga un favor. Necesitas tirar el chisme ese.

—Mira el último nombre de la lista.

Mateo se resistía, pero al final le hizo caso.

—Anda, mira. Sí, es la empresa donde trabaja mi hermano. ¿Y qué?

—Bueno, pues necesito que investigues sobre este modelo.

—¿Estás loco? Lo acaban de contratar después de cinco años en paro, no voy a poner en riesgo su primer curro en cinco años, todo porque a ti te haya dado por jugar a los espías.

—Necesito saber su rango de cobertura y, sobre todo, cuánto dura la batería.

Una novela hecha —en su mayor parte— de diálogos no es una novela. En todo caso, una transcripción. Pero no una novela. No digamos una película. Una película en la que solo hablan puede que sea una gran obra de teatro, pero jamás se llevará el aplauso de los cinéfilos. Y la tele que hacía Valentina estaba hecha de palabras. Conversaciones. Diálogos. Los grandes olvidados de la historia. Impactos orales en HD. Una porción de la *Odisea* en versión catódica. Sócrates perdió definitivamente la partida. La mayéutica no sobrevivió a Gutenberg. La memoria ya nunca más será lo que fue.

Valentina no podía parar de pensar en ello mientras el coche de producción le llevaba al plató. Una vez más, sí. Para hacer algo tan intrascendente como un par de horas de televisión. Entretener. El oficio previo al más antiguo del mundo. Y también el más denostado. Qué poco valor le damos a quien nos hace pasar un buen rato. Aplaudimos al médico que nos salva la vida, al chef que nos da de comer y al maestro que nos enseña cosas. Cuerpo, estómago y mente. Pero ¿qué pasa con el espíritu? ¿Qué hay de quien es capaz de cambiarte el estado de ánimo? Ya no digo de alimentar tu alma. No se trata de que todo el mundo tenga que ser Samuel Beckett. Hablo de la gente que hace pasar un buen rato, sin más pretensión. Nada más. Y nada menos.

¿Dónde ponemos a toda esa gente? Programas de televisión, cortometrajes, revistas, fanzines, folletines o relatos, da igual. Alguien que te ha sabido entretener durante un instante, por breve que parezca. Alguien que ha sido capaz de aliviarte, aunque solo sea durante un rato, el duro oficio de vivir. Que te da una clave, un a mí también me pasa, un alguien tenía que decirlo, un menos mal que lo has dicho tú. A ese alguien, ¿qué recompensa le damos? ¿Qué premio? ¿Qué reconocimiento? ¿Qué agradecimiento? Ninguno. Es más, lo frecuente es que reneguemos de él. Que lo llamemos frívolo. Que admitamos que es hasta poco profundo para nosotros. Superficial. Puede que hasta nos lleguemos a avergonzar de haber pasado cierto tiempo con él. Te vi haciendo *zapping*. Cuántas veces se lo habrían dicho a Valentina. No soy de ver ese tipo de programas, pero de vez en cuando lo pone mi mujer. Estaba en la sala de espera y no había otra cosa. Etcétera. Etcétera. Y un maldito y largo etcétera.

Si todo el mundo fuese honesto, los documentales de animales harían un cien por cien de audiencia cada sobremesa. Postureo cultural, mamoneo intelectualoide. Estupendismos. Todo el mundo haciéndose lo que no es para quien —de hecho— no lo merece. Aburrirse es guay. Lo denso es bien. La erudición ni puede ni debe ser entretenida. La verdad, si no es compleja, no vale la pena, es una estupidez. Lo fácil, lo sencillo, lo simple y lo entendible es siempre superfluo y frívolo, y viceversa. Y así nos va. Lo que queda bien decir que consumes no coincide nunca con lo que te gusta consumir. *Guilty pleasures*. Valentina era uno de ellos. Y lo sabía. Pero no por ello dejaba de darle rabia. Y asco. Y pena. Y, bueno, todo a la vez.

Juanjo la recibió con el agobio de siempre.

—La escaleta de hoy. El primer bloque está pendiente del segundo dúplex, que hay que confirmar. El segundo bloque son casi todo pasos a vídeo y el tercero, la entrevista.

—¿Quién es hoy?

—Margarita, la señora que salvó al gato de morir ahogado en la acequia de su pueblo.

—Maravilloso.

En ese momento entró la peluquera para peinar a Valentina.

—Ah, una cosa más. El friki informático.

—¿Qué le pasa? —suspiró.

—Que no contesta. Llevo dos días tratando de contactar con él, pero nada.

—(A la peluquera) No, el pelo suelto mejor, no me hagas cola. (A Juanjo) Insiste.

—Insisto.

—Pasa, Diego.

—Gracias.

—Qué buen papel ante los coreanos, ¿no?

—Pues..., pues sí.

—Se quedaron encantados contigo. No sabía que hablabas su idioma con tanta fluidez... Mira, anda, hazme un favor y no me vaciles. Llevo suficiente tiempo en este negocio como para darme cuenta de cuándo alguien no sé si me está mintiendo, pero sí que no me está diciendo la verdad. — Diego puso cara de estuco veneciano—. ¿Qué está pasando, Diego?

—N-nada.

—Yo quiero a esta empresa, la amo con todas mis fuerzas y haré lo que sea por mantenerla a flote. Pero tengo al consejo de Corea subido a la chepa todo el día, me veo obligado a vender más con menos, y ahora de pronto un programador de nivel cinco que sale por la tele, que primero es recochineo nacional, luego viene a las seis de la mañana cuando NUNCA antes había aparecido antes de las diez y que además empieza a hablar en perfecto coreano, se me vuelve imprescindible para ellos, tanto que me piden que estés en todas las reuniones a partir de ahora, como si mi vida no fuese suficientemente complicada ya. ¿Me lo explicas TODO?

—Igual es que no ven la tele de aquí...

Hubo un silencio que convirtió el estuco veneciano en eccehomo de Borja.

—¿Y eso no es bueno, Andrés? —La voz del pinganillo sonaba mucho más sobrada de lo que pudo imposter Diego.

—¿Cómo? —respondió Andrés con una mezcla de inquietud y curiosidad.

—*Que sí, que eso al final no deja de ser bueno.*

El teléfono fijo de don Andrés empezó a sonar.

—¿Sí? Sí, está conmigo. Voy. —Don Andrés tapó el auricular—. Es para ti. De recepción. Llamada urgente, de tu madre.

Diego lo cogió.

—¿Sí?

—¿Diego Martínez?

—Sí, soy yo, ¿qué pasa?

—Soy Juanjo, de producción de *La hora de Valentina*. Disculpa que haya dicho que era tu madre, pero llevo días intentándolo sin mentir y no ha habido manera.

—Ah, ah, sí.

—Mira, nos encantó tenerte en el programa. Nos gustaría que volvieses.

—¿En serio? —Diego amagó su entusiasmo detrás de una creciente suspicacia—. ¿Por?

—Porque creemos que no pudiste explicarte, y nos gustaría que lo hicieras. Bueno, por eso y porque lo petaste bastante, no te voy a engañar.

—No sé, no lo veo claro.

Don Andrés empezó a sospechar que no se trataba de la madre de Diego.

—¿El sábado te iría bien?

—Déjame que me lo piense.

—Listo, pues. Te enviamos el coche a las siete.

—Te digo algo.

—Hasta el sábado, Diego.

**IV.**  
**Yunque**

*Hablar es de necios; callar es de cobardes; escuchar es de sabios.*

CARLOS RUIZ ZAFÓN

La Editorial Nura estaba en el segundo piso de un edificio señorial, de los que nadie había previsto que un día se inventarían los ascensores. Diego llegó hacia las seis y media. El vestíbulo era un sofá y un mostrador tras el que se parapetaba una recepcionista demasiado mayor como para que esa hubiera sido en algún momento su verdadera vocación.

—Hola, venía a dejar este manuscrito —balbuceó Diego.

—Uy, cariño, me sabe mal, pero nosotros no aceptamos manuscritos desde hace años.

—¿Y eso?

—Muy sencillo —dijo sin levantar la mirada—. No queremos que nadie nos acabe denunciando por plagio, que es lo que pasa con los escritores mediocres. —Ante la insistente presencia de Diego, levantó la mirada y continuó—: Los escritores con talento no necesitan demandar a nadie, es más, si ven alguna historia que se parece a las tuyas, pues les da igual, porque ellos tienen la fábrica sobre sus hombros. Los mediocres, en cambio, como ven que no van a poder vivir nunca de esto, pues se dedican a rebuscar qué novela se parece, aunque sea de refilón, a algo que ellos hayan escrito alguna vez. Y por eso, porque queremos publicar sin temor a que nos caigan engorrosas demandas, preferimos no recibir manuscritos de escritores que no sean de la casa, cariño.

—Y entonces..., ¿cómo puedo llegar a ser de la casa?

—Pues no sé, autopúblicate algo, prueba suerte...

—Pero si me autopublico y me va bien, ¿para qué necesito una editorial?

—Mira, cariño, me quedan veinte minutos de jornada y aún no he pasado estas fichas a limpio. ¿Las ves? —La recepcionista señaló un fajo de unos treinta folios—. Así que, si no te importa, voy a seguir trabajando. Mucha suerte, pichón.

Conforme pronunciaba el último apelativo, pulsó el timbre de apertura de la puerta por la que había entrado Diego. Este se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida mientras trataba de meter en su bolsa el manuscrito impreso.

—*Dile que quieres ver a Olga Semprún.*

—No voy a decirle nada, ¿no ves que no aceptan manuscritos?

La mirada de la recepcionista fue de compasión: ahí va otro *chalo* que además oye voces.

—*Dile que quieres ver a Olga Semprún.*

—Porque Olga Semprún no está, ¿no?

La recepcionista suspiró.

—Está reunida.

—*No, no está reunida. Está tratando de asumir la pérdida de Yamil Hahal como autor de la casa. Y a lo mejor yo soy la alegría que le hace falta en un día tan importante como este, en el que, además, igual te vendría bien que se alegrase antes de pedirle un aumento. Piénsalo.*

—Y tú..., tú ¿cómo sabes todo eso?

Diego sonrió.

—Déjame el manuscrito aquí y ya te diremos algo.

—*Solo lo dejo con la condición de que Olga se lo lea.*

—Sí, sí, vale.

—*Hoy.*

—¿Hoy?

—Hoy.

La Unión Europea había prometido miles de millones durante los próximos cinco años a las empresas de inteligencia artificial con sede en la UE que contratasen a gente y diesen resultados positivos. Don Andrés había estado contratando a mucha más gente de la que necesitaba y tuneando los libros muy por encima de lo plausible y demostrable.

Por eso, porque llevaba ya demasiados meses de desviación entre los libros contables y la realidad, no le extrañó nada que su amigo Luis, técnico inspector de la Agencia Tributaria, le llamase un día con la excusa de tomar un café.

—Joder, Luis, que tú y yo estudiamos juntos toda la escuela primaria. Sabes que no soy un mangante. Claro que lo habría podido hacer sin hinchar las cuentas, sin tanta contratación innecesaria e incluso, si me apuras, sin la ayuda económica de los fondos europeos que, por cierto, aún no he recibido. Pero entonces, dime tú, ¿para qué voy a pedir ayudas? Si ya tuviera resultados positivos, no los necesitaría. Y, además, por ese camino tardaría mucho más. Y en una carrera como esta no hay premio de consolación para los perdedores.

Como dijeron los ABBA, *The Winner Takes It All*.

—Ya, Andriu, pero eso no es lo que cuenta. Lo que cuenta es lo que saben ellos.

—¿Y qué es lo que saben?

—Pues todo lo que habrán conseguido. Piensa que la IA no solo la utilizas tú para facturar a tus clientes. Piensa que nuestro Gobierno es uno de los setenta y cinco países que rastrean de modo activo los datos con algoritmos muy sofisticados y de ahí que seamos uno de los más intensivos en VGIA.

—¿VGIA?

—Índice de vigilancia global mediante inteligencia artificial. Ellos cotejan lo que les dices con los datos que obtienen de muchísimas fuentes. No pienses solo en lo que mueves en el banco, que también. Piensa en las redes sociales, piensa en tus viajes, piensa en el número y tipo de tarjetas de crédito que más se usan para los gastos de cada empleado, hasta las fotos que cuelga cada empleado en su Instagram. Lo usan TODO. Lo meten en su algoritmo y este se encarga de encontrar las incoherencias. Y a más incoherencia, más probabilidades hay de que te acaben trincando.

—¿Y me quieres decir que me van a trincar?

—Lo que te quiero decir es que hay un expediente bastante abultado que lleva tu nombre. Y que no creo que vayas a poder escapar de esta. Ya sabes que con nosotros no se negocia, se acepta una negociación, que no es lo mismo.

Don Andrés se quedó pensativo ante un café que ni había tocado.

—¿Y cuándo se prevé que pase?

—La notificación te llegará en los próximos días.

—¿Sí?

—¿Diego Martínez?

—Sí, soy yo.

—Soy Olga Semprún.

—Ah, hola.

—Venga mañana a la editorial. Tenemos que hablar.

Tres libros en dos años. Eso es lo que le ofrecería Olga Semprún a Diego al día siguiente. Oferta que no tardó ni un minuto en firmar. Al margen de los royalties, que eran pocos, y del adelanto, que fue bastante generoso. Daba igual. Por fin había conseguido lo que siempre había soñado desde que escribió su primera línea. Publicar con una editorial. Tener un libro propio publicado.

Bueno, tener un libro publicado.

Iñaki. El nombre volvía a Valentina una y otra vez. ¿Qué estará haciendo? ¿Con quién estará? Es curioso cómo un nombre tan bonito puede volverse horroroso solo por el hecho de pertenecer a un ex que te puso los cuernos. Los nombres, que no son más que etiquetas, acaban haciendo de envoltorios de todo lo que alguna vez sentimos por alguien que se llamaba así. Desde lo de Iñaki, Valentina no había grabado ni un solo número de móvil nuevo en su teléfono. Más etiquetas. O, mejor dicho, cada vez menos.

Iñak. Los días pasan y el dolor se enquistaba. Su nombre iba difuminándose poco a poco, sí, ahora parecía más el nombre de un mueble de IKEA que el de una persona. Y la semejanza tenía todo el sentido, porque esos muebles, como las relaciones, están pensados para ser montados, jamás desmontados. Nadie nos prepara para despedirnos. La memoria pasaba todas las noches su camión de la basura y por alguna razón que a Valentina se le escapaba, tan solo se llevaba la parte mala de su relación. Sin embargo, las sensaciones se quedaban con ella. Y para acabarlo de arreglar, solo las buenas, con lo cual, a la luz de los datos que aún sobrevivían, acabar con la relación parecía haber sido un error. Otro más.

Iña. Como si de un pueblecito de la Vall d'Aran se tratase. Un pueblecito acogedor, cada vez más despoblado y desangelado. Un lugar al que prometes mudarte sabiendo que no podrías, que te estás mintiendo. Un lugar del que siempre te vas para no volver.

Iñ. Algo tienen los monosílabos que siempre aparecen en los momentos clave. Igual es porque son golpes de voz. Moléculas de aire. Átomos de la intención. Partículas elementales de la expresión humana. Por ello, la mayoría no necesitan ni tilde. Son la ausencia de todo artificio. La génesis de la impresión.

I. Una inicial. El primer número romano. Y, por supuesto, Roma. No hubo ni habrá nada igual. Donde todo empezó. Donde nada en realidad se acaba. Porque el primero en cualquier cosa lo es para siempre, es siempre eterno. Como la ciudad. Como su relación. Como cualquier ruina. Como lo que ya no podrá ser porque ya fue.

La noche es como una partitura en blanco para la triste y compleja sinfonía de la depresión. Algo pasa con la ausencia de luz para que todo parezca destinado a volver a doler. Porque sí, porque hay un pasado doloroso y oculto en cada ausencia de brillo, en cada falta de luz.

—Mamá, esto está buenísimo —dijo Diego, apurando un plato soperero.

—Lo ha cocinado Faustina, una crack a los fogones.

Faustina pasó por detrás de Diego con una cazuela sin dedicar ni una mísera mirada de aprobación a las amables palabras de su madre. La portera se había dedicado a cuidar de su madre desde que esta se mudó al cuarto izquierda. El anterior propietario había muerto de un infarto mientras tenía sexo nadie sabe con quién. Y Diego, tan pronto como había cobrado el primer cheque de la editorial, lo había dado como entrada para comprárselo a su madre. Poco a poco, las cosas se iban ordenando. Sin embargo, y a pesar de todo, a Diego no le molestaba tanto la idea de sentirse triste como el hecho y la certeza de que su hija se lo iba a notar.

—¿Papi, estás bien?

—Claro, cariño.

—Pareces triste.

—Es que estoy triste.

—¿Pero no has dicho que estabas bien?

—Es que estoy bien. Puedo estar triste y estar mal. Pero también puedo estar triste y estar bien. Porque, a veces, está bien estar triste. Los adultos, como los niños, a veces estamos tristes. Lo importante es siempre saber por qué estás triste.

—¿Y por qué estás triste?

—Porque quiero ser un buen padre.

—Pero si eres el mejor papi del mundo.

—Gracias, cariño. Pero no, aún puedo mejorar, y debo mejorar mucho. Aún no me sé los nombres de todos tus amigos. Todavía no controlo tus extraescolares, no sé cuándo te toca karate y cuándo violín. Confundo los nombres de tus profesores. Me resisto a apuntarme al grupo de WhatsApp de padres y madres.

—¿Qué es resisto?

—Que no quiero hacerlo. Como cambiarte los pañales, jamás fui bueno en eso. Tampoco te llevé demasiado al parque. Ni te ayudé con los deberes. Ni te llevé a los cumpleaños de tus compañeros. Vamos, que todo al revés. Y cuando me doy cuenta de todo lo que me falta, pues me pongo triste. Triste porque todo lo que te pueda aportar igual no te servirá de mucho en la vida. Por no poder, no puedo enseñarte ni a cocinar. Aunque luego llegas tú, me dices que soy el mejor padre del mundo y ya no estoy triste, ¿lo ves?

Porque hoy es sábado. Por eso ocurren todas las cosas. O, al menos, esa fue la razón que cantaba Vinicius de Moraes y que Diego escuchaba justo ese día. Había llegado el sábado y no sabía qué hacer. Por un lado, sentía una tremenda curiosidad por conocer a su Cyrano. Saber quién o qué se hallaba detrás del pinganillo sería el principio para entenderlo todo.

Por otro lado, la vida le empezaba a sonreír. Su madre estaba tranquila. Su trabajo, hasta donde él sabía, asegurado. Y su vida sexual, inesperadamente activa de nuevo. Igual era demasiado pronto para acabar con la gallina de los huevos de oro.

Mateo se presentó justo después de comer, con la excusa de que había bajado a la calle a pasear a Blackie.

—He hablado con mi hermano.

—¿Y?

—Pues que no te lo vas a creer —susurró mientras cerraba la puerta de la habitación de Diego.

—Dime, venga.

—Pues que no me puede decir mucho... porque tu modelo de pinganillo no se fabrica.

—¿Es antiguo?

—Al revés. Es demasiado moderno.

—¿Cómo?

—Mi hermano asegura que el modelo XT29 no puede existir porque, de todo lo que ellos han fabricado hasta ahora, el más moderno y avanzado es el XT25.

—Es decir...

—Que una de dos, o no lo fabrican ellos, que podría ser, aunque sería muy raro, porque utilizan la misma nomenclatura..., o...

—¿O...?

—O puede que se trate de un modelo experimental del que solo sabe I+D y el resto de la compañía no tiene ni idea. En cualquier caso, lo que no entiende es cómo ha podido llegar a tus manos, y me ha dicho que va a investigar.

—No le habrás dicho mi nombre.

—No, tranquilo, le he dicho que era para una amiga. Mi hermano está más allá que acá. Todo lo que no sea alemán y con tetas no le interesa, puedes estar tranquilo.

—Putos genes.

—Sí, putos genes. Ah, una cosa más.

—Dime.

—Mi hermano me pide que compruebes si el radio de acción es realmente el que dices. Aquí, como bien intuías, hay dos cosas que no le cuadran: que la batería lleve funcionando una semana (pero eso deduce que puede ser una innovación, las baterías se renuevan constantemente) y luego que el radio de acción sea de tantísimos kilómetros. ¡¡¡Hay como mínimo diez de aquí al plató!!!

—Ya te dije, eso es raro.

—Es tan raro que él defiende que tiene que haber una fuente de emisión cercana a ti todo el tiempo. No sé, una furgoneta aparcada frente a tu casa, como en las pelis.

—Muchas pelis has visto tú —dijo Diego mientras apartaba un poco las cortinas para escudriñar la calle—. Mierda.

—¿Qué pasa? ¿Una furgo?

—Peor. El coche de producción de Tremendia España.

—¿Vuelves al programa?

—Les dije que me lo pensaría.

—¡No me habías dicho nada! ¡Eso es genial!

—¿Genial que se rían de ti? Llevo una semana tapándome como si fuese una folklórica. Una semana sin poder ni consultar las redes sociales de la cantidad de memes que han hecho a mi costa. ¿Y todo para qué? Para andar detrás del puto pinganillo este —se lo sacó para ponerlo frente a la nariz de Mateo— como si me fuese la vida en ello...

Diego pensó si comentarle algo sobre el libro, pero decidió no hacerlo. En ese momento prefirió guardárselo. Para él y para el pinganillo. Ya tenían su primer secreto de verdad.

—No son mis decisiones, Mateo. No son mis ideas. Ni mis opiniones.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué?

—Sí, ¿y qué? ¿Acaso lo son las mías? ¿Y las de cualquiera? Dime una sola persona que no piense de segunda mano. Que no use las opiniones que ha consumido en la radio, en la prensa, en la televisión. ¿O me vas a decir que la gente consulta los periódicos y los informativos para eso, para informarse? Hace mucho tiempo que acudimos a los medios no para informarnos, sino para confirmarnos, Diego. No queremos saber lo que ha ocurrido. No nos basta con eso. Queremos que nos digan qué debemos pensar. Queremos que nos vengan las cosas opinadas. Que sean coherentes con el relato en el que vivimos. Porque las opiniones se tienen, pero en el relato se está.

»Y somos capaces de retorcer la realidad hasta la deformación, con tal de que esa opinión no ponga en duda nuestro relato. ¿Cuál es la diferencia con respecto al resto de los mortales, Diego? Yo te digo dónde está la diferencia: en el número de personas que tienen acceso a esa opinión. Tú tienes la suerte de ser el único receptor de esa información. Es información privilegiada, sí. ¿Y qué?

—No sé. Este trasto va a acabar conmigo.

—Joder, Diego. Me parece que no estás siendo justo con esa valoración —dijo Mateo mientras tomaba el chisme para observarlo bien.

En ese momento sonó el telefonillo de la casa de Diego.

—Ya están aquí. Ah, ¿no estoy siendo justo?

—Pues no. Para bien o para mal, «el puto pinganillo este» te está cambiando la vida. Y sea quien sea el que está detrás, lo que está claro son dos cosas: uno, que proviene de la tele, y dos, que te está dando una oportunidad más para saber quién es.

Diego no acababa de verlo claro. El telefonillo volvió a sonar.

—Oye, tú me hiciste investigar, peor aún, me hiciste llamar a mi hermano y ponerlo a investigar a él, jugándose el tipo por tu puto pinganillo. Tú llevas toda la semana haciendo lo que esa voz te dice. Llevas toda la vida esperando que te pase algo así, algo emocionante, algo que merezca la pena contar. —El telefonillo sonaba ahora con insistencia—. ¿Cuántas horas nos hemos sentado imaginando historias y novelas que nunca jamás llegaremos a publicar? Esta es tu historia. La que siempre soñamos. Ahora no puedes echarte atrás, querido. No nos puedes dejar con el culo al aire así, y a medio camino. Yo te ayudo en lo que haga falta. Pero tú decidiste emprender este camino y tú lo vas a recorrer. Hasta el final.

Diego observó el pinganillo en su mano. Como si en esta ocasión fuese a decirle qué hacer.

—Por cierto, Diego, ¿la que te habla es una voz de hombre o de mujer?

Don Andrés odiaba a los contables. Eran un mal necesario, esa gente que se barajaba todo el día entre un debe y el haber, mientras los empresarios de veras o, dicho de otro modo, más guay, los emprendedores que facturaban, los que realmente generaban valor, se jugaban la vida. Estaba ante los que siempre le contestaban que no. Ante la duda, no. Ante la certeza, también no. Ante nada de las anteriores, no. Cuadrar un balance es una tarea solo apta para gente cuadrículada. Porque cualquier otra cosa está prohibida, no es legal. Ponerse creativo con los números suele estar tipificado en el Código Mercantil. Y eso era, en última instancia, lo que más le molestaba a don Andrés.

Por esa razón, en aquella sala, llena de administrativos, abogados, contables y financieros, no pudo sentir otra cosa que lástima. Llevaban horas, días, semanas, tratando de encontrar dinero y no lo hallaban. Para cada solución parecía haber dos problemas. El que generaba esa solución y el que ya había antes de proponerla.

—Resumiendo —dijo al fin don Andrés, superando su aversión al asiento contable—, que no tengo pasta para despedir a quien tengo que despedir para poder ganar la pasta que me piden los coreanos.

La sala quedó en silencio. Es el silencio de los borregos, pensó. Si el silencio restase algo de cada minuta, como mínimo algo le rentaría. Pero no. El silencio se lo iban a cobrar igual.

—Entonces, ¿qué hago?

Nada. Como si estuvieran jugando al *Fortnite* multipantalla y de memoria. Caras de circunstancias por todos lados. Claro, pensó, ellos no se juegan su dinero, ni su empresa, ni su futuro, ni su pensión, ni el colegio de sus hijos. Nada. Ellos cobrarán lo mismo el mes que viene. Y si no, podrán pedir su prestación por desempleo. Su riesgo no incluye rehipotecar su casa familiar, ni dejar a sus descendientes con una mano delante y la otra detrás. Eso sí, cuando hubo beneficios, ahí todos le miraban como el explotador laboral que fue. Nadie le atribuyó el mérito del riesgo. Nadie. Al revés, solo le tacharon de cerdo capitalista y de derechas, como si no se pudiese tener dinero y ser de izquierdas.

Cuando hay beneficios, el capitalista es un cabrón porque mira lo que gana. Cuando hay pérdidas, el capitalista es un cabrón porque mira cómo ha podido dejar a tantas familias en la puta calle. Ganar dinero es malo. Pero perderlo es aún peor. Y así seguirá mientras ser empresario hoy en nuestro país siga teniendo la fama que tiene, siga siendo un deporte de riesgo. Si logras ganar dinero, tienes para pagar sueldo e impuestos y aún te queda algo para ti, entonces te estará esperando todo el mundo para compararte con las grandes fortunas, eso sí, con cara de algo ilícito habrás hecho, aparte de aprovecharte del humilde trabajo de los demás.

En este país, o eres pobre o eres ladrón.

Y, francamente, así nos va.

Con cada vez más de los primeros, muy pronto será difícil hasta ser lo segundo.

Diego miraba por la ventanilla, no porque de repente le interesara el emergente urbanismo alrededor de la M30, sino para evitar cualquier tipo de conversación con el conductor. No lo consiguió.

—¿Primera vez en la tele?

—No —contestó sin dejar de admirar las obras de Madrid Norte.

—Se nota.

Diego se forzó a inundar el coche de un silencio que ahogase cualquier posibilidad de conversación.

—¿Sabes por qué lo sé? —Siguió sin contestar. Dio igual—. Los que salís por la tele nunca sois puntuales. —*Silencio*—. La puntualidad es una cualidad de anónimos. Y de pobres. La puntualidad, sobre todo, es cosa de pobres. —*Más silencio*—. Los ricos no necesitan llegar a la hora, porque ellos marcan la hora, ellos SON la hora. Y si no, mira qué diferencia hay entre un reloj para un pobre y para un rico. Para un rico, un reloj es una joya, es un complemento, es algo superfluo de lo que podría prescindir si quisiera, y, sin embargo, decide gastarse una pasta, como diciendo, me sobra tanto que me lo puedo gastar hasta en algo que no necesito. En cambio, para los pobres, un reloj es un tirano absolutista. Es algo que le despierta por la mañana y no deja de darle órdenes hasta que se va a dormir. —*Silencio atronador*—. Y si no, por qué crees que la invención del reloj de muñeca coincidió con la revolución industrial. —Diego hacía rato que había abandonado toda sutileza. Ahora sacaba la cabeza por la ventanilla. Pausa eterna—. La distancia entre un lo quiero y un lo tengo. Para mí, esa es la verdadera definición de riqueza. Cuanto más tardes entre lo primero y lo segundo, más *pringao* eres. Mírame a mí. Aún estoy esperando mi yate.

Otra pausa dramática del conductor que anticipaba un relato autobiográfico de lo más conmovedor. Pero como no obtuvo respuesta ni curiosidad por parte de Diego, el conductor tiró millas sin la necesidad de la aprobación de su público.

—Yo iba para astrofísico. Mis profesores me dijeron que podía ser un fuera de serie, pero para eso me tendrían que enviar fuera. Al MIT. ¿Conoces el MIT? Bueno, ahí, en Estados Unidos. Mis padres no tenían la pasta para enviarme fuera. Y así acabé, de taxista, bueno, cucaracha nos llaman los taxistas. Vaya unos, justamente ellos, que...

Dejó de escucharle.

En un cartel, junto a la carretera, podía leerse: «Tremendia España».

—Me alegra que al final decidieses venir —dijo Juanjo con la misma sonrisa protocolaria de siempre—. Entre tú y yo, mi jefa me habría echado si no te tuviese hoy aquí y, además, ya verás, la segunda vez es siempre mucho mejor que la primera.

Diego avanzaba absorto por los pasillos junto a él mirándolo todo o, mejor dicho, a todos. Entre esas personas que corrían de un lado para otro, estaría la voz al otro lado. Entre esos profesionales que parecían saber lo que hacían, se encontraba alguien que había estado controlando su vida como una marioneta durante los últimos siete días. Alguien que había hecho de un presunto descuido fortuito, un juego macabro y perverso con su destino. Y lo peor, alguien que era responsable último de sus recientes triunfos. El verdadero secreto de su éxito. Diego estaba dispuesto a desenmascararlo. ¿Cómo sería la mirada de alguien que sabía lo mismo que él? ¿Tendría sentimiento de culpabilidad? ¿Sensación de poder y de dominio? ¿O las dos cosas juntas? Y lo más importante, ¿se delataría a sí mismo o tendría que adivinarlo Diego?

—¿Quieres base mate en las entradas y algo de color?

La maquilladora seguía comiendo chicle, completamente ajena a la actitud de Diego, pero no a su alopecia.

—¿Te dejo el pelo así o te pongo spray para tratar de disimular la calva?

—No sé, haz lo que...

En ese momento lo vio. No fue muy sutil, así que para Diego fue bastante claro el mensaje. Un técnico, de los que siempre vienen de negro y llevan el *walkie-talkie* como apéndice, pasó por delante de la sala acristalada de maquillaje. Y la mirada que le dedicó a Diego no era una mirada normal. No la dirigía con la indiferencia con la que uno mira a un desconocido. Ahí había complicidad. Un tú y yo lo sabemos. Un tenemos que hablar.

El hombre, de mediana edad, calvo y con ojeras muy marcadas, era uno de los cámaras —ahí se colocó, a los mandos de una— y respondía perfectamente a la voz inconfundible que Diego no había dejado de oír desde que pisó ese plató por última vez. Porque hay voces que casan con un físico y luego hay voces equivocadas, que están donde no deben estar. Hay gente que habla con la voz de otro. Y eso es una putada, pero ocurre más a menudo de lo que debería.

Acabó la maquilladora y Juanjo dirigió a Diego al área de sonido.

—Ah, ya veo que solo te falta el micrófono —dijo el técnico de sonido—. El pinga ya lo tienes, ¿no?

—Sí, sí, me lo han puesto tus compañeros —mintió Diego.

El plató tenía la misma pinta que hacía una semana, pero más pequeño. Todo parece más pequeño cuando uno vuelve. Igual que todo parece más bello cuando ya no está, todos parecemos más buenas personas cuando nos hemos ido y todo trayecto parece más corto cuando se recorre de vuelta. Y es que son nuestras percepciones las que configuran nuestro estado de ánimo, jamás la realidad.

Y hablando de percepciones, a Diego le pareció que Valentina había envejecido más de una década en una semana. Mismo sitio, misma hora, a punto de... hacerlo bien, esperaba. Esta vez sí. No habría otra oportunidad. Ahora o nunca, pensó.

—Bienvenido de nuevo, Diego Martínez.

—Gracias.

—Nuestro experto de cabecera en inteligencia artificial.

—Sí, bueno..., jejejeje...

Algún directivo ya andaba en busca del desfibrilador.

—Y digo nuestro, porque en tan solo una intervención, usted se transformó en tema de conversación nacional. Vamos a verlo en un vídeo y enseguida lo comentamos con usted.

El vídeo era una auténtica vergüenza. Una pantomima montada a partir del error de Diego en el plató la semana anterior. Un vamos a reírnos de este pobre hombre que no supo estar a la altura en televisión. Un vídeo gracioso, si no fuese porque intentaba reírse DE alguien y no CON alguien. Un vídeo que hasta a Valentina le dio pudor tener que comentar.

—Bueno, pues aquí está otra vez nuestro experto. —Valentina sonrió—. A ver si tenemos todos más suerte esta vez...

—Sí, bueno..., jejejeje...

Hubo un silencio en plató. Esta vez con alguna risita y algún aplauso disimulado. Se aproximaba otro TT.

—*En realidad, lo que quería decir la semana pasada es que los humanos somos cada vez más visuales, mientras que las máquinas son cada vez más auditivas.*

Diego miró al cámara calvo. No era él. No estaba hablando. Miró a su alrededor y no vio a nadie moviendo los labios con las mismas palabras que escuchaba. Así que se limitó a repetir lo que oía.

—En realidad, lo que quería decir la semana pasada es que los humanos somos cada vez más visuales, mientras que las máquinas son cada vez más auditivas.

Las risitas de fondo se cortaron en seco. Miradas de qué está pasando.

—A ver, explíqueme eso...

—*Cuando nacemos, de bebés, apenas somos capaces de ver, tan solo oímos, y bastante mejor que cuando somos adultos, por cierto.*

—Por favor, continúe —dijo Valentina.

—*Es a medida que crecemos que nos vamos dejando seducir por la imagen y relegamos un sentido tan importante como el oído a un segundo plano. Un sentido tan crucial que nos ha protegido y gracias al cual sobrevivimos nuestras primeras horas. Nada más y nada menos que el sentido que durante nueve meses de gestación nos mantuvo conectados con el mundo exterior. Si te fijas, hoy los humanos adultos estamos rendidos al imperio de las imágenes, ya no digo solo por Instagram, la publicidad, los medios de comunicación, también por el vídeo, primero fue el HD, luego 4k, después 8k, resolución, resolución, resolución. Ahora ya verás como nos obsesionaremos con el reconocimiento facial y todas sus posibilidades. Mientras tanto, las máquinas, nos están adelantando por la derecha con el oído: fijate en Alexa, Siri, Ok Google o Echo. Mientras los seres humanos nos preocupamos por ver mejor lo que miramos, las máquinas se están preocupando por escuchar mejor lo que oyen.*

—¿Y eso qué significa? —preguntó Valentina.

—*Pues que muy pronto ellas sabrán mucho más de nosotros que nosotros mismos. Como asegura mi colega de Harvard Shoshana Zuboff, estamos entrando en la era del Capitalismo de Vigilancia. La era en la que las máquinas nos utilizan para establecer patrones de conducta que provoquen un incremento de ventas. Y para ello, las palabras son mucho más rápidas que las imágenes. Solo con que nos escuchen tres veces decidiendo algo ya pueden predecir la cuarta.*

—¿Con solo tres veces?

—En computación avanzada, basta una batería de tres muestras para poder establecer un patrón. Siempre son tres.

—¿Y por qué siempre tres?

—Porque es el número mínimo para obtener un plano. Por un punto pueden pasar infinitas rectas en cualquier dirección y sentido. Si tienes una medición, un solo hecho, no te conduce a nada o, mejor dicho, te puede conducir a cualquier parte. Quedas una vez con una persona y aún no puedes aventurar casi nada sobre ella.

—¿Y con dos sí?

—Si tienes dos puntos, ya es otra cosa. Por dos puntos pasa solo una recta. En cualquier sentido, sí, pero una recta, al fin y al cabo. Si tienes dos puntos, ya puedes aventurar cierta dirección. Aunque aún no sepas en qué sentido; no sabes si es evolución o involución. Porque puedes cometer el error de pensar que la consecución de eventos implica su correlación. Y todos los científicos sabemos que no es así.

Estaba *on fire*.

—O sea, que si dos cosas ocurren una después de otra, no tienen por qué ser causa y consecuencia.

—Exacto. No es hasta que tienes tres puntos que puedes definir un plano. Es entonces cuando tienes suficiente información para seguir avanzando. Y eso lo puedes aplicar a todo.

—¿A todo?

—¡¡¡A todo!!! Pide siempre tres presupuestos de todo lo que vayas a gastar. Ten siempre tres reuniones antes de decidir. Concierta tres citas antes de enamorarte.

—¿Así que tendremos que esperar a la próxima vez para empezar a confiar en usted?

Risas de público, fundido a negro. Al salir, Diego se metió el chisme en el bolsillo antes de que se lo requiriesen.

—¿No llevabas pinganillo? —le preguntó un técnico.

—No, no me lo han puesto esta vez.

—Ah, vale, hasta luego...

—Chao.

Algo pasó en esta ocasión. Algo cambió en la mirada de Valentina. En la de Diego no, porque seguía igual de fascinado que la primera vez con aquella mujer y también porque se había pasado casi toda la entrevista con la mirada perdida entre los miembros del equipo, buscando al dueño de una voz. Pero sí, algo cambió en ella, y lo hizo para siempre. Una extraña combinación entre incredulidad, curiosidad y desconfianza, que hicieron que cuando acabó el programa, por primera vez desde el nombre aquel que ya no recordaba, Valentina pidiese a producción el número de teléfono de Diego.

Pasaron los días, que si hacemos *zoom out* se convirtieron en semanas y luego en meses. Las estaciones se sucedieron una tras otra sin necesidad de tomar el tren. Nada de todo lo urgente acabó siendo importante y viceversa. Y como siempre ocurre, lo que corría tanta prisa podría haber esperado y lo que llevaba tiempo esperándose, acabó por tener prisa por ocurrir. Entre todo ello, la cancelación de *La hora de Valentina*. Tras varios intentos fallidos por remontar sus datos, la entrevista al informático que ya no era friki convenció al uno por ciento de la audiencia, Valentina volvió a engrosar las listas del paro y su programa, la lista de los fracasos televisivos de la temporada.

Solo hay una cosa peor aún que un famoso. Un exfamoso. Alguien que fue y ya no es. Alguien al que antes le sonaba el teléfono *toelrrato* y ahora ya no. Cuando la fama se apaga, los hay que siguen actuando como si aún fueran conocidos. Son actores sobreactuados que siguen interpretando el papel cuando ya hace tiempo que se bajó el telón. Seres patéticos que viven de lo que fueron o, mejor dicho, de lo que piensan que llegaron a ser. Y tampoco hay que culparlos, es el mono que da una droga llamada notoriedad. Hay que ayudarles a desengancharse, poco a poco, ser comprensivos y tratar de hacerles ver que la vida de anónimo no conlleva necesariamente el fin de su felicidad. Valentina no quería convertirse en uno de ellos. Es más, estaba dispuesta a evitarlo a toda costa. Afortunadamente, la tele no tiene memoria. Ayer es el año pasado. Y si no estás, pronto dejás de existir.

En el otro lado del equilibrio universal, el *Manual de segundos auxilios* se había convertido, ya desde sus primeras semanas en las librerías, en todo un *best-seller* de culto, categoría a la que solo acceden aquellas obras que no han tenido el suficiente apoyo en los medios como para evitar la rotura de stocks allá donde fuera puesto a la venta. Se había convertido en el éxito editorial de la temporada. Y ello, a su vez, había convertido a Diego Martínez en el autor revelación del año. No daba abasto entre tanta entrevista, tanto evento, tanta vida social y, además, pretender seguir acudiendo cada día a la oficina como un programador más. La situación se hacía cada vez más insostenible, ya que Diego se había empeñado en tratar de seguir aparentando normalidad. Sus compañeros le pedían autógrafos y selfis. Los jefes de sus jefes le pedían que hiciera conferencias en sus congresos. Una situación que él aguantaba porque Andrés le pidió que, mientras durase el proceso de *due dilligence*, no dejase la empresa. Por supuesto, le subió el sueldo, la categoría de nivel 5 a nivel 2, y hasta le había propuesto un plan de *stock-options* que Diego había prometido mirarse.

Valentina no pudo evitar detenerse ante aquel escaparate de la tienda de electrodomésticos en el que televisores de muchas pulgadas emitían la misma cara a la vez. La cara del informático friki al que ella había descubierto en aquella entrevista que acabó en meme.

Valentina y Diego.

Fracaso y éxito unidos por un pasado en común, como siempre ocurre.

Para Valentina, la buena noticia de todo aquello era que dejar la tele le había supuesto una disminución de exposición pública y, por lo tanto, los mensajes perturbados y acosadores habían cesado. Al menos temporalmente. La mala noticia, obviamente, era que llevaba demasiado tiempo sin trabajar.

Por ese motivo, y porque hacía muchos meses que no hablaba con él, la llamada de Raúl fue el augurio de que algo podía cambiar. Quedaron en un restaurante de los que frecuentaban cuando ella era famosa.

—¿Qué pasa, bombón?

—Raúl, qué ilusión verte. ¿A qué debo el honor?

—Tenía ganas de ver a la presentadora más sexy a este lado de la pantalla.

—Sí, ahora solo a este lado.

—Bueno, cariño, eso será porque tú quieres.

—Ya me gustaría, zalamero. Ya sabes que me encantaría.

—¿No hay nada?

—Nada.

—No me creo que no te hayan llamado.

—Sí, claro, para presentar un *reality*.

—Y dijiste que no.

—¿Tú qué crees?

—Valen, cariño, no puedes seguir sin hacer pantalla. Tu mundo es la comunicación. Y aquí, quien no comunica, no existe. Una comunicadora sin pantalla es como una planta sin agua...

—Pues yo debo de ser un cactus. Llevo demasiado tiempo haciendo cosas en las que no creo. Y si continúo, voy a dejar de poder mirarme en el espejo.

—Con lo que a ti te gusta eso, válgame Dios, que jamás ocurra.

—Además, cada vez vienen más jóvenes, más atractivas, más preparadas. No hay lugar para las mujeres mayores de cuarenta en la tele. A los cuarenta, donde hayas llegado es donde, con suerte, te quedas. Eso si no viene una jovencita y te quita el sitio. Cosa que, por cierto, no pasa con los tíos.

—Eso es cierto, querida. Pero no me cuadras nada quedándote aquí y lamentándote. Por eso...

—¿Por eso qué?

—Por eso te he propuesto para una cosita.

—Define cosita.

—Es un evento. No pagan mucho. Es una cosa interna, una gran multinacional de los servicios jurídicos que celebra su convención anual. Y estarían encantados de que tú fueses la maestra de ceremonias del evento.

—¿No decías que debía hacer pantalla?

—Sí, hija, pero mientras eso no ocurre tendrás que pagar el alquiler, ¿no?

—Sí, eso es verdad.

—¿Cuántos meses te quedan?

—¿De ahorros? No sé, no lo he mirado, pero igual tres..., cuatro a lo sumo.

—Pues venga, vamos a empezar a mover ese culito, que mientras la mejor oferta no llegue, lo mejor es enemigo de lo bueno.

—Nunca he entendido esa frase.

—Yo tampoco. ¿Pero les digo que sí?

—¿Quién más está en el evento?

—Tomaré eso como un sí. En realidad, tú solo tienes que dar la bienvenida y despedir; el grueso es una conferencia del autor revelación del año.

—¿Quién?

—Uno que ha escrito un manual de primeros auxilios. O algo así. Ya te pasaré el nombre.

—No me hace falta. Ya sé quién es.

Un concesionario de coches de lujo es lo más parecido a un aeropuerto para egos. Los destinos son tus carencias, ya que donde todo el mundo finge que le sobra dinero, es porque verdaderamente le falta algo. Así que todo depende de lo que busquen. A los que buscan potencia les falta autoestima. A los que buscan ostentación, les falta prestigio, o les sobra fama, que viene a ser lo mismo. Y a los que buscan solo velocidad, llegar antes, correr más, seguramente les falte cultura o experiencia para aprender a saborear cada uno de los pasos que dan en la vida. Porque el tiempo —su finitud, la distancia entre la vida y la muerte— es lo único que une al rico y al pobre. Las veinticuatro horas del día son lo único realmente democrático que existe. Tienen las mismas el hombre más rico del mundo y el más pobre. Les guste o no. Lo disimulen o no.

Por eso, la gracia de cada uno de los vendedores —o asesores, como los llaman aquí— es identificar lo antes posible a qué puerta de embarque enviar a la primera persona que entre por esa puerta. Porque aquí han logrado crear esa ilusión: la de que todo lo que te falta, al final, se puede comprar.

Mateo y Diego entraron como quien entra en una catedral.

—Recuérdame por qué hemos acabado aquí.

—Ay, querido. ¿De qué sirven las buenas cosas que te pasan en la vida si no las disfrutamos? Las cosas buenas hay que salir a celebrarlas, Dieguito, porque las hostias vienen solas. Además, los dueños son amigos de mis padres, ya verás cómo nos tratan. ¿Qué hay de malo en que te dejen un coche para tu uso y disfrute?

—Pues, primero, que no es cualquier coche. ¿Tú sabes lo que cantas con uno de estos?

—Buah.

—Segundo, que vivo con mi madre, Mateo, que un trasto así no sabría ni dónde meterlo.

—Como decía mi santa madre: nunca digas de esta agua no beberé, este cura no es mi padre ni este trasto no me cabe. Y sí, de eso hablamos luego, porque ya va siendo hora de que tomes decisiones al respecto.

—¿Pero qué madre, si tú eres huérfano?

—¡Pero si te lo dejan GRATIS!

—Bueno, pues más aún, que no es mío. Es como vestirme con ropa de otro. No soy yo, no sé, no me veo.

—Buenos días, señores, mi nombre es Fabián, ¿en qué puedo ayudarles?

Mateo enseguida entabló una conversación muy animada sobre los bólidos que tenían ahí expuestos. Diego, sin embargo, se apartó un poco a coger su móvil, que hacía un rato que estaba sonando.

—¿Hola?

—Hola.

—¿Quién es?

—Soy... soy Valentina... —*Silencio*—. ¿Te acuerdas de mí?

—Claro. ¿Cómo... cómo has conseguido este...?

—Perdóname, lo pedí a producción cuando viniste, no debería haberlo hecho, lo siento, ya cuelgo...

—No, no, no cuelgues, está bien...

—No quiero incomodarte, Diego, ahora que eres toda una celebridad...

Por detrás, Mateo ya estaba arrancando un superdeportivo amarillo y haciéndole a Diego la señal de OK desde lejos.

—Ya ves, qué locura.

—Oye, no sé si te han contado, pero me han pedido que presente el evento de los abogados donde vas a dar tu conferencia...

—Ah, no, no lo sabía.

—Y me preguntaba si... si te apetecía quedar para preparar un poco el evento. —Mateo tocó el claxon todo lo inoportuno que pudo—. Pero igual estás ocupado, si quieres, nos vemos directamente allí.

—¡No, no! —se apresuró a corregir Diego—. Me viene genial. ¿Quedamos y cenamos?

—¿Mañana a las ocho?

—Mañana a las ocho.

Bibiana recogía siempre el escritorio de don Andrés antes de irse a casa.

—No te preocupes —dijo don Andrés desde el quicio de la puerta.

—Ah, está todavía aquí... No se preocupe usted, es mi trabajo, ¿lo dejo así y vuelvo luego?

Don Andrés tenía la mirada perdida. Miraba sin ver. Tenía los ojos abiertos igual que ese comercio que abre una mañana sabiendo que ya muy pronto quebrará.

—Trabajo. El trabajo es nuestra tradición más cotidiana. La tradición nos ayuda a sobrevivir, es el único salvavidas en medio de este caos que supone la vida.

—¿Se encuentra bien, don Andrés?

—Sí, sí.

—¿Seguro?

—¿Sabes? Yo siempre he odiado las tradiciones. —Bibiana había parado de recoger. Esto no iba de tradiciones. Iba de otra cosa—. La tradición es el imperio de los muertos. Gente que ya está muerta diciéndote lo que tienes que hacer, «porque siempre se hizo así». Por eso mismo monté esta empresa, ¿sabes?

—... —no dijo Bibiana.

—Para romper la tradición. Ocho generaciones de médicos en mi casa. Y yo me negué a estudiar medicina por ese motivo, porque odio la tradición. Y, sin embargo, amo la historia. Parece contradictorio, ¿verdad? Pues no lo es, Bibiana. En esta vida, o estás con la tradición o estás con la historia. La historia son individuos cambiando su destino, para bien o para mal. La tradición, por el contrario, es el destino imponiéndose sobre los individuos. Inmovilismo vital. Fatalismo burocrático. Yo opté por la historia. Quería hacer algo único. Cambiar mi destino. Ser diferente. Ejercer el derecho de escribir mi historia, de trascender.

Bibiana seguía en pie, en un despacho que no era el suyo siguiendo una conversación que tampoco iba con ella.

—Y, a pesar de todo, ahora, cuanto más mayor me hago, más me doy cuenta de mi equivocación, porque ahora..., cuanto más viejo soy, más valoro las tradiciones.

Bibiana sonrió. Por fin un poco de luz en sus palabras.

—No está viejo usted. Nada viejo.

—¿Sabes lo que me gusta de la tradición?

—... No. ¿Qué?

—Que dura. Creo que el ser humano intenta crear cosas que perduren, que trasciendan, que superen su propia existencia. Para eso creé esta empresa. Para sobrevivirme. Y estoy a punto de no conseguirlo, Bibiana.

—Pero... pero, ¿se encuentra bien?

Una lágrima se coló en la sonrisa de don Andrés.

—Mira hacia ahí, el ordenador de Diego. ¿Qué ves?

—Uy, se lo ha dejado encendido.

—No, no se lo ha dejado. Se ha encendido solo. Hace días que lo hace. La idea es esa. Está pasando de estudiar patrones de conducta a, directamente, generarlos. Cuando las máquinas lleven la iniciativa, ese día, el ser humano lo habrá conseguido. La iniciativa es la base de la vida. Primero, la iniciativa y, luego, todo lo demás. Supervivencia, independencia y, al final, la trascendencia. Ese ordenador, que no deja de ejecutar líneas programadas por Diego, está por fin haciendo algo que no se le ha ordenado. Como el robot Shakey, de Stanford, en los años setenta, es capaz de razonar sobre sus propias acciones. Pero este, además, se enciende y se apaga cuando

quiere, envía mensajes, reconoce voces, se alegra cuando te ve. Es el principio de la humanidad. Es el principio de nuestro fin... Igual debería haber sido ginecólogo.

Bibiana miró el ordenador y miró a don Andrés. Un par de veces. Un par de veces más.

—Tengo una idea —dijo Bibiana—. ¿Lo... lo apago, don Andrés?

—No me digas que no es casualidad.

—Bueno, nos han invitado al mismo evento, es lógico que quiera quedar.

La carretera era una pasarela y montados en ese carro de doscientos mil euros, Mateo y Diego sus únicos *top-models*.

—Ya, y todo este tiempo, que ya tenía tu móvil, no te ha dicho ni mu, ¿no? Qué curioso.

—No creo que vaya por ahí el tema, Mateo.

—Pues a mí no se me ocurre otra razón.

—Bueno, vamos a quedar igualmente y veré a ver si hay algún interés o simplemente trabajo.

—Eso es lo malo, querido. Que a ti te molaría que hubiese interés.

—¿Qué dices?

—Pues la verdad, que te encantaría que ella se muriese por tus huesos, tanto es así que estarías hasta dispuesto a que solo estuviesen contigo por la fama repentina que has alcanzado. Piénsalo, Diego. ¿Qué mujer heterosexual soltera no querría estar con un hombre como tú? Aún eres joven, eres un autor de éxito, tienes pasta, estás soltero y encima los medios te encumbran como la voz de una generación. Tócate los cojones. La voz de una generación.

En un semáforo, en el coche de al lado, todos sus ocupantes saludaban a Diego. Mateo contestaba de vuelta como si lo saludaran a él.

—A ver, si querías que fuese más discreto, igual lo de ir con este coche no ayuda.

—Pero mira a tu alrededor, hombre. Si no hay nada mejor que estrenar fama. Seguramente después se vuelva un coñazo y tengas que empezar a pagar mucha pasta para no tener que encontrarte con gente. Pero así, de primeras, pasar del anonimato a la fama es una gozada. ¡Todos te conocen!

—Todos creen conocerme.

—¡Todos te quieren!

—Todos quieren un pedazo de lo que creen conocer.

—¡Todo el mundo está pendiente de ti!

—Todo el mundo me observa.

—Todo el mundo te dice cosas.

—Todo el mundo espera algo de mí.

—¿Y?

—Pues que ese es el problema. Que si no soy como ellos creen que soy, o empiezo a comportarme como ellos esperan de mí para tratar de complacerles o empiezo a prepararme para decepcionar a todo aquel que me conozca a partir de ahora.

—La fama es una llave.

—La fama no es nada. La fama es humo. Una expectativa constante sobre gente que no conocemos convenientemente dirigida a gente a la que le da igual la verdad. Es el triunfo definitivo de la percepción. Por eso es tan mentira. Por eso es tan peligrosa. Como este coche.

—Menudo funeral te has montado en un momento de algo positivo. Tú eres de verdad, tú te has ganado todo esto solito. Nadie es menos mentira que tú. Bueno, da igual, el caso es que no mezcles temas. Esto no tiene nada que ver con este coche. Este coche no te ha hecho nada. Es más, nunca te lo hará. Esta belleza es incapaz de romperte el corazón, de llevarte la contraria o, peor aún, de quedarse preñada.

—Hazte así. Te queda un poco de machismo en lo que estabas diciendo.

—Ya estamos con el machismo. O sea, ¿que ya no se puede decir que hay tías (igual que hay tíos) que solo miran la cartera de sus posibles parejas? ¿Que hacen un *casting* para dar el

braguetazo? ¿Qué pasa, que de repente toda esa gente ya no existe? ¿El feminismo las exterminó? ¿Se dieron cuenta y de pronto decidieron todas en bloque dejar de engañar a sus víctimas? No sé, no me da buena vibra la tipa esta, de pronto llamándote para cenar un día. Sabes que le retiraron el programa...

—Hablando de extinguirse, hace mucho que no me das noticias de Alemania.

—¿De lo del pinganillo? No, ¿por qué? Qué más da ya, Diego. Eso era antes, eso fue al principio, cuando el chisme ese fue crucial en tu vida. Ahora eres un autor de éxito, tú y nadie más que tú has demostrado lo que valías. Y no has necesitado ayuda de nadie. Mi amigo es el puto amo de las conferencias gracias a su talento y nada más. Y lo orgulloso que estoy contigo. Por cierto, he visto que lo sigues llevando. No me jodas que aún funciona.

Diego trató de zafarse del tema.

—No, no, es que me acostumbré a llevarlo y, no sé..., me da seguridad o suerte, no sé, es como un amuleto.

—Ah. Bueno. Pues es un amuleto bien raro. Parece un audífono.

—Bueno, igual por eso nadie me pregunta por el tema.

—Pues igual.

A Diego le gustaba llegar el primero a los restaurantes. Para empezar, porque así podía elegir el sitio donde sentarse. Siempre de espaldas a la gente, para que hubiese menos oportunidades de ser reconocido. Pero, sobre todo, porque así creaba una cierta sensación en el otro de desventaja, como si ya de entrada le debiese algo, aunque solo fueran esos minutos que había estado esperando. La ventaja la solía contar como en el tenis, que es mucho más como la vida que cualquier otro deporte, por el simple hecho de que incorpora el *deuce*. Un empate a medio juego, una nueva situación que, de pronto, coloca la victoria un poco más lejos de lo que parecía estar.

—Perdona, ¿llego tarde?

—No, de hecho, te adelantaste unos minutos.

—¿Y tú?

—Yo alguno más.

Nada a treinta.

—Bueno, pues cuánto tiempo, ¿no? Quién nos lo iba a decir —introdujo ella mientras se sentaba.

Conservaba esa aura de estrella. Ese brillo a su alrededor. Hay gente que es una estrella, aunque nadie la conozca. Hay gente que conserva esa estrella, lo que pasa es que a veces hay gente que no se da cuenta.

—Pues sí, en realidad, no ha pasado tanto tiempo, pero sí ha llovido, sí.

—Ese es el tema. Cuando te entrevisté por primera vez...

—No vamos a recordar eso, por favor... —dijo Diego, tapándose la cara con la servilleta.

—No, no, diré solo que si me hubieran dicho entonces que menos de un año después tú serías el famoso y yo podría caminar por la calle tan tranquila, no lo habría creído.

—¿Qué tal lo llevas?

—¿El qué, lo del despido?

—Sí, la cancelación del programa, y todo eso.

—Bueno. Crecer es aprender a despedirse.

—Bonita frase.

—Es tuya. De tu libro.

*Deuce.*

—Ah, claro. ¿Pedimos? —apresuró Diego.

Ella se quedó parada, mirándole a los ojos con los suyos medio entornados.

Él abrió la carta de vinos del revés.

Don Andrés miraba fijamente el perfil de una ciudad tumbada que se hacía la dormida con todos sus ojos abiertos. La urbe, tan inerte y viva a la vez, no iba a resolver ninguno de sus problemas, pero al menos le dedicaba su tocata y fuga para sirena y bocina, imprescindible banda sonora de cualquier insomne. Esa ciudad, la misma que le vio nacer, ese espacio donde una a una se iban superponiendo las etapas de su vida como si fuesen capas de una misma historia que solo podría entenderse en su conjunto al trasluz de los años. No había barrio que no albergase su anécdota, su recuerdo, su relación. Todo le sonaba y en todas partes resonaba algo de sí. Es lo que pasa cuando vives toda tu vida en el mismo sitio. Que ese sitio acaba viviendo en ti.

Don Andrés pensaba en la empresa, que con tanto esfuerzo había levantado y sacado adelante durante diez largos años. Pensó en sus hijos, estudiando fuera gracias al sudor de su frente. Algo había hecho bien, por lo menos. Por ahí había dos seres humanos mucho mejores de lo que él sería jamás. Mejor preparados, mejor formados, mejor educados, mejor colocados. Y luego pensó en los coreanos, con su implacable exigencia de rentabilidad a toda costa, y se vio a sí mismo como la versión moderna de Fausto, o mejor aún, de Robert Johnson.

Su alma se había ido evaporando con el pasar de los años, con el pesar de cada decisión. Como los charcos en verano, cada vez le quedaba menos, estaba más concentrada en lo nuclear, en lo más importante, como si reducir sus principios a lo fundamental le eximiese y librara de la culpa por haber abandonado a todos los demás. Y ahora, con el resto de su alma, no sabía si le daba para vivir.

Don Andrés se miró los pies. Es curioso, pensó, dibujan una B sobre la cornisa. B de Bien. B de Bonito. B de Basta. B de plan B. La vida entera es un plan B, había leído por ahí. Lo que nos mata es obsesionarnos todo el tiempo con el plan A, el que nunca sale como queríamos, el que nunca acaba de ser del todo. La razón que tenía Lennon, madre de Dios. Igual por ese motivo, en ese momento, empezaron a venirle a la mente la lista de planes B que no había conseguido, aquellos planes que nunca tuvieron luz verde porque estuvo demasiado ocupado persiguiendo planes A. Pasar más tiempo con sus hijos. Viajar con su exmujer a algún lugar exótico. Ahora, subido a esa cornisa, si enfocaba la vista sobre la punta de sus zapatos, podía difuminar el abismo que había detrás. Un abismo borroso dejaba de ser aterrador y empezaba a ser eso, un segundo plano desenfocado. Un plan B de lo más honesto, de lo más próximo, de lo más real.

—¿Tienes hijos? —preguntó finalmente Valentina.

—Una. Lucía. ¿Tú?

—Nop. Y no me vengas con que si quiero. Soy muy feliz monofamiliarmente. ¿Tienes fotos?

—No me tienes, que te inundo.

—Aunque sea una.

—Ahí está.

—Uy, qué mujercita. Y qué bella, ¿no?

—El amor de mi vida.

—Jajajaja. ¿Mujer?

—Ex.

—¿Buena relación?

—Más bien no relación.

—Buff, qué complicado es eso, ¿eh?

—Me lo dices o me lo cuentas...

—... Porque tú... ¿de dónde sales exactamente?

—Buff. De mi familia, supongo.

—¿Supones?

Diego pensó un momento si de verdad estaba a punto de contarle a esa mujer tan increíble todas y cada una de sus miserias.

Y al final lo hizo. Con sus palabras, pero se sinceró. La historia de Diego con su familia había sido la historia de cómo dejar de depender de ella. Primero, económicamente; después, emocionalmente y, por último, sentimentalmente, hasta que solo quedase cierta culpa, bastante soportable, por otro lado.

Para él, como para cualquier ser humano, la palabra familia es ese recipiente que te entregan al principio de tus días lleno de un brebaje que no te gusta nada, pero que has de beber sí o sí, como mínimo, una vez al año. La tarea, la ingente tarea que se nos encarga desde algún lugar del universo, consiste en vaciar el recipiente de ese horrible brebaje y llenarlo de sabores que te apetezca beber todos y cada uno de los días del resto de tu vida. Eso no significa que siempre esté bueno, ni mucho menos. Significa que desees bebértelo cada día, sepa como sepa.

Ahí residía para Diego el secreto de una familia feliz. En haberla vaciado de lo que no era familia y solo eran familiares. En dejar dentro solo a la gente con la que quieres estar. Lleven o no tu misma sangre. La palabra, la vasija, sigue siendo la misma. El contenido, nada que ver.

Debería dejar una nota. La gente no se va así, sin más. La gente escribe una nota, exculpando a sus seres queridos, ofreciendo un halo de esperanza para los demás, aunque sea.

¿Y qué iba a contar? Que no había sido capaz de conservar los puestos de trabajo de la empresa. Que los había dejado vendidos al mejor postor. Que su apariencia de gestor ya no era más que eso, un simple gesto. Que se iban a ir la mayoría a la calle. Que, aun así, los coreanos no podrían hacer frente a la cantidad de deudas que él mismo y su equipo contable se habían encargado de ocultar. Que después llegaría la inspección de Hacienda. Que, al final, varios de los administradores acabarían en la cárcel. Y que él y solo él era el único responsable.

—Bueno, ¿y cómo lo llevas?

—¿El qué...?

—Escritor famoso y todo eso...

El vino corría ya por la segunda botella, esa que nunca miente, pero sin llegar a la tercera, que es a partir de la cual uno siempre dice la verdad.

—Mi amigo Mateo dice que yo ya era famoso, pero la gente no lo sabía.

—Jajajaja, es una buena manera de destrozarte.

—Como debe hacer todo buen amigo. Pero bueno, tú de esto ya sabes.

—¿De qué?

—De lo que es ser famosa. Tú lo fuiste antes que yo y durante mucho más tiempo.

—Bah, eso da igual.

—No, no, eso es un grado.

—No creas, no creo que se aprenda mucho, la verdad. En todo caso, se despierta una.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Para mí la fama es el único juego en el que tú eres el único que sabes a ciencia cierta que has perdido, mientras todo el mundo está convencidísimo de que has ganado. Es un billete de lotería premiado solo a ojos de los demás. Pero no te engañes: cuando vas a cambiar el billete, el premio simplemente no está. O al menos, no como te gustaría haber ganado. Con lo cual, te llevas todo lo malo del triunfo y todo lo peor del fracaso. Es decir, te llevas la parte pública del éxito y la parte íntima de un «no, no era esto». No era esto para lo que yo estudié. No era esto lo que yo buscaba. No era esto lo que me hará feliz. En resumen, no te puedes ni quejar.

—Tampoco será tan terrible...

—A ver, por supuesto que es mucho más duro bajarse a una mina.

—Pues eso.

—Lo que sí es verdad es que cada vez afecta a más gente.

—¿El qué, lo de ser famoso?

—La aspiración de serlo. Hasta hace unos años, ante la pregunta «¿Qué quieres ser de mayor?», nuestros pequeños contestaban siempre profesiones, astronauta, futbolista, médico o veterinaria. De un tiempo a esta parte, ¿sabes cuál es la profesión que primero citan nuestros niños? ¿En el top 1? ¿Antes que nada?

—Famoso.

—Ahí está. Y eso es que se han confundido los medios con los fines. Ya no haces algo para ser reconocido, ahora quieren ser conocidos, aunque no hayan hecho nada para merecerlo. Y así andamos, con Premios Nobel totalmente anónimos y ninis que se pasean por la calle convertidos en becerros de oro de la juventud. Dios, qué vieja me siento cuando me escucho. —Ventaja al saque—. Pero, eh —añadió ella para quitarle hierro—, por lo menos ser famoso sirve para conseguir mesa en restaurantes maravillosos como este. ¿No?

—Eso sí.

—La fama no es más que el envoltorio del prestigio.

—Mira, en eso estoy totalmente de acuerdo.

—¿Cómo no lo vas a estar, Diego? También es tuyo. Capítulo seis. —Juego, set y partido—. Estamos casi en los postres. Y aún no hemos preparado nada —dijo Valentina mientras clavaba los codos en la mesa y la mirada en su interlocutor.

—¿Hablamos del evento?

—Hay una exposición que quería ver en el Museo de Arte Contemporáneo y que acaba esta

semana. ¿Quedamos para verla y seguimos hablando del tema?

**V.**  
**Estribo**

*En España, la mejor manera de guardar un secreto es escribir un libro.*

MANUEL AZAÑA

Algo extraño pasaba en la oficina aquella mañana. Las malas noticias tocan las cosas. A veces hasta las mueven de sitio. Parece que no, parece que todo siga igual, pero cuando una muy mala noticia ha entrado por la puerta, las cosas quedan tocadas por ella. Y uno lo nota solo con mirarlas.

Y si tocan las cosas, imagínate a las personas.

Diego entró pisando flojito. Cada paso que daba era más dudoso que el anterior. Sabía que alguien le iba a decir algo malo enseguida. En el cine, una música de tensión te suele avisar de estas cosas. En la vida real, no.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Bibiana, que por alguna razón hoy se hacía la recepcionista.

—Don Andrés. Dicen que ha...

La chica no pudo acabar la frase y empezó a llorar como si don Andrés fuese su padre. Diego continuó arrastrando el suspense hacia su cubículo. Por el camino vio a Mateo, que le hizo una señal para que se metiese en la sala de reuniones con él. Mateo cerró la puerta, estaban solos en una sala tan grande y fría como la noticia que le iba a soltar.

—Tío. Don Andrés se ha suicidado.

—¿Qué?

—Los coreanos están aquí, está todo muy raro.

—Pero ¿cómo?

—No sé, deben de haberse enterado y...

—¡No, que cómo se ha suicidado!

—Ah, se tiró de su apartamento abajo. Trece pisos y un entresuelo.

A Diego enseguida le asaltaron los datos. Diez muertes al día por suicidio en nuestro país. Una muerte cada dos horas y media. El doble que por accidentes de tráfico. Once veces más que por homicidios. Y, sin embargo, algo no le cuadraba. La mayor tasa se da en hombres de más de setenta y nueve años. Y su método más común es el ahorcamiento, no saltar al vacío. Ese es el método más utilizado por las mujeres, hasta el cuarenta por ciento.

Pero, sobre todo, no le cuadraba con la frase que le dedicó don Andrés la última vez que se vieron: «Yo quiero a esta empresa, la amo con todas mis fuerzas y haré lo que sea por mantenerla a flote». ¿Por qué nadie te avisa de que esa es la última vez que verás a alguien?

—Joder.

—Pues sí. Ah, y los coreanos me han preguntado por ti.

—¿Voy?

—No, no, ahora están con la policía. Me han dicho que luego te buscan.

—¿Los coreanos?

—No, la poli.

—¿A mí?

—Hay un inspector, Jon Gutiérrez creo que se llama, haciendo preguntas a todo dios. A mí ya me las ha hecho. Es majo.

Una casa sin libros es un tanatorio de ideas. Uno puede tratar de crear algo, cualquier cosa, y tiene derecho a hacerlo, faltaría más, pero si no has leído mucho antes de escribir, si no has escuchado mucho antes de cantar, si no has mirado mucho antes de pintar, lo que venga después seguramente será una copia mala de algo que ya existió. La creatividad, sin conocimiento, es estéril. La imaginación, sin memoria, una broma.

El piso donde vivía Raúl era una enorme estantería con baño. Tanto era así que hasta las mesillas de noche estaban hechas de pilas de libros. Libros por el suelo, libros en la cocina, libros bajo las mesas, libros, libros y más libros. Eran mucho más que la biblioteca de Raúl, eran su biografía. De hecho, así los había clasificado, por orden cronológico en su vida. Empezando por la entrada —los más antiguos— hasta el dormitorio —los más recientes—. De esta manera, contemplar aquellos lomos le recordaba la época en la que había leído cada ejemplar. Como ocurre con la música, cada libro le transportaba a ese momento en el que lo leía. Le recordaba qué hacía por aquel entonces, con quién estuvo, qué sintió al leerlo. Y, principalmente, le recordaba si lo dejó a medias o no. Porque los libros, igual que las relaciones, siempre se acaban donde se tienen que acabar. No todo el mundo llega hasta la última página, pero eso no significa que no haya sido útil, fructífero, provechoso. Todo suma, había leído, lo bueno, lo malo y lo regular. Son las páginas leídas las que te han hecho como eres, no las que dejaste por terminar.

Cuando Valentina entraba en casa de Raúl, tenía la sensación de estar paseando entre las ruinas de una civilización muy antigua, con un idioma que ya no se hablaba. No le impresionaba la cantidad de libros, sino su significado. Significado que ella había vivido en primera persona desde la sala de estar hasta el dormitorio, pasando por el baño. Y todos los significados llevaban al mismo sitio. A la nada. A la decepción. Al desengaño. Al desamor.

—Ah, ¿lo tienes? —dijo Valentina cogiendo un ejemplar del *Manual de segundos auxilios*.

—Claro que lo tengo, ¿por quién me tomas?

—¿Y qué te ha parecido...?

—Muy... muy contemporáneo.

Valentina sonrió y degustó su próxima frase antes de dejarla salir:

—No te lo has leído.

—Aún no, pero lo tengo.

—No te lo vas a leer.

—Seguramente no.

—¿Y para qué te lo compras si luego no lo lees?

—Hay libros que no se compran para leerlos, querida. Hay libros que se compran para poder tener conversación. —Valentina negó con la cabeza mientras se sonreía—. Eh, por lo que dices, no soy el único estafador.

—No es mal tipo.

—No, cariño, pero según tú, te está engañando, a ti y a todos. —Raúl hablaba mientras le preparaba un té.

—O eso o no tiene memoria sobre las cosas que escribe.

—Le pillaste con una frase que presuntamente había escrito, ¿no?

—Dos veces. Y no sé, aparte de eso, no parece la misma persona que escribió el libro. El autor es sensible, muy sensible. Y él..., bueno, no sé.

—De acuerdo, pongamos por un momento que él no escribió ese libro. Pongamos que se lo escribió un negro.

—Podría tratarse de un «error informático».

—Estoy hablando en serio.

—Vale. Sería muy fuerte.

—Sería más que fuerte. Sería destapar al fenómeno editorial del año. Sería una gran metáfora del éxito hoy en día. La mentira detrás de los *best-sellers*. El gran timo de la industria editorial. El mayor fiasco desde Milli Vanilli.

—¿Quién?

—Déjalo. Mira, tengo una idea —le dijo a Valentina mientras le servía el té.

—Miedo me dan tus ideas.

—No, en serio. Tú ahora tienes tiempo. Y yo tengo contactos con todo el equipo que hacíamos el programa.

—No sé si quiero escucharlo.

—¿Por qué no le propones al escritor del año hacerle un documental y, con la excusa, vemos qué hay detrás de su libro, si lo ha escrito él o no? Yo te lo produzco y te pongo los medios.

—¿Me estás pidiendo que le engañe? ¡¡¡Nos estamos conociendo!!!

—Eres tú la que pediste su teléfono, ¿recuerdas? ¿Y por qué lo pediste en la tele? ¿Eh? ¿Y por qué no lo utilizaste en ese momento? ¿Por qué lo llamas meses después?

—Bueno, por el evento...

—Ya. ¿Me vas a decir que fue por el evento, que no intuías que pasaba algo? Imagínate que estás en lo cierto con tu intuición. Esa que nunca te ha fallado. De pronto tendríamos la entrevista del año. Y sería una inmejorable forma de volver a la tele. No te estoy pidiendo que engañes a nadie. Te estoy pidiendo que recuperes tu legendario colmillo de loba. —Valentina sorbió de su taza—. ¿Que al final investigamos y no es un fiasco? No pasa nada, tenemos un documental monísimo sobre el escritor del que todos hablan. También me vale como retorno a la tele.

Como vio que Valentina se lo estaba pensando, Raúl avanzó a los siguientes pasos.

—A ver, ¿cuándo os volvéis a ver?

—Hemos quedado para ir a una expo.

—Perfecto, explícaselo y consigue que empecemos a grabar la entrevista ahí. Dime que sí. Dime que sí, anda, mi loba.

Noche de Lucía, le había prometido *pizza*. Diego estaba leyéndose su libro, su propio libro. Estaba dispuesto a que nunca más le pillasen en un renuncio. Tenía que aprenderse lo que presuntamente él mismo había escrito. En la tele, un chaval llamado Elio Ícaro había conmocionado a su pueblo tras perpetrar un salto digno de plusmarquista olímpico.

—Papi, yo también salto.

—¿Ah sí, cariño?

—Mucho. En el cole me dicen que soy la que más salto.

—Qué bien, mi amor.

Diego contestaba poniendo el foco de su mirada más allá de las pupilas de Lucía. Y ella lo notaba, como notan todos los niños cuando estás, pero no estás. Diego no podía dejar de pensar en don Andrés ni en la conversación que había tenido con el inspector Gutiérrez:

—¿Cuándo fue la última vez que se vieron?

—En su despacho. Me llamó para hablar con él.

—¿Discutieron?

—No, para nada.

—¿Y qué le dijo?

—Me... me pidió que le ayudase.

—¿Con qué?

—Con los coreanos.

—¿En qué consiste su trabajo?

— Soy... soy programador de nivel 2 en el Synthetic Biology, DNA Computing, Evolutionary Computation and Deep Learning.

—En cristiano. ¿En qué consiste su trabajo?

—Le doy al botón rojo cuando una máquina lo hace mal y al verde cuando lo hace bien.

El inspector se quedó un momento mudo.

—¿Y me está diciendo que el director gerente de una multinacional como esta le pidió ayuda con sus jefes a un programador que se pasa el día dándole al botoncito?

—Papi, una cosa. —Los niños identifican e interrumpen siempre cualquier evasión mental, son los alguaciles de la presencia, los detectores de humo del corazón.

—Dime, preciosa.

—Mamá dice que ahora que eres famoso te vas a olvidar de nosotras.

—Pero ¿qué dices, cariño?

—Dice que vas a contratar a unos abogados muy buenos y vas a dejar de pagarle la pensión.

—¿Eso te ha dicho?

Lucía tenía los ojos subrayados en agua y sal.

—Sí, y que vamos a tener que irnos a vivir debajo de un puente.

—Eso nunca va a ocurrir. Jamás dejaré que te pase algo así, cariño. Nunca.

—¿Cuándo vais a volver mamá y tú?

Diego se quedó en blanco. ¿Cómo le explicas a una niña de seis años el concepto de nunca? ¿Cómo decirle que, si su madre le decía eso, no le estaba haciendo ningún favor? ¿Cómo explicarle que manipular los sentimientos de un menor no forma parte del Código Penal porque no hace falta, porque el menor algún día se vuelve mayor y sentencia por sí mismo? Que todo se le volverá en su contra. Que, como escribió Cortázar, cuando uno dice que se va, eso es que ya se ha ido. La rabia, la impotencia y la tristeza se abrían paso por su tráquea. Estaba bloqueado.

—Cariño, piensa una cosa, tú ahora tienes dos casas en vez de una, ¿tú sabes lo chulo que

*es eso?*

—Cariño..., piensa una cosa, tú ahora tienes dos casas en vez de una, ¿tú sabes lo chulo que es eso?

—*Dos familias, dos casas, a partir de ahora vas a poder tener dos de todo. Y eso es el doble de lo que tendrán tus amigos del cole.*

—Dos familias, dos casas, a partir de ahora vas a poder tener dos de todo. Y eso es el doble de lo que tendrán tus amigos del cole...

Lucía miró a su alrededor. Sin estar muy convencida, siguió comiendo *pizza*. Diego se sintió el peor padre del mundo. No solo no merecía la vida que llevaba, no solo se sentía un polizón viviéndola de prestado, sino que encima ahora hacía sentir a su hija sus efectos.

Cuando la niña se durmió en su regazo, Diego la arropó y la acostó. Al llegar a su dormitorio, rescató la pequeña caja de bambú donde guardaba los gemelos y metió el pinganillo. Y de ahí, al fondo del cajón. Donde hacía tiempo que debería dormir.

En la tele, una reportera preguntaba a los vecinos de Buñol sobre el niño volador.

Paseos sonoros, o *soundwalks*. De eso iba la exposición. Pedazos de audio que merodeaban por las grandes urbes, un famoso discurso histórico, un conflicto en Oriente Medio.

—Shhhhh. Aquí se viene a escuchar —dijo Diego.

—Mal lugar para una entrevista —respondió Valentina.

Diego había accedido a las cámaras, a riesgo de ser descubierto de nuevo, y hasta al documental. Cualquier cosa con tal de no dejar de verla.

—O quizás el mejor del mundo.

—No si hay que estar en silencio.

—El silencio no existe.

—¿Cómo que no?

—Existen planos de audio. Arqueología del sonido. Si tú y yo nos callamos, dejaremos de escuchar nuestras voces, pero empezaremos a escuchar lo que había debajo. Y si esos sonidos se detienen, seguiremos escuchando lo que estos tapaban. Siempre hay una capa. Siempre hay un audio. Siempre hay algo que se nos estaba pasando.

—¿Y qué hay debajo de Diego Martínez?

—Un chico que solo quiere querer y que le quieran.

—¿A cualquier precio?

—El precio siempre acaba siendo el mismo.

—¿Cuál es?

—El dolor. El dolor pasa lista todos los días.

—Sí, sí, ya. De tu introducción. Oye, ¿hay...? Nada, es igual.

—Dime, va.

—Nada, nada.

—Venga, no seas tonta, que ya has empezado.

—Bueno..., iba a preguntarte si hay alguna posibilidad de que pueda hablar contigo y no con tu libro.

Ahora que se lo había estudiado. Ahora que había cámaras delante. Ahora no entraba. La vida es así de cabrona.

Diego no había vuelto al bar Bara desde... ni siquiera recordaba desde cuándo. Mateo trajo de la barra las dos cervezas de rigor sin las cuales ninguno de los dos se dignaría a mantener una conversación.

—Oye, ¿qué le dijiste al poli? —preguntó Mateo mientras tomaba asiento.

—Nada, la verdad. ¿Por?

—No sé, ha llamado esta mañana a la ofi y ha pedido un par de entradas para tu conferencia en lo de los abogados.

—¿Y eso?

—Ni idea, querrá aprender más sobre su «voz interior». Madre mía, ¿no había otro título?

—No sé, lo pusieron ellos.

En ese momento les interrumpió un desconocido.

—Perdona, ¿Diego Martínez? ¿Me podrías firmar tu libro? Lo tengo aquí, mira qué casualidad...

—Pues sí, sí, claro, ¿cómo te llamas?

—Sidi. Ese i de i. Gracias, eres un capo.

Diego firmó «Para Sidi, con cariño», agradeció el piropo y devolvió el libro.

—Al final, mañana vamos a estar todo dios en la conferencia de marras.

—Hasta los coreanos quieren ir a verte, no me preguntes por qué.

Diego sí sabía por qué. Pero en ese instante tenía otras prioridades.

—Vendrá Valentina.

—¿Ah, sí?

—Sí, parece ser que presenta el acto y también lo del documental.

—Qué pesada esa tía. No me gusta nada, Diego.

—Quiere hacer un documental sobre mí...

—Y tú lo que quieres es verla. Y ella lo sabe y se aprovecha. No sé, mucho que perder, muy poco que ganar.

—Ella no es poco. Y está en paro. Y así la ayudo. Me consiguió mi primera entrevista en la tele.

—Sí, ¿y te recuerdo cómo te fue?

—Da igual, gracias a ella pasó lo del pinganillo...

—¿Y?

—Y luego... todo lo demás.

En ese momento les interrumpió otro desconocido.

—Perdona, Diego, ¿no? ¿Diego Martínez? ¿Me puedo hacer un selfi contigo? Solo uno y ya está.

Diego se levantó, se hizo el selfi, saludó y se volvió a sentar.

—¿Te dije que hablé el otro día con mi hermano?

—No...

—Sí, volvió de Alemania el finde. Y no sé cómo salió, pero hablamos un momento de tu chisme. Y me dijo que ese modelo, el XT29, por fin ya había entrado en producción. Pero que, aun así, seguía sin entender cómo te había durado tanto la batería. Porque, ¿qué te duró? ¿Dos meses?

—Sí, sí, algo así —dijo Diego mientras se tapaba la oreja disimuladamente.

—Increíble. Y no te tapes, que ya he visto que ya no lo llevas. A mí no me importa, si quieres llevarlo, adelante. Mientras mañana lo bordes, como si sales en tutú y mallas.

La noche que tocaba velar armas, Diego debería haber estado preparando la conferencia. Una conferencia en la que sabía lo que se jugaba y, además, ya sabía delante de quién. En su lugar, estuvo viendo vídeos de Valentina. Uno detrás de otro. Entrevistas de lo más variopinto a gente de todo tipo.

Valentina, por su parte, se encontraba en la sala de postproducción, con Raúl, analizando plano a plano el material grabado en el museo.

Lucía estaba con la madre de Diego, que se había quedado dormida mientras su nieta leía los *Cuentos infantiles políticamente correctos* de James Garner.

Mateo estaba de fiesta. Cómo no. Su mujer le llamó y Mateo decidió silenciar el teléfono. A partir de ahí, se sucedieron dos o tres llamadas desde Alemania.

El inspector Gutiérrez recibió un sobre amarillento del forense. Miró su contenido y frunció el ceño.

Y a todo esto, los coreanos la pasaron en las oficinas analizando los libros contables sin entender nada.

De pronto, en medio de la noche, el telefonillo de casa de Diego empezó a sonar insistentemente. Diego se había quedado dormido en el sofá y se despertó de un sobresalto. Al descolgar, vio la cara de Mateo por la pantalla.

—¿Qué quieres?

—Abre.

Mateo subió más rápido de lo que le darían las piernas a cualquier mortal.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene tanto lío? Que mañana tengo la conferencia...

—Ya lo sé, precisamente por eso he tenido que venir esta noche.

—¿Por qué?

—Diego, me ha llamado mi hermano.

—¿Sí...?

—Y me ha dicho que el pinganillo ese hace tiempo que no funciona.

—¿Cómo que no funciona?

—Que, según sus cálculos, se le agotó la batería entre el jueves y el viernes pasado.

—Y entonces, ¿qué es lo que escucho? ¿Imaginaciones mías?

—Algo aún mejor. Se trata de tu voz interior.

—¿Mi voz interior?

—Sí, como el título de tu ponencia. ¿¿¿No lo ves??? Es la voz esa que llevamos todos dentro y que solo algunos privilegiados logramos percibir.

—¿Tú también la percibes?

—Todos los días, mira, por eso estoy aquí. Para presentártela.

—Hola —dijo una señora de Huelva.

—¿Tu voz interior es una señora de Huelva?

—Sí, ¿a que mola?

En ese momento, Diego se despertó. Sí, se había quedado dormido en el sofá. Pero ni Mateo, ni voz interior, ni señora de Huelva, ni nada. Quedaban pocas horas para tener que ir a la conferencia, así que más le valía seguir durmiendo, pero esta vez en la cama.

Aquella mañana el sol salió inoportuno, a muy mala hora. O al menos así lo sintió Diego. Demasiado tarde para poder preparar nada, demasiado pronto para no sentir remordimientos si no lo intentaba. Sobre la mesilla, la cajita cuyo contenido había cambiado su vida. La abrió y sacó el pinganillo.

En ese momento sonó el timbre de casa.

Diego salió a la puerta.

—Mamá, ¿qué haces aquí?

—¿Aún estás así? Venga, arréglate, que llegaremos tarde... —dijo ya desde bien entrada su casa.

—¿Llegaremos?

—Claro, ¡tu conferencia! No te creerías que me iba a quedar sin verla, ¿no?

—¿Y... y Lucía?

—Se viene también. Su madre me ha dicho que la llevaría.

—Pero tú... ¿tú desde cuándo te hablas con mi ex...? No, no, no, no...

—Sí, sí, sí, sí..., claro, soy la abuela de Lucía, a ver si no voy a poder... Venga, que nos lleva Faustina, que conduce mejor que yo...

—Pero si no tienes coche, mamá.

—Por eso conducirá el tuyo...

—Pero si no cabem...

—Mira, te he hecho tu zumito de naranja y tu sándwich de ibérico. Porque estaba segura de que no te habrías preparado nada. Y tienes que coger fuerzas. Ay, hijo, ¡cómo tienes la casa! ¿Estás seguro de que te la limpian bien?

Diego no tenía tiempo para ponerse a discutir más. Se comió el zumo y se bebió el sándwich. Y no al revés.

Entró en su habitación, se dio una ducha de las que te dejan enjabonado todo el día y salió en menos minutos de los que habría tardado en tratar de convencer a su madre.

Diego se puso el pinganillo.

—¿Qué es eso?

—¿El qué, mamá?

—Lo que te has puesto en la oreja. No tendrás problemas de audición, ¿no? Porque yo conozco al otorrino perfecto. Mi amiga la Lourdes estuvo hace un tiempo con él y además de...

Diego desconectó. Estaba a escasos minutos de dar la conferencia más importante de su vida, y todo volvía a depender de una sola cosa: del chisme.

**VI.**  
**Vestíbulo**

*La verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio.*

CICERÓN

El auditorio municipal tenía tres salas. Las dos pequeñas, a las que se accedía por entradas laterales, y la sala principal, que raramente se abría al público y que quedaba hundida bajo tierra, y bajo las otras dos. En un principio, la conferencia de Diego iba a darse en la sala dos, pero visto el éxito de convocatoria, los organizadores decidieron alquilar la principal, donde pudieron llenar holgadamente el aforo y colgar el ansiado letrero de «No hay entradas». El evento había sido ya un éxito sin precedentes antes de empezar.

Y así se lo hizo saber don Bernat Vilallobent, ilustre presidente del no menos ilustre colegio de abogados, a Diego y Valentina, que ya esperaban tras el escenario, microfonados y listos para salir.

Un chaval de escasos veinte años se les acercó con una cámara y les pidió unas palabras para su canal de Instagram, que estaba retransmitiendo en directo para toda la gente que se había quedado sin entrada. Diego no se negó. Lo cual no significaba que lo hubiera aceptado. Pero para cuando se vino a dar cuenta, el chaval ya le había lanzado la primera pregunta:

—Usted ha demostrado con su primer gran éxito editorial la importancia de la creatividad para las relaciones humanas y para la vida. ¿Cree usted que la creatividad también es necesaria para un abogado?

Menuda preguntita, pensó Diego. No sabía ni por dónde empezar. Los segundos corrían y las palabras no salían de la boca de Diego. Por suerte, y como siempre, el chisme sí sabía qué decir.

—*La creatividad no e\* patrimonio de los artistas, eso es cos\* del si\*\*\* XIX. La creatividad es una actitu\*. Y como cualquier a\*\*\*tud que afecta y m\*\*\*\*\* el r\*\*\*\*\*; se puede y se debe ex\*\*\*r en todos los profesionales. Para mí c\*nsiste en mirar hacia todo el mundo mira y ver lo q\*\* nadie más ve.*

Había demasiadas interferencias. Apenas llegaban palabras enteras a su oído. De pronto, mientras se disponía a completarlas para repetirlas, Diego se dio cuenta de lo que estaba pasando. O bien se le había agotado la batería al chisme, o bien es que era la primera vez que lo probaba en un entorno subterráneo. Fuera cual fuese la razón, batería o cobertura, daba igual, lo que estaba claro era que la recepción no era nítida, no se escuchaba bien. A duras penas pudo lanzar el mensaje como si fuese cosecha propia.

—La creatividad no es patrimonio de los artistas, eso quedó en el siglo XIX. La creatividad es una actitud. Y como cualquier actitud que afecta y mejora el rendimiento, se puede y se debe exigir en todos los profesionales. Para mí consiste en mirar hacia donde todo el mundo mira y ver lo que nadie más ve.

Valentina hizo un gesto de aprobación a la respuesta. El chaval también. Bueno, pensó Diego. El chisme parecía que aún funcionaba, y por lo tanto, iba bien la cosa. Pronto estaría ante un auditorio de mil quinientas personas y podría dejarse llevar por esa usurpación intelectual que suponía que alguien te diera las cosas masticadas y pensaditas por ti.

Fuera, en el vestíbulo, Mateo conversaba animadamente y en inglés con el señor Wang y compañía.

—¿Así que al final han podido venir?

—Sí, don Andrés tenía en muy alta estima a Diego, y queríamos ver cómo se desenvuelve en este tipo de entornos, pues, como bien sabe, el señor Wang quiere nombrar sucesor antes de volver a Corea.

De pronto, sonó el móvil de Mateo, se excusó y se separó un poco del grupo, lo justo para poder cogerlo con algo de intimidad.

—¿Qué pasa, hermanito...? No, no, me pillas perfecto, estoy a punto de entrar en la

conferencia de Diego... Sí... Claro... ¿Qué?... Pero, pero... ¿estás seguro de eso...? Vale, vale, te cuelgo... Gracias, *broder*... Sí, sí, te llamo.

Mateo colgó y se quedó un segundo pensativo. Si lo que acababa de oír era cierto, había solo una persona en el mundo que tenía que saberlo lo antes posible. Volvió a mirar su móvil y marcó.

—Vamos, vamos, cógelo...

El móvil de Diego ya hacía rato que estaba en silencio. La pantalla se iluminaba, pero en su bolsillo. La versión moderna del árbol que cae, pero nadie lo oye.

—Joder, Dieguitooooooooo...

Llegó el turno de Valentina. El *community manager* lanzó su pregunta:

—Para una profesional tan experimentada en el mundo de la comunicación, ¿qué siente hoy al presentar a un autor revelación como Diego Martínez?

—Para mí, el caso del señor Martínez demuestra que la comunicación tampoco es patrimonio de los periodistas. Cuando yo empecé la carrera, la comunicación era una actividad. Tú tenías que hacer algo para comunicar. Hacer una rueda de prensa. Escribir un libro. Emitir un mensaje. Hoy, con las redes sociales siempre en marcha, la comunicación es justo lo que ha dicho el señor Martínez, una actitud. Y si uno no tiene ese chip durante las veinticuatro horas, está perdiéndose muchas cosas. Para mí, Diego, perdón, el señor Martínez, un programador que escribe en sus horas libres, encarna al comunicador total, capaz de realizarlo como actividad, pero también con esa actitud, igualmente necesaria. Porque hoy la gente va a poder ver que el señor Martínez no es un autor de los que solo inspira en sus libros, él es así las veinticuatro horas. Y ustedes están a punto de comprobarlo.

Diego se quedó fascinado por la respuesta hasta que comprobó que era la misma introducción que tenía Valentina para presentar a Diego.

—Con todos ustedes, el fenómeno editorial del año: ¡¡¡Diego... Martínez!!!

En primera fila, hacia el flanco izquierdo, su madre con doña Faustina. Al otro lado, Mateo con los coreanos. Un poco más allá, pudo distinguir perfectamente a Raúl con sendos pilotos rojos de las cámaras de Valentina. Justo detrás de ellas, Lucía con su ex. Al fondo, flanqueando las puertas, el inspector Gutiérrez y sus secuaces. Y en medio de todos ellos, gente como para completar hasta mil quinientas personas allí reunidas.

El más absoluto silencio había sustituido al aplauso preceptivo. Diego se hallaba solo en un escenario inmenso, con su imagen duplicada en una pantalla de cuarenta por cien metros. Retransmitiendo en tiempo real para dieciocho países. Y delante de lo más importante de su pasado y de su futuro.

El micrófono de diadema tiene la ventaja de que te deja las manos libres, sí, pero la putada de que retransmite hasta los latidos del corazón. Sobre todo, si este te está saliendo por la boca. Cuando te escuchas latir los tímpanos, eso es que tu cuerpo es adrenalina pura.

—A ver (*piiiii*). —No hay protagonista al que no le pite el micrófono al estrenarlo.

—A ver... —repitió esta vez sin dejar sordo al respetable.

—*La\*\*\* de\*\*\*\* nada es \*\*\*\* ni tiene \*\*\*\* p\*\*\* t\*\*\*s sal\*\*\*\*\*.*

—¿Cómo?

—*L\*\*\*\* \*e\*\*\*\* n\*\*a es \*\*\*\* ni t\*\*\*e \*\*\*\* p\*\*\* \*\*\*\*s \*al\*\*\*\*\*.*

Caras de esto no puede ser, de esto no puede estar pasando y alguna de espero que me devuelvan el dinero. Diego no era de los de sudar mucho, y tampoco es que hiciera calor en la sala, pero de pronto sus glándulas sudoríferas eran manantiales austríacos al principio de la primavera.

A Diego se le hizo bola hasta seguir vivo.

Pero no tenía otra.

Así que tomó aire, lo expulsó lentamente y decidió quitarse el chisme.

El inspector Gutiérrez entornó los ojos al ver ese aparato aumentado cien veces.

—Les debo... les debo a todos una disculpa. —Gente levantándose para irse, que en ese momento se quedó inmóvil en su sitio—. Yo no soy el autor del libro.

Gente volviendo a su sitio. Algún susurro que otro, confusión generalizada en la sala. Faustina miró a la madre de Diego buscando una explicación. Los coreanos miraron a Mateo buscando una traducción. Lucía miró en el móvil de su madre buscando la app del buscaminas. Y el resto no pudo apartar los ojos del escenario.

Anoche...

Anoche descubrí lo que era hacer tu trabajo con honestidad y pasión. Anoche vi a alguien que lo daba todo en cada peldaño de su carrera, alguien que estaba dispuesta a perderlo todo a cambio de seguir siendo ella, que arriesgaba hasta su vida por un pedacito de honestidad. Su honestidad. Porque, si es que existe eso a lo que llamamos verdad, al final supongo que no es más que la suma de honestidades individuales. Yo, últimamente, no he hecho más que restar. Porque uno puede estar más o menos equivocado. Uno puede errar o puede acertar. Pero no hay éxito que valga la pena si no es honesto. No hay triunfo que se disfrute si no es verdad. Por eso, mientras esa persona se hacía grande ante mis ojos, yo me iba haciendo cada vez más pequeño.

Tu voz interior. Menudo título.

Qué ironía, ¿verdad? Lo único que tenemos —con lo único que realmente contamos— es con nuestra propia voz. No la que leemos. No la que hemos escuchado por ahí. La nuestra. La que realmente nos sale de dentro. La que nos empuja a ser críticos con lo que escuchamos. La que nos impide admitirlo todo como cierto. La que nos lleva a preguntarnos el porqué. Pero es que es justo esa voz la que tratan de extirparnos desde que nacemos. La que nos intentan homogeneizar desde el colegio. La que otros tratarán de ridiculizar cuando sea distinta a la de los demás.

Si uno pierde su voz, lo pierde todo.

Me pregunto cuántos de aquí serán también impostores sin saberlo. Cuántos pensarán de prestado, de segunda mano. A cuántos les callarían su voz porque era una tontería, porque no valía la pena, porque era perder el tiempo o simplemente porque sí. A veces, bastó con sentirse inseguro o que alguien te dijera que no servías. A veces, bastó con hacer aquello en lo que no creías durante demasiado tiempo. Y seguro que hubo quien, directamente, no sobrevivió a esa traición... y decidió acabar con todo. Esto no tiene nada que ver con ser buena o mala persona. O sí, igual tiene todo que ver con eso, y resulta que es lo único que diferencia a los primeros de los segundos.

No sé. Yo, al menos, he despertado. Aunque haya sido el despertar lo que hoy me mate.

Soy un impostor. No les puedo decir quién debería estar aquí en mi lugar porque no lo sé. Ojalá lo supiese, créanme. Pero lo que sí sé es que no puedo seguir llevándome yo su crédito. No puedo seguir viviendo esta vida, porque esta vida no es mía. No sé de quién es, pero lo que sí que sé es que me viene grande. Y me voy a explicar.

No, señora Faustina, no sé nada sobre su vida extramarital, y desde luego le pido disculpas por haberla extorsionado a base de dimes y diretes para que le perdonase el alquiler a mi madre —*Murmulllos en la sala*—. No, señor Wang, tampoco hablo coreano, y a ustedes les pido perdón por haberme hecho pasar por un profesional que jamás fui. Mis últimas doce mil líneas de programación tampoco han sido mías, me las dictó línea a línea alguien a quien no tengo el gusto de conocer, lo siento mucho, pero eso es todo lo que sé —*Más murmullos*—. Mi querido Mateo. Siento llevarte la contraria, pero no me merezco esto. Yo no escribí el *Manual de segundos auxilios*. El verdadero autor me lo dictó de pe a pa. Como quien dicta una receta. La diferencia es que, a ti, como a miles de personas, te hice creer que sí. Esa, y que nadie cobra royalties por una tortilla. Y perdona, cariño, por haberte hecho creer que papi merecía todo esto que nos estaba pasando, porque no es así. No soy tu héroe ni tu narrador de cuentos favorito, ni supongo que un papá en el que puedas inspirarte. Ya no.

Valentina, como ves, no soy digno de inspirar nada más que desconfianza. Qué te puedo decir... Que ojalá algún día alguien merezca que le miren como tú me miraste a mí.

Y a todos ustedes. Quedan todos liberados de las cosas buenas o malas que pensaran de mí,

porque eso no soy yo. Me siento un poco como el tipo aquel que se encontró un millón de euros por la calle. Pero no, yo soy peor, porque él por lo menos los devolvió y salió en las noticias. Y yo no, yo me los he ido gastando. Delante de sus narices. Hasta hoy, que me quedo a cero.

Lamento mucho el precio que hayan pagado por mi libro o por estar aquí esta noche. Les prometo que les devolveré hasta el último céntimo. Pueden tomarlo de mi dinero. Porque tampoco me lo he ganado yo.

En fin.

Ustedes estaban aquí para que les hablase de cómo sobrevivir en un mundo incierto. Ustedes buscaban algo de guía. Algo de luz. Y, como ven, yo solo tengo oscuridad que darles. Supongo que lo único que tiene de valor una persona es eso, su propia voz.

De ella depende toda su credibilidad. Y si nadie te cree... Si nadie te cree, nadie te puede querer. Gracias por todo. Pero me voy.

Nadie me tuvo que enseñar la salida. Es curioso, con lo difícil que normalmente es salir de los sitios donde nunca debiste entrar, y esta vez me sentí como un patógeno expulsado por el sistema inmunitario de la sociedad a la que había estado debilitando. Yo notaba que la gente no se atrevía a obstaculizarme el paso, que me miraban con una mezcla de repugnancia, de morbo y de compasión. Una de las más poderosas combinaciones jamás creada por el hombre para lograr atrapar las miradas ajenas.

Una vez despojado de casi todas mis mentiras y ataviado por fin de mi única gran verdad, llegué al exterior del recinto y allí me di cuenta de que todavía me quedaba por hacer algo importante. Saqué el chisme del bolsillo, exhalé algo parecido a una sonrisa y lo miré por última vez. O por lo menos eso creía.

Me gustaría decir que fui yo quien lo tiró al río. Pero la verdad es que fue como si volase de mi mano. Como si ese fuese el destino que llevaba todo ese tiempo esperando. Como si todos los caminos lo llevaran ahí. Descanse en paz, pensé. Que el agua te sea leve. Y que ojalá nadie te encuentre más.

Seguí caminando hacia mi nueva vida, y mi rumbo errático me llevó a topar con mi *alter ego* sobre cuatro ruedas. Allí yacía, ostentoso, reluciente, vacío de historia y desproporcionadamente inadecuado. Exactamente como yo. Saqué las llaves y las puse sobre el capó. Esta vez le deseé una feliz nueva vida. Y que ojalá alguien te sepa llenar de algo más que combustible.

Una vez liberado de casi todos mis lastres, me fui alejando del auditorio a pie siguiendo la línea de la cuneta. Había algo expiatorio en alejarse poco a poco de aquel recinto. La ciudad parecía no haberse enterado de lo que ahí dentro había ocurrido. Y eso, por primera vez, me hacía sentir bien. Muy bien.

Cuando llevaba unos quinientos metros, un frenazo me hizo girarme. Era un coche. Mi coche. Y de dentro salió una persona. Era Valentina. Mi Valentina.

—Menudo discursito —descargó—. Demasiado empalagoso para mi gusto, aunque, eso sí, bien intencionado. Esa cosa de la sinceridad, de la bondad, de la autenticidad, en fin... Seguro que son gajes de la improvisación, pero si esto fuese una novela, cualquiera diría que había apuntadas cosas sin desarrollar o mal desarrolladas.

Mi mirada pedía a gritos un indulto, aunque sólo fuese temporal.

—En todo caso, creo que lo que yo considero «desaciertos» son, desde el punto de vista comercial, aciertos. Siempre he pensado que el éxito se basaba en la capacidad de actuar como un intruso allá donde uno se mueve, sea en la informática, en la televisión o en la literatura. Quizá también en la vida. No sé.

—Vaya.

—Igual fue cosa de los nervios. O de la prisa. El caso es que en ese momento te ha salido un sentimentalismo muy de las corrientes dominantes de lo sentimentaloides. Así que enhorabuena, Diego. Seguro que a la gente sin criterio le encanta. Te vas a forrar dando charlas de autoayuda.

Sonreí por no llorar.

—Que lo digo en serio, hombre, que la gente necesita un faro aunque le ciegue los ojos. O precisamente para eso, para no ver nada más. Porque todo lo demás es demasiado oscuro, demasiado complejo, demasiado difícil de explicar y sobre todo de llegar a entender. Y si la moralina esa facilona y edulcorada que has desparramado ahí dentro le acaba sirviendo a alguien para sobrellevar su vida de mierda y seguir produciendo sin rechistar, pues oye, mejor para todos. Somos así, un rebaño de diabéticos emocionales. Necesitamos pincharnos con aquello que nos

justifique, que nos aligere la responsabilidad, la culpa y la carga, lo cual no es necesariamente compatible con que nos digan la verdad. Te lo digo por experiencia.

—Gracias. Supongo.

—Bueno. No pretenderás que siga llevando este trasto sola, ¿no?

La miré sin percatarme de la sonrisa que ya me estaba provocando.

—Pero después de todo lo que has oído...

—Anda, ven aquí y deja de hacer el idiota solo.

Subirme a ese coche fue la primera gran decisión de mi nueva vida. Y la tomé como quien se toma en pleno agosto un vaso de horchata casi congelado y lo acompaña con unos *fartons* Polo recién hechos en Alboraya. Sin pensar en el mañana. Porque en ese momento no había un mañana.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—Lejos. Anda, conduce tú, que al menos nadie se piense que es mío.

Los kilómetros se sucedían bajo nuestros pies como rollos de papel higiénico en una residencia de estudiantes. Viajar sin destino es una sensación que todo el mundo debería experimentar alguna vez en la vida. Es tan inútil que hasta reconforta. Como la mayoría de las cosas que no sirven para nada, pero que te hacen sentir bien. Como acariciar a quien amas. Que tampoco sirve para nada. Pero lo que provoca, al final, lo acaba llenando de sentido.

No recuerdo si hablamos o no. Si lo hicimos, debieron de ser también conversaciones intrascendentes, que tampoco llevan a ningún lado, pero también alivian. Poco se habla de lo necesaria que es la intrascendencia para poder sobrellevar todo lo demás. La gente que solo sabe vivir en la trascendencia acaba sola y sin opciones, estupendismo veinticuatro horas, madre mía, vaya coñazo. Hay que poder bajar al súper. Tirarse un pedo. O hablar de fútbol. O de nada. Qué bonito no hablar de nada. El silencio buscado en pareja es aún más bonito y sincero que cualquier te quiero.

El caso es que llevábamos horas de viaje cuando ocurrió.

No me preguntes cómo ocurrió.

Sé que ella dormía profundamente. Y que fue precisamente en un momento en el que yo acariciaba su pelo con la mano que me quedaba libre. Una caricia llevó a la otra. Y, al final, como no acababa de verle bien ese precioso perfil que tiene, me acordé de lo bonito que le quedaba el pelo recogido en una coleta. Aproveché que dormía y la última caricia la usé para apartarle el pelo de la cara y colocarlo tras su oreja.

Y fue entonces cuando lo vi.

Allí, ocupando su pabellón auditivo.

Perfectamente colocado.

Sí, otro chisme.

No sé por qué las víctimas de accidentes aseguran no recordar nada del momento justo del impacto. Nadie se atreve a cuestionarlas —por algo son víctimas, ya tienen bastante con lo que tienen—, pero, para mí, una de dos: o mienten o —pese a su desgracia— han tenido mucha suerte.

Yo lo recuerdo absolutamente todo. Fotograma por fotograma, milímetro a milímetro, las imágenes vuelven una y otra vez a mis ojos, porque son los ojos los que me las proyectan hacia adentro, como en la pantalla de un cine, pero por la parte de atrás. Y ahí apareces tú, justo antes de mi segundo nacimiento, desparramada en el asiento del copiloto, dormida y ajena a lo que ocurriría tan solo unos segundos después.

Ahí estoy yo, incapaz de moverme. Tumbado hacia arriba sobre una camilla. Zumbido constante en mis oídos. Cada poro es una aguja que me pregunta si ahora duele. ¿Y ahora? ¿Y

ahora? Los ignoro todos, porque tampoco sabría darles respuesta. Me quedo quieto. Inmóvil. Observando todo aquello en lo que antes ni me fijé. El cielo. Las nubes. Los árboles. Pájaros. Secuencias infinitas de cosas que no dependen de mi accidente y a los que, de hecho, les da igual. Todo lo que no es aquí es bonito. La belleza de la distancia. La distancia al dolor, claro. Y de pronto, más que la sangre, más que mis heridas, más que mi cuerpo entumecido e interrogante, me duele una palabra. La primera parte de mi cuerpo que noto que me falta. Tú.

Dónde estarás. Y, sobre todo, cómo.

## **VII. Cóclea**

*Si los hombres, una vez que han hallado la verdad, no volviesen a retorcerla, me daría por satisfecho.*

GOETHE

Las noches en un hospital no son muy distintas a los días. Quien las ha sufrido, lo sabe. Las habitaciones, sin cerradura ni intimidad alguna, son invadidas por personal sanitario cada cierto tiempo, y la luz nunca acaba de irse del todo. Estás como en una aurora boreal continua, pero sin la aurora y sin lo boreal. El dolor, que normalmente separa las cosas, dentro de un hospital lo junta todo.

Aun así, de vez en cuando, el dolor me daba tregua y me permitía soñar.

Aquella noche soñé que el chico volador me hacía una visita, se sentaba en el quicio de mi ventana y me llevaba volando hasta el patio de mi colegio. Allí, me ayudaba a bajar uno a uno todos los libros y ordenadores que me habían ido dejando mis compañeros de clase. Su superpoder me fascinaba a mí y a todos mis amigos, que asistían atónitos a la escena, y así volvían a respetarme, porque yo era el mejor amigo de Elio.

Por la mañana, se presentó el doctor titular, seguido de un ayudante que iba apuntando todo lo que decía.

—A ver, fractura múltiple costal con posible lesión de órgano sólido.

—¿Cómo está ella?

—Tendremos que esperar a los resultados de la tomografía computada torácica y abdominal para saber cuánto puede haber afectado al bazo o a los riñones.

—Doctor, por favor, ¿cómo está ella?

—A ver... —El doctor cogió otra carpeta—. Valentina Beef... Ah, sí, está estable. Aún no ha vuelto en sí. Pero se recuperará.

Eché la cabeza hacia atrás.

—Habéis tenido mucha suerte. Los dos. Pero ahora os toca descansar si queréis recuperaros de esta sin secuelas severas.

Yo ya respiraba. Me dolía, pero podía hacerlo.

—Ah, otra cosa —añadió el doctor—, fuera hay una inspectora de policía esperando desde hace horas. Me ha prometido que sería breve. Si me das permiso, la hago pasar, pero tienen que ser cinco minutos. No más.

—Sí, sí, claro.

El doctor salió y entró una mujer de mediana edad con traje de chaqueta gris.

—Buenos días, señor Martínez. Soy la inspectora Ruiz.

—Buenos días. ¿Trabaja con el inspector Gutiérrez?

—Se podría decir que le he relevado del caso.

—¿El caso?

—Discúlpeme si vamos al grano, pero es que el doctor me deja solo cinco minutos.

La inspectora sacó de su bolso un sobre amarillento. Y del sobre, un pinganillo.

—¿Reconoce esto?

—Sí.

—¿Sabe usted a quién pertenece?

—Creo que sí.

—¿Y bien?

—Creo que pertenece a la persona que iba en el coche.

—¿Está seguro?

—Bueno, no sé si era suyo, lo que sí sé es que ella lo llevaba puesto...

La inspectora suspiró profundamente.

—Este dispositivo no es el que llevaba su acompañante cuando tuvieron el accidente.

—¿Cómo que no? Pues se le pare...

—Es este. —La inspectora sacó otro chisme.

Ahora sí que dejé de entender.

—El otro fue encontrado en el oído de su jefe, Andrés Morell, justo después de suicidarse. Y ahora que saca el tema, me gustaría preguntarle por qué usted y su acompañante también lo llevaron.

Alemania. Dos días antes. Un ingeniero habla por teléfono.

—Mateo, ¿qué tal, hermanito? ¿Dónde te metes? Llevo horas intentando hablar contigo... Mira, muy rápido, hoy por fin me he podido enterar. Por lo visto, de ese modelo, el XT29, solo se fabricaron cien unidades y todas, absolutamente todas, fueron enviadas a España. Parece que es un proyecto piloto que solo se ha testado ahí. Sí, no sé más.

\* \* \*

Oficina de Diego. Hoy. En medio de la oscuridad, Judas se enciende solo. Abre la carpeta VB. Fotos, fotos y más fotos de Valentina Beef y de Iñaki García, su ex. Escribe mensaje. rEcUpEraTe pRoNtO. tE eStArE eSpErANdO. Enviando mensaje...

Hospital. Valentina inconsciente en la UCI. Su móvil se ilumina. Un mensaje nuevo.

\* \* \*

Dos semanas antes. Don Andrés se mira los pies.

—*Salta.*

# Créditos

*El chisme*  
Risto Mejide

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la imagen de la portada, Morphart Creation / Shutterstock  
© Risto Mejide, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Espasa Libros, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

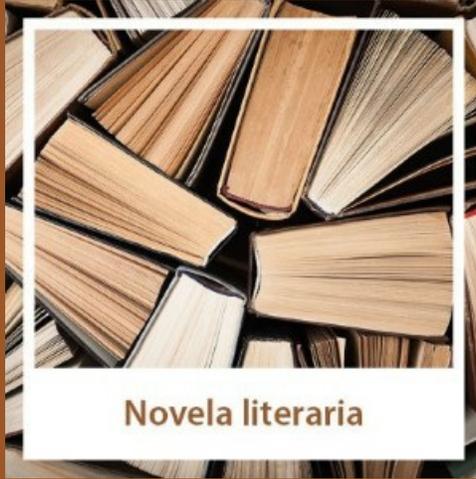
Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2021

ISBN: 978-84-670-6228-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.  
[www.safekat.com](http://www.safekat.com)

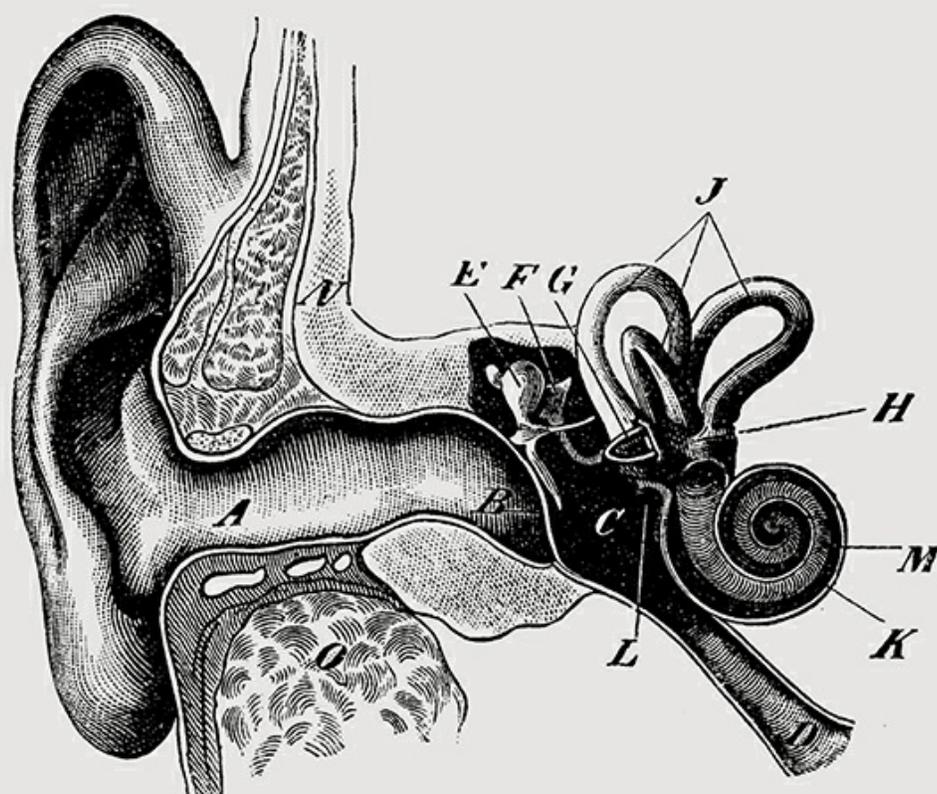
**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**



**¡Síguenos en redes sociales!**



# EL CHISME



UN RELATO DE RISTO MEJIDE

  
ESPASA